



No quiero trabajar

Manel Moles Canal

**No quiero trabajar**

No quiero trabajar

Manel Moles Canal

# **No quiero trabajar**

**La manzana de Eva**

Manel Moles Canal



*EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS*  
Editorial Independiente

No quiero trabajar

Título: No quiero trabajar. La manzana de Eva  
Autor: © Manuel Moles Canal  
Segunda edición: marzo 2016

www.ramoncerda.com  
www.lalecturaderamon.com  
ramon@sociedadesurgentes.com  
Facebook: www.ramoncerdanovelistas.com  
Twitter: @ramoncerda  
@lecturaderamon

mi libro en  
papel mi libro en papel mi  
libro en papel mi libro en papel mi libro  
en papel mi libro en papel mi libro en  
papel mi libro en papel mi libro en papel  
mi libro en papel mi libro en papel  
**mi libro en papel**  
mi libro en papel mi libro en  
libro en papel mi libro en  
papel mi libro en papel mi  
en papel mi libro en papel  
libro en papel mi libro en  
papel mi libro en papel  
mi libro en papel

Maquetación portada e interior: Ramón Cerdà y Jesús Belda

**DreAms**  
c o l l e c t i o n

Logo fantasmita: Ramón Cerdà  
Diseño Dreams Collection: Jesús Belda y Ramón Cerdà

Revisión ortotipográfica y de estilo: El fantasma de los sueños

Edita:



EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS  
Editorial Independiente

Printed in Spain

Exento de depósito legal Ley 30/2011 artículo 5 punto g), publicación bajo demanda.

Imprime: El fantasma de los sueños SL [www.milibroenpapel.com](http://www.milibroenpapel.com)

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Manel Moles Canal

A mis hijos:  
Dídac, Aleix y Biel

No quiero trabajar

## ÍNDICE

Introducción del editor	11
Primera parte - Jordi	13
Segunda parte - Manuela	207
Epílogo	225

No quiero trabajar

## Introducción

Conocí a Manel Moles con la lectura de su anterior libro *No quiero ir a la escuela*, una historia que era mucho más que una simple novela; era más bien una especie de híbrido entre novela y ensayo social con un resultado final más que interesante. La que tiene ahora el lector entre sus manos: *No quiero trabajar*, sigue la misma estela de la anterior, pero mejorada.

También nos encontramos esta vez con un libro de interés pedagógico y sociológico, pero «vestido» de novela. Un relato cuya parte final me ha enamorado, y no es que el resto no me haya gustado, solo que el interés ha ido creciendo conforme pasaba las páginas hasta llegar al estallido final. Y no, no vaya a pensar el lector que nos encontramos ante una novela de aventuras ni ante un thriller de ritmo vertiginoso, ni una novela de acción; pero la cadencia rítmica, con sus breves capítulos concatenados, va creciendo según avanza la lectura y, sin ser una novela de misterio, el autor nos reserva una pequeña gran sorpresa al final.

Espero que disfrute con su lectura.

Ramón Cerdà  
Editor

No quiero trabajar

Manel Moles Canal

# **PARTE I**

**Jordi**

No quiero trabajar

## I

Sí, claro. Si digo «no quiero trabajar», todo el mundo se piensa que soy un vago, que soy un aprovechado, me miran mal, me tiran huevos... Se giran por la calle a mirarme cuando paso, y susurran en voz baja: «Mira, por ahí va ese que no quiere trabajar». «¿Ese es?». «Sí, sí. Es él». «¡Qué rastro!».

Porque claro, trabajar es un honor, un orgullo, una oportunidad; de construir, de crear, de ser útil, de producir, de colaborar con los demás, de desarrollarse personalmente...

¡Uf! Me dan ganas de vomitar arcoíris.

A ver... Vamos a ver si nos entendemos y sabemos de qué hablamos. No quiero trabajar «en estas condiciones». No, lo siento. Últimamente da asquito trabajar. Hubo una época, hace unos años, en que cuando estabas trabajando te sentías a gusto. Y sí, podías sentirte hasta cierto punto realizado. No solo eso. Te sentías valorado, útil, importante. Y seguro. Sobre todo seguro. ¿Seguro de qué? Pues de que al día siguiente seguirías teniendo trabajo.

Pero todo eso se acabó. Ahora eres un mercenario. Un número. Algo prescindible, algo a lo que explotar, a lo que maltratar, sobre lo que descargar la tensión acumulada si conviene. Porque si te vas, no pasa nada. Hay cientos, miles, millones de otros deseosos de ocupar tu puesto.

Pues yo, en estas condiciones, no quiero trabajar.

## II

Bueno. Te voy a pedir disculpas por haber entrado así, tan a saco, sin presentaciones ni preámbulos. Pero me siento indignado. Sí. Muy indignado. Porque me encuentro en una encrucijada que me violenta. Si voy a trabajar, he de soportar un trato vejatorio, humillante. Y también vivir en la incertidumbre de si mañana trabajaré o no. Y si no trabajo, si me niego a que me traten como a un robot, si reivindico que algo tan importante como el trabajo, a lo que dedicamos tanto tiempo, comporte un mínimo de dignidad, me convierto en una lacra, un paria, una rata...

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... *Ufffff*... Once, doce, trece, catorce, quince.

Pero no he venido aquí a quejarme, a compadecerme de mí mismo, ni a implorar lástima o piedad. Estoy aquí, diciéndote esto porque realmente pienso que sí, que es posible vivir sin trabajar —o sin trabajar mucho—, si sabemos cómo hacerlo, y es de esto de lo que quiero hablar.

### III

Cuando cumplí los dieciocho años, mi padre, que había trabajado como conductor de camiones en una empresa de transporte hasta que, primero la espalda y después el corazón, lo obligaron a tomarse la vida con más calma y dejar el volante, me apuntó a todos los carnés de conducir habidos y por haber —por Dios, ¿«eso» se puede conducir?— y me obligó a obtenerlos. «Considéralo mi regalo de aniversario». Sí, claro. ¿Y qué tal una videoconsola? ¿O unas vacaciones en Ibiza? Digo yo...

Por aquel entonces comenzaba, con más pena que gloria, mis estudios de empresariales. «Cuando tengas el carné, podrás hacer suplencias o extras, y ganar dinero para pagarte los estudios». El dichoso carné había costado más de medio millón de las antiguas pesetas —más de tres mil euros, en realidad, casi cuatro mil—, una verdadera fortuna en la época. Y digo yo, ¿no me podría haber dado ese dinero para pagarme los estudios y así ahorrarnos el trámite del carné? —¿Eso qué es? ¿Un autobús con remolque o un tren? ¡Por favor!—.

La cuestión es que cuando obtuve por fin el dichoso permiso, mi padre hizo honor a su palabra y me consiguió algunos trabajos de fin de semana. Primero, transportes nacionales, supongo que para ir cogiéndole el tranquillo al asunto. Después, transportes internacionales —y es increíble la velocidad a la que aprendes a chapurrear un idioma cuando la entrega de la carga, y tu propia vida, están en juego—. Y al cabo de un tiempo, «transporte de ganado humano», que es como llamaban en la empresa a realizar servicios de chófer de autobús. Conducir un autobús tiene sus ventajas: ves mundo, vas acompañado, tienes tus buenos descansos, las guías turísticas acostumbran a ser chicas de buen ver, los pasajeros te dan conversación —aunque hay un cartel enorme que lo prohíbe...—. Y también sus desventajas: los pasa-

jeros te transmiten sus críticas y quejas. Si te equivocas de camino o realizas una maniobra no del todo correcta, sesenta personas se dan cuenta inmediatamente y comienzan a murmurar. Cada vez hay más chicos haciendo de guías turísticos...

Supongo que, como era serio, tenía buen aspecto, no decía palabrotas, era culto —estudiante universitario y todo eso—, y no lo hacía del todo mal, cada vez me salían más viajes como conductor de autobús y menos transportes de mercancías, cosa que tampoco me parecía mal.

La cuestión es que sí, que realmente me ayudaba bastante a pagarme los estudios el trabajo de chófer. De hecho, me pagaba los estudios, los vicios, los caprichos, las fiestas y hasta las cenas románticas. Tenía dinero fresco para gastar, que tal y como entraba, salía, sin dejar ni señal de su paso por mi bolsillo.

Claro, ocupado como estaba, primero en ganar dinero, y después en gastarlo, mi rendimiento en los estudios era, digamos, precario. Vamos, que la carrera de empresariales no avanzaba al ritmo esperado —de hecho, había momentos en los que no parecía que avanzara en absoluto—.

Cuando comenzó mi cuarto año de estudios y observé que ninguno de los compañeros con los que inicié la carrera estaba en mi clase, y que las asignaturas que cursaba eran aún de segundo —excepto un par, que arrastraba todavía de primero—, pensé que había llegado el momento de tomárselo más en serio.

Un buen pensamiento, sin duda, que quedó en eso, en un pensamiento, intangible, etéreo, que desembocó en un propósito loable, y de allí a la nada y al olvido. Cuatro años más tarde conseguía por fin el título, el fruto de mi trabajo, gracias en parte a un cambio en el plan de estudios y en el recuento de créditos, que me privó —qué desgracia— de la necesidad de aprobar las tres o cuatro asignaturas que por aquel entonces aún arrastraba.

## IV

Antes de acabar mis estudios, conocí a Manuela.

Estaba en la recta final, y solo me quedaban un puñado de asignaturas, algunas de las cuales ya era la segunda —o tercera— vez que cursaba, así que no tenía una necesidad demasiado imperiosa de asistir a clase —de hecho, nunca la he tenido; esa necesidad—, y podía aprovechar para realizar servicios de chófer no solo de fin de semana o nocturnos, sino también ordinarios.

En una ocasión estuve cubriendo la sustitución de un compañero que realizaba el trayecto entre la Universitat Autònoma y Barcelona. Cada día, centenares de estudiantes pasaban por las puertas de mi autobús, de ida o de vuelta a la universidad, cargados con sus mochilas, sus expectativas, sus fracasos y sus ilusiones. Sentado tras el volante, con mi camisa de uniforme amarilla y la estúpida corbata azul, mantenía la mirada fija al frente mientras los pasajeros subían al autobús, pasaban por mi lado y validaban su tarjeta. Evitaba cruzar la mirada con ellos, para no ver ninguna expresión condescendiente, en plan «yo seré un abogado de éxito, y tú, mira, un vulgar chófer».

A veces me sentía tentado a levantarme de mi asiento y gritar a todos los ocupantes del autobús algo así como: «¡Eh! ¡Que yo también soy estudiante universitario!», pero un sentido de la vergüenza realmente protector me impidió hacerlo, y agregar el ridículo a mis, ya de por sí, turbados sentimientos.

Ese día, el que conocí a Manuela, me encontré, al llegar a cocheras, con que me había llevado un «souvenir», un «recuerdo» de mi jornada. En la quinta fila de asientos, parte derecha mirando hacia el frente, apoyada en el vidrio de la ventana, una chica —estudiante, claro— dormía apacible-

mente, aliena a su parada, al lugar al que se encontraba y a todo lo demás que pasaba en el universo.

Me quedé unos segundos observándola y me pareció preciosa, a pesar de que roncaba levemente, le caía algo de baba por la comisura de los labios, y la especie de moño en el que recogía su pelo aparecía como un pequeño animal salvaje sobre su cabeza.

En ese momento despertó, abriendo los ojos lentamente y dirigiéndome una sonrisa dulce y somnolienta. Sobresaltada, se alzó de su asiento, cobrando conciencia bruscamente del lugar en el que se encontraba, y miró hacia ambos lados del autobús, buscando con la mirada a otros pasajeros, huyendo desesperada de la certeza que poco a poco se abría paso en su mente: se había pasado de parada.

Después de mirar tres o cuatro veces a derecha e izquierda, dirigió su mirada hacia mí —bien, en realidad hacia mi camisa amarilla y mi corbata azul— y me dedicó unas leves palabras:

—Me he pasado de parada.

—Sí, eso parece.

—¿Cuándo sale el próximo?

—Estamos en las cocheras. De aquí no salen autobuses.

—¡Ah! Solo entran.

—No, claro que no —por un momento me imaginé las cocheras llena de autobuses, unos sobre otros, encastrados, chafados, y por la puerta de entrada, nuevos autobuses accediendo al interior, empujando a los ya existentes, empostrándose, destrozando unos a otros. Dios, esta chica aún estaba dormida—. Pero de aquí salen vacíos. Ven. Te acompaño fuera a buscar un taxi.

Por supuesto, no fuimos directamente a buscar el taxi. Antes pasé por el vestidor, a despojarme raudo de la estúpida camisa y de la horrible corbata, a lavarme las axilas y a realizar un uso considerable del desodorante que guardaba

en mi taquilla. Ataviado con una indumentaria más decente —y juvenil—, volví donde la había dejado. Ella había aprovechado también para pasar por el lavabo, asearse y adecentar el híbrido entre moño y cola de caballo que lucía en la parte trasera de su cabeza.

Esperaba alguna especie de reacción ante la transformación que había sufrido —limpio, al menos superficialmente, sin aquella ropa absurda, perfumado, fresco y elegante ahora—, pero la indiferencia fue su única respuesta.

—Ven.

—Pensaba que íbamos a buscar un taxi.

—Te puedo llevar en mi coche. Es decir, si para ti no es un problema.

Me observó durante unos segundos, como buscando aún la camisa amarilla y el uniforme de chófer, y sorprendida de no hallarlos. Finalmente, sonrió satisfecha y me miró.

—No, no es un problema.

En realidad, no me cogía de paso en absoluto. Y no eran ni una ni dos las paradas que se había pasado la chica, sino cuatro. Tenía que llevarla prácticamente al exterior de la ciudad condal, al norte de la Meridiana. Después, ya no entraría otra vez en Barcelona ni cogería la ronda. Me dirigiría hacia Sabadell y Terrassa, y podría llegar a casa desde allí.

—¡Gira por aquí!

—¿Qué pasa? —le pregunté, mientras tomaba con brusquedad la salida que me indicaba.

—Que tengo hambre, y en ese centro comercial hay un restaurante mexicano que me encanta.

—¡Ah! Pues qué bien.

—Que te invito a cenar, hombre. Que no te enteras. Para compensarte tu amabilidad por llevarme a casa. Si no es un problema para ti, claro.

*Hmmm.* Era jueves, y mi madre habría preparado croquetas. Y cuando hablamos de croquetas —de las croquetas

que prepara mi madre—, estamos hablando de palabras mayores. Pero las croquetas están buenas calientes y acabadas de hacer, y aún más, frías y reposadas.

—No, no es ningún problema.

Ahora que ya nos conocíamos y que habíamos intercambiado unos cuantos cientos de palabras, mi primera impresión de Manuela —nos presentamos durante los primeros platos, en plan: «por cierto, y hablando de todo un poco, ¿cómo te llamas?»— se veía obligada a dejar paso a mi segunda impresión, bastante mejorada con respecto a la anterior. Una vez se había acabado de despertar, la chica bobalicona y torpe del autobús, había dado paso a una mujer intensa, incisiva e inteligente, viva y despierta —ahora sí—, que llenaba la conversación de indirectas y dobles sentidos, buscando siempre la controversia y el desconcierto. Supe que estaba estudiando biología y que aquella tarde había tenido la defensa de la memoria.

—O sea, que si he hecho bien la defensa, tienes ante ti a una flamante nueva bióloga.

La observé durante unos segundos, con sonrisa picaresca en el rostro.

—¿Sabes qué es lo que pienso? —le dije.

—¿Qué?

—Que lo de quedarte dormida en el autobús lo has hecho a propósito. Querías llegar hasta las cocheras.

—¡Anda! ¿Y para qué querría yo ir a las cocheras?

—¿Para qué va a ser? Pues para ligar conmigo.

Durante un momento no contestó, mientras su rostro trataba de definir una expresión que danzaba entre la sorpresa, la incredulidad y la indignación. Finalmente, supongo que por no poder escoger entre ninguna de ellas, optó por liberar una sonora carcajada, que cortó secamente, para mirarme y decirme:

—¿Pero tú estás tonto, o qué?

—A ver, no me dirás que no es extraño...

—¿Que no es extraño? Tío, ¿pero tú quién te piensas que eres? ¿Bruce Willis? Pero ni de coña. Que eso no lo hago yo ni por Leonardo Dicaprio.

—Bueno, bueno. Tampoco hace falta que te pongas así.

Que yo tampoco veía tanta diferencia entre ellos y yo, qué quieres que te diga. Pero eso de quedarse dormida en el bus... a mí no me cuela...

—Ya te he dicho que he tenido la defensa de la memoria hoy, y que voy falta de sueño estos días... Además... —y diciendo esto, se quitó las gafas, que depositó en la mesa, deshizo su híbrido entre moño y cola de caballo, liberando su pelo ondulado, y desabrochó los tres botones superiores de su blusa, dejando al descubierto el inicio de sus bien formados pechos, e incluso el borde de su sujetador—. ¿Crees sinceramente que necesito de subterfugios tan ridículos para «ligar» con alguien, si eso es lo que quiero?

Su cabello ondulado, al caer alrededor de su rostro, desplazó el aire entre nosotros, y pude percibir con intensidad su perfume. Su mirada era penetrante, desafiadora. Se inclinaba ligeramente hacia delante, situándose a escasos centímetros de mí.

La había considerado graciosa, mona y alegremente atractiva hasta ese momento, pero ahora me parecía preciosa, sublime, extasiante. —Hasta veía su cara rodeada de un halo etéreo, como en las pelis—. Sentí la necesidad irresistible de comprobar si en verdad aquel rostro angelical —y demoníaco a la vez— era real. Mi mano cobró vida propia y mis dedos rozaron su mejilla. Manuela no rehuyó la caricia. Cerró los ojos despacio, mientras mi mano recorría el lado izquierdo de su rostro en dirección a la oreja y descendía a continuación, acariciando pausadamente su cuello. Sus labios se separaron apenas, y de su boca escapó una leve exhalación. Mis dedos se entretuvieron en el fino collar dorado que lucía

alrededor de su cuello, escasos centímetros por encima del nacimiento de sus pechos. Y allí se mantenían, colgando de la delgada cadenilla, como si dudasen; cuando el camarero, sin previo aviso y con aún menos sentido de la oportunidad, dejó caer ruidosamente en la mesa dos platos de frijoles picantes con carne asada y cebolla.

—Por esta calle no puedo subir. Es de sentido único, en dirección contraria.

—Es igual. No te preocupes. Puedo subir por aquí andando. Más lejos me deja el autobús.

—Paro en ese garaje. Un momento.

Puse el intermitente y detuve el vehículo delante de la entrada del *parking* más próximo. Quité el contacto y encendí las luces de emergencia. Manuela recogía su bolsa y abría la puerta. Yo también abrí la mía. Quería despedirme de ella adecuadamente —sea lo que sea que quiera decir esa palabra—.

En ese momento, un bocinazo irritante asaltó mis oídos. Por el retrovisor pude ver un todoterreno enorme parado justo detrás de mí, con las luces encendidas, y el intermitente de la derecha parpadeando.

—Me parece que ese quiere entrar en el garaje.

—¡Por favor!

Manuela me dio un beso en la mejilla y acabó de abrir la puerta.

—No lo hagamos esperar. Venga, nos vemos. Me lo he pasado muy bien —dijo mientras salía del coche.

—Sí. Yo... Quiero decir, antes, en el restaurante... — Nuevo bocinazo del elefante con ruedas que aguardaba para cobijarse en su guarida.

—Va, vete, que aún se enfadará. —Y sin decir nada más, se alejó con paso ligero calle arriba.

Y me quedé allí sentado, con cara de idiota, intentando acabar la frase que había comenzado y no había sabido terminar. Un nuevo bocinazo, esta vez curiosamente prolongado, me sacó de mi ensimismamiento.

Abrí la puerta del coche, saqué un pie, luego el otro, comprobé los cordones de mis zapatos, los deshice, los volví a atar, los comprobé de nuevo y, una vez estuve satisfecho, reintroduje mis pies en el coche, lo puse en marcha y me alejé, bajo un chaparrón creciente de insultos, improprios y bocinazos.

*Nos vemos, nos vemos...* ¿Y cómo nos vamos a ver, si lo único que sé de ella es su nombre y poco más? ¡Ni siquiera me he fijado en qué bloque de pisos entraba!

## V

Después de acabar la carrera, preparé un rutilante currículum y comencé a enviar cartas de presentación a cuantas empresas tuve conocimiento de su existencia. Por fin tenía mi título y ahora quería sacar provecho a tanto esfuerzo. Había tenido interés en la economía desde pequeño. Ayudaba a mis padres a controlar los gastos de la casa y hasta les había preparado una hoja de cálculo para que introdujeran las entradas y salidas, que aún seguían utilizando. Mientras cursaba la carrera, había disfrutado mucho con algunas asignaturas. Macroeconomía, economía internacional, o historia del pensamiento económico, me habían dejado un grato recuerdo, en especial esta última, tanto por el contenido como por los profesores que la impartieron, responsables en gran parte del interés que despertaron en mí. Y había llegado el momento de «pasar a la acción». Pero la verdad es que no encontré mucha acción.

La época no era mala. Acabábamos de entrar en un nuevo milenio y estrenábamos moneda. La crisis, cual iceberg *titanicniano*, ni se atisbaba en el horizonte, y capitanes y marineros hacían caso omiso de las advertencias de castigos futuros a sus desmanes presentes, tachando a los mensajeros, de aves de mal agüero y de ciegos extremistas. Las empresas abrían sus puertas a la contratación y buscaban incorporar nuevos talentos que las hicieran más competitivas y poder así acceder a una mayor porción del enorme pastel que se estaba repartiendo.

Enseguida vi que yo no pertenecía a ese grupo anhelado de nuevos talentos. En los procesos de selección, o buscaban a profesionales consagrados, con años de experiencia —y cartera de clientes si era posible—, o a nuevas y despampanantes promesas, con notas estratosféricas, varias titulaciones, dominio de tres o cuatro idiomas, y claro, por su-

puesto, veintidós o veintitrés años a lo sumo. Yo había cumplido ya los veinticinco, y solo tenía en mi currículum una triste y solitaria carrera, obtenida en una «universitat» y no en una *university*, y, claro, con apenas un parco chapurreo del inglés, aparte de un ya presupuesto bilingüismo, con cierto acento de las comarcas de interior.

A la hora de redactar el currículum, la duda estaba entre si hacer referencia a mi experiencia como conductor de autobuses, o no. Claro, buscaba trabajo como economista —asesor financiero, *controller*,<sup>1</sup> inversiones, asesor contable, jefe de administración...—, y no parecía tener demasiada relación con mis años al volante. Pero para mí era importante, y consideraba que mostraba mi capacidad para trabajar. Sin embargo, no parecía causar el efecto que yo esperaba. En una entrevista, la responsable de selección, con mi currículum en sus manos, me preguntó al respecto. Había invertido unos cuantos cientos de euros en adecuar mi aspecto al que se suponía propio de un joven y dinámico economista, ambicioso y oportunista.

—Entonces, según su currículum, usted es chófer.

De repente, como una triste cenicienta a medianoche, mi traje de quinientos euros, mis zapatos de casi doscientos, mi corbata, mi maletín y mi peinado, desaparecieron, se esfumaron casi como por arte de magia, y aparecía ante la señora entrevistadora como chófer de autobuses, con mi camisa amarilla, mi corbata azul, mi gorra de visera y mi plaquita en el pecho: «Jordi Albalate Gomà – Xofer».

Después de aquella desagradable —muy desagradable— experiencia, borré totalmente de mi currículum cualquier referencia a mi pasado —y presente aún— como cochero, aunque los resultados no mejoraron demasiado.

---

<sup>1</sup> N. del E. - El *controller*, en el ámbito empresarial, es la figura encargada del diseño y la supervisión del sistema de control de gestión.

En esta ocasión, volvía a presentarme a la entrevista con mi disfraz de economista: traje, corbata, zapatos, maletín, seguridad, confianza, y un currículum sin referencias incómodas.

Mi entrevistador, un chico joven, pero serio y distante, leía en silencio mi carta de presentación.

—Según entiendo, señor Albalate, usted ha obtenido recientemente su titulación como economista.

—Sí, correcto.

—Y según su fecha de nacimiento, ha cumplido hace unos meses los veinticinco años.

—Sí, en abril.

—Ruego disculpe mi atrevimiento, pero tengo una cuestión que me gustaría plantearle. —Su voz era suave; su discurso, exquisito; sus maneras, impecables.

—Usted dirá.

—¿A qué es debido que haya finalizado sus estudios a los veinticinco años? ¿Ha cursado otros estudios durante este período? ¿Se ha visto obligado a viajar al extranjero? ¿Ha desarrollado alguna actividad laboral que le haya impedido seguir el ritmo normal de las clases?

—No, no. No se ha dado ninguna de estas circunstancias. —No quise, o no me atreví, a hacer referencia al trabajo como chófer, después de la experiencia anterior.

—Entiendo. —Y cerró con delicadeza la carpeta con mi expediente.

Al final encontré trabajo en una empresa importante como asistente adjunto al departamento de contabilidad. *A priori*, un trabajo con gran proyección dentro de la empresa y gracias al cual podría aprender mucho. En la práctica, nueve horas diarias introduciendo datos en el ordenador, compro-

bando cuentas bancarias, cuadrando balances y, en ocasiones, persiguiendo telefónicamente a morosos.

Las oportunidades de proyección eran nulas, si exceptuamos la improbable posibilidad de que el jefe de contabilidad sufriera un contratiempo importante y alguien tuviese la aún más improbable ocurrencia de proponerme como sustituto.

El trabajo era monótono, repetitivo, cansado, estresante, poco valorado y peor pagado. Pero al menos era un trabajo relacionado con aquello que había estudiado.

Llevaba no más de tres meses trabajando en mi nueva ocupación cuando recibí una llamada de la empresa de autobuses.

—Ay, Jordi, perdona. Busco un chófer para un servicio este fin de semana, y no he recordado que ahora tenías otro trabajo. —Era Laura, la administrativa, haciendo maratón de llamadas para cubrir las sustituciones, que como siempre, le pasaban a última hora.

—¿Dónde es el servicio?

## VI

Realmente sí había aprendido mucho en mi corto trimestre como adjunto contable, y no precisamente sobre finanzas. Había entrado en contacto con los entresijos y teje-manajes del mundo empresarial y había podido contrastar muchas de las ideas preconcebidas que sobre el funcionamiento interno de las empresas tenía. Reflexionaba en silencio sobre mis experiencias pasadas y sobre este y otros temas mientras conducía el autobús, línea Igualada-Barcelona, ida y vuelta tres veces al día.

Las expectativas de promoción eran también nulas aquí —¿promocionar a qué? ¿A conducir dos autobuses?—, pero el sueldo era mucho mejor, el horario más variado, el asiento más cómodo, y los clientes menos exigentes.

Que tampoco era una bicoca, la verdad. Pero qué le vamos a hacer. Ya estaba acostumbrado y me sentía cómodo conduciendo, aunque cuando llegaba por la noche a la central y aparcaba el autobús, a menudo me sentía agotado, física y mentalmente.

Apagué el motor y saqué la llave del contacto. Exhalé una larga bocanada de aire y apoyé la cara en mis manos, inclinado hacia delante, apoyado en el volante, mientras intentaba poner en orden mis ideas y acumular las fuerzas necesarias para abrir la puerta y dirigirme al vestuario. Después de todo el día escuchando el ruido del motor del autobús y sintiendo la vibración de su movimiento, aquel silencio y aquella quietud, en la semioscuridad de la cochera, eran casi desconcertantes.

De repente, escuché un sonido, leve, pero claramente audible en ese momento. Me giré sobresaltado. Alguien se había quedado en el autobús y se acercaba a mí por el pasillo, entre los asientos.

—¡Manuela!

## VII

—¿Cómo me has encontrado? Quiero decir, he pensado mucho en ti después del día que nos conocimos, pero solo sabía tu nombre y poco más. Ni siquiera me quedé con el bloque en que vivías.

De nuevo, algunos meses más tarde, nos encontrábamos Manuela y yo, frente a frente, en la mesa de un restaurante mexicano, en esta ocasión en un centro comercial de Abrera. Nuestra pasión, nuestra fiebre, había remitido ya, y aunque exhaustos por el desenfrenado encuentro amoroso—no era la primera vez que lo hacía en un vehículo, pero en un autobús, en medio de la cochera, con otros buses entrando y saliendo y la amenaza del personal de limpieza llegando de improviso en cualquier momento, sí—, mostrábamos una radiante expresión de felicidad en el rostro. Había pensado mucho en ella durante los últimos meses; había sufrido y me había maldecido a mí mismo por idiota, por no haberle pedido, no sé, un número de teléfono, una dirección, cualquier cosa. Por ello, cuando la vi acercarse por el pasillo, el cabello suelto y los tres botones superiores de su blusa desabrochados, sentí la emoción más intensa que jamás en mi vida me ha embargado, cerca de las lágrimas y de la alegría. Me levanté del asiento y corrí a su encuentro, estrechándola entre mis brazos.

—Bueno, yo sí sabía tus apellidos.

—¿Cómo? Yo no te los dije. —Y entonces su mirada se dirigió a mi pecho, y recordé la ridícula camisa amarilla que llevaba el día que la conocí, una camisa con una plaquita plateada adherida al bolsillo, con mi nombre y cargo escritos en ella—. Ah, claro.

—También podía haber preguntado por ti en la empresa de transporte, pero en aquella época estaba un poco agobiada. Este verano he estado fuera, en el extranjero, par-

ticipando en un proyecto de estudio biológico en Asia. Y ahora, al volver de allí, he vuelto a pensar en ti y he querido verte de nuevo.

»Fui a tu universidad, te busqué en las listas de alumnos —de exalumnos ya, por lo que sé—, felicidades por tu título. Conocí a una excompañera de clase tuya y me pasó tus datos. Me dijo que ahora estabas con una chica, una tal Judith, y no quise irrumpir en tu vida como una estampida de ganado, si estabas en una relación y todo eso. Pero hace unos días hablé con tu excompañera y me dijo que habíais terminado, así que pensé: «¿por qué no?».

—Y aquí estás... —Mi mano acarició su mejilla, y mis dedos rozaron su cuello, deteniéndose en su gargantilla, recorriéndola lentamente, a la vez que a nuestro lado, una voz masculina decía con claridad—: «¿Desean que les traiga la carta de postres?».

Manuela y yo nos quedamos por unos instantes mirando sorprendidos al camarero, para estallar en risas seguidamente, mientras este nos observaba con una sonrisa entre cortés y desconcertada, descartando comprender a qué venía nuestro extraño ataque de hilaridad.

## VIII

Manuela había empezado a trabajar en un instituto, dando clases de ciencias naturales en secundaria. Me sorprendió este hecho. En el encuentro que habíamos mantenido hacía unos meses, se mostró muy ilusionada y llena de expectativas sobre su futuro como bióloga. Y ahora trabajaba en un instituto.

—¿Era lo que querías, cuando empezaste biología?

—¿El qué? ¿Trabajar en un instituto? Pues la verdad es que ni me lo había planteado. Pero no es una mala opción.

—¿Y lo de la investigación en Asia?

—Trabajar en investigación es caro.

—¿Es caro? ¿Trabajar es caro?

—Trabajar en investigación sí, claro. A no ser que te contrate algún centro de investigación grande, o la administración. Pero eso es como muy imposible. Si no, necesitas tener dinero.

—Pues vaya un trabajo.

—Hombre, es normal. Tienes que pagarte el desplazamiento, alojamiento, comida, instrumentos, y con lo que te pagan, cuando te pagan, no tienes suficiente. Además, lo importante no es lo que puedan pagarte, sino el trabajo que estás haciendo.

—Pues por culpa de lo que no pueden pagarte, tú no puedes hacer el trabajo que te gustaría.

Manuela bajó la mirada, con un dejo de tristeza y amargura en ella. Dio vueltas con la cucharilla a la infusión que tenía ante sí.

—Bueno, la verdad es que dar clase también me gusta bastante. Además, ¿qué harías tú sin mí, si yo me fuese a trabajar al extranjero?

—Mujer, está claro. Me iría contigo, por supuesto.

Llevábamos casi un año saliendo y ahora estábamos viviendo juntos, en un piso en el mismo pueblo del instituto donde le habían asignado la sustitución a Manuela, y nos entendíamos bastante bien —muy bien, la verdad—. Aunque no lo explicitábamos, ambos nos planteábamos llevar más allá nuestra relación —¿un hijo, quizás?—. Yo tenía ya veintiséis años, y ella estaba cerca de los veinticinco. Si queríamos tener un hijo, pues quizás era el momento adecuado. Tanto ella como yo teníamos trabajos estables —aunque no los deseamos—, estábamos bien, éramos jóvenes, teníamos dinero —no mucho, pero sí el suficiente—, en fin, el reloj biológico se había puesto en marcha y ya no había quien lo parase.

## IX

Unos meses después de que Manuela se quedase embarazada, cuando los dolores de cabeza y los mareos ya habían remitido, y en las ecografías aparecía algo que, aunque seguía pareciendo una habichuela, comenzaba a mostrar ya una ligera semejanza a un batracio, decidí, no sé bien por qué motivo, poner punto final a una relación laboral de cerca de diez años. Bueno, en realidad el motivo sí que lo sé. Las condiciones laborales en la empresa habían iniciado un pronunciado retroceso. Más carga de trabajo, peores horarios, exigencias, malos rollos, discusiones por los sueldos, despidos... Hasta que un día dije basta. No por capricho, sino por quedarme dormido al volante después de que me encadenasen tres servicios seguidos. Solo fue un instante, unas décimas de segundo, pero suficiente para dejarme bien claro que algo no estaba bien.

—¿Y ahora qué?

Manuela, que caminaba y se movía con pose de embarazada, arqueando la espalda hacia atrás, aunque aún no se le notaba ningún incremento de volumen en la barriga, estaba de pie ante mí, con expresión preocupada en el rostro, angustiada, mirándome incisivamente. Yo me había sentado en el sofá, con un libro en la mano, y una cerveza y unos kikos en la mesita supletoria, dispuesto a disfrutar de mi nuevo estatus de «no trabajador». Pero por lo visto, antes tendría que hacer frente a las tribulaciones de Manuela.

—¿Ahora qué, de qué? Pues a cobrar el paro, claro está. Llevo diez años trabajando para esos cerdos. El lunes iré al INEM y arreglaré los papeles.

Por un momento me pareció que los ojos de Manuela iban a atravesar los cristales de sus gafas, a hacerlos explotar. Su rostro se puso rojo de rabia e indignación.

No quiero trabajar

—¿Pero eres idiota o qué?! ¡Lo has dejado tú! ¡No tienes derecho a una mierda! ¡Ni indemnización, ni paro, ni leches!

—¡Ostia, es verdad! —Por un momento pensé que aquella cerveza posiblemente sería la última que podría beber en bastante tiempo.

## X

El mundo se me cayó encima. ¿Cómo puedo ser tan estúpido? Además, es algo que ya sabía. Pero se me había ido totalmente de la cabeza. Dios, vaya cagada. Sin trabajo y sin paro en el peor momento, en el inicio de la «crisis definitiva». En aquel momento aún no sabía que la crisis que comenzaba iba a ser tan dura, pero se intuía, se intuía.

Y más lo intuía yo en aquel momento. Sin cobrar el paro y con una criatura a las puertas, no podríamos subsistir. El alquiler, las letras del coche, las de la televisión, las del ordenador, la luz, el teléfono, los móviles, el Canal Plus, la gasolina, la ADSL, el préstamo de las vacaciones del año anterior...

Las empresas estaban más preocupadas de librarse de trabajadores que de contratar nuevos empleados. Y menos a alguien de mi edad. Sí, ya sé que veintiocho años, que acababa de cumplir por aquellas fechas, no son nada —Dios, quién los pillara ahora—, pero yo me sentía viejo y decrepito, inútil, acabado. El miedo a no ser capaz de encontrar un nuevo trabajo me atenazaba. No podía evitar que en mi mente se formase una imagen desoladora, en la que, como del paraíso primigenio, Manuela y yo éramos expulsados del piso por impago, con una criatura de unos pocos meses en brazos.

Claro, podía bajarme los pantalones, llamar a mi jefe, llorarle, suplicarle, humillarme y rebajarme, pedirle disculpas y aceptar una rebaja de sueldo o una regresión en mis condiciones de trabajo —lo de conservar la antigüedad, por supuesto, lo descartaba—, pero no tenía ni fuerzas ni valor para hacerlo.

Manuela se dio cuenta enseguida de mi estado, de la deriva depresiva y autocompasiva en la que había entrado, y abandonó rápidamente su rol autoimpuesto de *mujer-ultrajada-justo-en-el-momento-más-delicado* y se dedicó en cuerpo y alma

a animarme y a intentar hacerme salir del oscuro agujero en el que cada vez me hundía más y más. Buscaba en los diarios las ofertas de trabajo que podían adecuarse a mi perfil, me corregía el currículum, concertaba la entrevista, me preparaba la ropa, me peinaba. Y allí estaba yo, impecable con mi traje oscuro, mi maletín en la mano, cada cabello en su sitio, e incapaz de levantarme del sillón.

—¿Para qué voy a ir? ¿Para que me digan «es usted demasiado viejo»? O demasiado inútil, o tonto, o feo, o vago... Porque eso es lo que soy. Un puto parado.

—Venga Jordi. Si no vas, no lo sabrás.

—Pues casi que prefiero vivir en la ignorancia, la verdad.

Quizás por la tensión o por los nervios, o quizás por cualquier otro motivo, Manuela comenzó a encontrarse mal otra vez, como al principio del embarazo. Un día salió del lavabo con la cara blanca, pálida e incapaz de contener las lágrimas.

—Pierdo sangre —pudo decir entre sollozos.

Cogimos el coche y nos lanzamos a la carrera, conduciendo de forma casi temeraria hacia el hospital, para después pasarnos dos horas aguardando en la sala de espera, mientras los nervios y la impotencia nos devoraban por dentro.

En la consulta, Manuela, estirada sobre la camilla, con el vientre al aire y cubierto de una gelatina azul, aguantaba la respiración mientras la enfermera, armada con un *doppler*, buscaba por su matriz rastros de vida. Los minutos pasaban, y un silencio tenso llenaba la sala. La búsqueda sistemática del principio; firme, dirigida, segura; se había vuelto un ir y venir aleatorio, fortuito. No podía evitar asociar el momento que estábamos viviendo con esas situaciones trágicas en las que el médico continúa intentando reanimar un cadáver cuando ya hace rato que sabe que es inútil, simplemente porque no puede hacer otra cosa.

Seguimos así durante un buen rato. Poco a poco íbamos aceptando lo inevitable, y ya me disponía a acercarme a Manuela y abrazarla, cuando un ¡pum! rompió el silencio que nos rodeaba. Manuela arqueó una ceja, yo casi me caigo de la silla, y la enfermera soltó el escáner, como si le hubiese provocado una descarga eléctrica.

Retomó el aparato y continuó buscando.

—Creo que era por aquí.

Un par de minutos más de tensa espera, aguantando la respiración y el movimiento, y entonces, de nuevo, ¡pum!

Nos miramos Manuela y yo, sonriendo, sin poder contener las lágrimas. La enfermera temblaba de emoción a duras penas disimulada, mientras acababa de ajustar la posición del escáner.

¡Pum!¡Pum!¡Pum!¡Pum!...

## XI

El ginecólogo recomendó reposo absoluto, por riesgo de aborto, y Manuela pasó lo que quedaba de curso en casa, descansando y hablándole con voz suave y amorosa al bebé que llevaba en el vientre. Para mí, aquel episodio fue un revulsivo. No lo suficientemente fuerte como para superar mi resistencia a buscar trabajo y a asistir a entrevistas, pero sí como para que dejara de ver las cosas de color negro y pudiera verlas al menos en gris oscuro.

A la postre, este incidente fue una bendición. Manuela cogió la baja, y continuaba de baja cuando acabó su sustitución, en junio. En septiembre, con motivo de los recortes que la Generalitat estaba aplicando en educación, a Manuela no le fue asignada ninguna nueva sustitución. Si no hubiese sido por la baja por el riesgo de aborto, que, cuando nació Arnau, empalmó con la de maternidad, Manuela, que llevaba ya cuatro años trabajando para el departamento, se hubiese quedado con una mano delante y otra detrás, sin derecho a cobrar los más de diez meses de baja de maternidad y compactación de la lactancia que, por ser profesora, le correspondían.

Pero en aquel momento no sabíamos aún que el trabajo de Manuela peligraba, y por tanto, no formaba parte de nuestro abanico —amplio abanico— de preocupaciones.

Un par de días después de nuestro espantoso paso por urgencias, mi padre llamó preocupándose por el estado de Manuela y el niño y, también, aprovechando la ocasión, o quizás poniéndola de excusa, por el mío.

—¿Te acuerdas de Juan?

—¿Qué? No sé... ¿Qué Juan? —Por favor, no. Me veía de nuevo ante uno de esos eternos y aburridos «juegos» —por llamarlos de alguna manera— en los que algunas personas nos hacen participar, tanto si queremos como si no,

intentando conseguir que sepamos de quién hablan —persona a la que probablemente no conozcamos o como mucho, la hayamos visto un par de veces en nuestra vida—, a base de pistas estúpidas, casi siempre basadas en otras personas a las que tampoco conocemos, convirtiendo el juego en una pérdida de tiempo inacabable en el cual cada vez hay más gente a la que poner rostro.

—Aquel amigo mío que también es camionero, que se puso por su cuenta hace unos años y primero transportaba ropa, pero ahora trabaja para la SEAT. —¡Ja! Por supuesto. Ahora solo tengo que coger el listado de todos los Juanes amigos de mi padre, contrastarlo con el de los camioneros que trabajan para la SEAT, y el registro coincidente, ese es el Juan de quien mi padre está hablando.

—Papá, no sé... No me suena...

—Sí, hombre, sí, que su hija estudiaba contigo en el instituto, aunque en otro curso, porque es más pequeña que tú. —En mi instituto había cerca de quinientos alumnos; más o menos, la mitad chicas; muchas de ellas, más pequeñas que yo; eso sin tener en cuenta que estuve seis años en el instituto.

—Papá, como no concretes un poco más...

—A ver, hijo, que a veces pareces tonto. Es aquel que te comenté que buscaba a alguien que le ayudase con las cuentas y los impuestos, porque estaba harto de que los de la gestoría le tomasen el pelo, y me preguntó si tú podrías ayudarlo. —¿Pero por qué no puedes empezar por aquí, y me tienes que explicar primero la vida y milagros de ese hombre?

—Vale, ya sé quién dices.

—Pues he pensado que como ahora tienes tiempo, podrías volver a planteártelo. —«Ahora tienes tiempo», forma suave de decir: «no tienes trabajo».

—Es que en estos momentos estoy haciendo entrevistas —mentira, sí, pero él no lo sabe—, y cualquier día empe-

zaré a trabajar de nuevo. No me gustaría dejarlo colgado después.

—Piénsatelo, ¿vale? Tal y como se están poniendo las cosas, quizás no es tan mala idea que te busques unos cuantos «clientes» estilo Juan y te asegures al menos unos ingresos mínimos.

—Vale, lo pensaré.

Colgué el auricular y me quedé pensativo unos instantes. Por el momento no me veía con ánimos para presentarme a entrevistas. Pero echarle una mano a Juan no parecía tan difícil... y podía ser un comienzo.

## XII

No recordaba en absoluto a la hija de Juan, aunque ella sí parecía recordarme a mí. Cosas del instituto, supongo, en donde tenemos más tendencia a mirar hacia arriba —hacia los cursos por venir y los chicos y chicas mayores— que hacia abajo —hacia los cursos pasados y los chavales y chavalas novatos—.

Por ahora se encargaba ella de llevarle las cuentas a su padre, y estaba explicándome cómo lo tenía organizado y cómo lo gestionaba.

—Lo tienes muy limpio y ordenado todo. Da gusto trabajar en estas condiciones —le dije, al observar la pulcra clasificación de facturas y albaranes, y del resto de papeles y documentos de la pequeña habitación que hacía las veces de despacho—. Podrías seguir encargándote tú. Lo haces muy bien.

Ana me miró durante unos segundos, con una sonrisa irónica en el rostro y una ceja arqueada.

—¿Me has visto cara de idiota a mí? —Dejó ir, supongo que sin pensar demasiado. Un momento después, al ver la expresión de mi cara, se apresuró a continuar—: Quiero decir, que no es que piense que tú eres idiota. Es que ya tengo bastantes historias yo como para estar aquí arreglándole los papeles al viejo, no sé si sabes qué quiero decir.

—Supongo que sí.

—Que por cierto, tú trabajabas de chófer, ¿verdad?

—Sí, pero lo dejé. Diferencias con el jefe, por decirlo de alguna manera.

—Vaya. Pues te quedaste sin finiquito.

—Sí. Y sin paro...

—Bueno, tendrás que trabajar un par de meses en algún sitio, ¿no?

—¿Perdona?

No quiero trabajar

—Pues eso, que te contrate una ETT un par de meses y después arreglas los papeles. Vaya, es lo que se hace normalmente en estos casos, que yo sepa.

## XIII

—Lo único que tengo ahora es en el matadero de conejos.

—¿Cuánto tiempo? —contesté.

—Un mes.

—Necesitaría mínimo dos.

—¿Por lo del paro?

—¿Eh? Sí, digamos que sí.

—En principio, con un mes basta. Al menos, no me ha llegado que algún trabajador haya tenido problemas por este motivo. Pero de todas formas, seguro que después de este mes podrás continuar trabajando allí. Hay mucha rotación de personal.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ya lo verás.

## XIV

No tenía las más mínimas ganas de trabar conocimiento con el mundo de la industria cárnica y sus procesos de elaboración, pero constituía una vía rápida de salir de la trampa en la que me encontraba preso —metafóricamente hablando—.

Ana, la hija de Juan, con su comentario casual, había roto las cintas invisibles que me atenazaban, las vendas que me cegaban, y había encendido una luz en las tinieblas. Ir a una ETT y pedir un trabajo temporal era algo que estaba incluso a mi alcance.

La chica de la ETT me había insistido sobre todo en que, me gustase o no el trabajo, intentase aguantar el tiempo de contrato y trabajar bien, con seriedad. Era importante para la ETT, y también para mí, según ella.

Mi primer día de trabajo en el matadero no vino acompañado de demasiadas ceremonias ni preparativos. En la ETT me entregaron la ropa, me presenté a la hora estipulada en el matadero, y el encargado me asignó la tarea. Nada más. Ni presentaciones, ni explicaciones.

Pasé todo el primer día descargando jaulas y enganando conejos por las patas traseras en una cinta transportadora. La cinta los llevaba hacia el interior de la nave, donde los mojaban con agua, antes de electrocutarlos. Durante toda la jornada oías los chillidos desesperados de los conejos agonizando, hasta que te acostumbrabas a ellos o simplemente los ignorabas.

Mi trabajo en el matadero consistía en echar una mano allí donde hiciera falta. Pasé los dos meses moviendo cajas, cargando palés, descargando camiones o ayudando a los otros trabajadores.

El interior de la nave estaba a escasos cinco grados de temperatura y todos trabajábamos con chaqueta. El frío cau-

só mella en mí, y pasé la práctica totalidad del tiempo que trabajé en aquel lugar con diversos síntomas de resfriado y preocupado por no coger una pulmonía. El frío era húmedo, constante, producido por los grandes y ruidosos aires acondicionados que expulsaban una ola de calor al exterior y mantenían el interior a temperatura glacial.

Cada día, al llegar a casa, tomaba un baño de agua caliente, para recuperar el calor interior de mi cuerpo. Me sentía realmente calado hasta los huesos, después de pasar nueve horas respirando aquel aire. El baño conseguía calentar mi cuerpo, pero no era capaz de acabar con el olor. Era algo que compartíamos todos los trabajadores del matadero. Un olor especial, terriblemente repugnante, a sangre, a productos de limpieza y desinfección, a frío y a excrementos. Un olor que impregnaba la ropa, el cabello y la piel. Un olor que solo después de varios baños se mitigaba lo suficiente como para ser inapreciable. Un olor que al final ya no notábamos, y que en algunos de mis compañeros se había vuelto permanente.

Cuando los conejos pasaban la sala de electrocución, la cinta los llevaba hasta las manos de Yahya, que, con golpes rápidos y precisos de su cuchillo, cortaba la piel de las patas traseras y delanteras del conejo, y se lo dejaba preparado a Ramón para que, de un tirón seco, lo despellejara.

Yahya era un marroquí de casi dos metros de altura y aspecto realmente corpulento. Su piel era oscura, casi negra. Me fascinaba su habilidad con el cuchillo. Era extraordinaria. Movía las manos más rápido de lo que mis ojos podían seguir las, y jamás vi que se lastimara ni se hiciera el más mínimo corte.

Ramón trabajaba a su lado. Su aspecto era desaliñado y sucio, con el cuero cabelludo ralo y descuidado y un rostro porcino, de cara redonda y amplia papada, como colofón a un cuerpo fornido, aunque de prominente vientre, que cu-

bría con un desgastado delantal que en algún momento había sido impermeable, y que ahora aparecía cubierto de manchas de sangre y mugre de diverso origen.

Yahya pasaba la jornada desollando conejos sin descanso —y sin aparente esfuerzo—, mientras explicaba chistes, contaba anécdotas o gastaba bromas, gesticulando con el rostro y con el cuerpo, mientras sus manos cortaban sin parar, casi de forma automática. Ramón reía sus bromas, con sacudidas de sus hombros e interrumpiendo su risa porcina con ronquidos involuntarios.

Sus risas nerviosas y sus resoplidos cuando tiraba de la piel de los conejos eran prácticamente todo el repertorio lingüístico de Ramón, suspicaz y desconfiado, escaso de palabras, y no demasiado amigo de indirectas y dobles sentidos, a los que respondía —igual que a cualquier cuestión que le resultara demasiado compleja de entender— frunciendo el ceño y agachando la cabeza, como un jabalí a punto de embestir.

Yahya se empeñó en enseñarme su oficio. Él avanzaba cuatro o cinco conejos, y me dejaba a mí el tiempo suficiente para que yo, con mis torpes capacidades, pudiese realizar los cortes oportunos. Debían ser precisos, ni muy profundos, ya que entonces se desgarraba la carne, ni demasiado superficiales.

En ocasiones, mis cortes no eran lo bastante buenos, y Ramón se encontraba con dificultades para arrancar la piel. Tiraba con fuerza, resoplando ruidosamente, y solo conseguía arrancar el conejo de la cinta. Cuando esto pasaba, Ramón me tiraba el conejo con desprecio, y se quedaba mirándome acusadoramente, como si mi torpeza fuese premeditada.

Ramón me provocaba profundos sentimientos de asco y repulsión, aunque sabía que su mal carácter era más, causa de su ignorancia y poca inteligencia, que por mala fe.

Quien de verdad me espantaba era Yahya. No porque intuyera malas intenciones en su actitud, sino porque su as-

pecto me atemorizaba. Y su habilidad con el cuchillo me causaba pesadillas. No podía evitar imaginar que con la misma facilidad y rapidez con la que cortaba la piel de los conejos, podía abrir mi garganta, sin que yo ni siquiera lo advirtiese.

## XV

Los dos meses pasaron, y desde la ETT me llamaron para que me acercara a la oficina aquella tarde.

—Los del matadero están contentos contigo. Quieren que continúes, ahora por la empresa. ¿Cómo lo ves? —¿Querían que continuara? Dios, ¡prefería morirme de hambre! De repente me sentí cansado, muy cansado.

—¿Puedo negarme? —pregunté en voz baja, casi sin ánimo.

—Sí, claro. Por supuesto —la chica de la ETT me miró durante unos segundos, sonriendo condescendiente—. Y tranquilo, que lo del paro ya puedes arreglarlo. Tu contrato con nosotros ha finalizado.

—Gracias —contesté con un hilo de voz.

—Es duro, ¿verdad?

—No voy a volver a comer conejos en mi vida, te lo juro.

## XVI

Si una cosa me quedó clara de mi paso por el matadero de conejos es que si a lo único que podía acceder ahora era a trabajos de este tipo, a partir de ese momento no quería trabajar.

Crisis son tiempos de cambios, cambios de muchos tipos. Y diferentes empresas cambian de proveedores buscando reducir costes. Así conseguí algunos clientes, tipo Juan, es decir, autónomos, comerciantes o pequeños empresarios, a los que llevarles las cuentas y prepararles los impuestos. Poca cosa, casi solo para entretenerme, en total, ni siquiera cuatrocientos euros al mes entre todos. Pero servía para completar lo que recibía del subsidio de paro. Y me quedaba bastante tiempo libre, que quería utilizar de forma adecuada.

Después de tantos años al volante de autobuses, había desarrollado una pequeña barriguita, redondeada y respingona, de la cual no estaba demasiado orgulloso, así que asigné algunas de mis horas a hacer ejercicio.

Por otro lado, para aclarar algunas dudas que me surgían mientras colaboraba con mis nuevos clientes, recuperé manuales y materiales de mi etapa universitaria. Utilizar de nuevo aquellos libros despertó nostalgias de mi época de estudiante. De pronto, me entraron ganas de volver a estudiar. No necesitaba nuevos conocimientos para llevarles las cuentas a mis clientes, pero sí que tenía interés en continuar aprendiendo sobre diferentes ámbitos de la economía, sobre todo, aspectos teóricos de las investigaciones y modelos que se desarrollaban sobre los flujos económicos.

No estaba en disposición de apuntarme a un posgrado, pero sí que comencé a frecuentar la universidad para participar en seminarios y en algunos cursos cortos. Visité a mi antiguo profesor de pensamiento económico, del cual tenía un grato recuerdo. Me reconoció cuando me vio —tampoco

había pasado tanto tiempo— y se alegró de mi visita. Nos pusimos al día mutuamente. Así supo de las dificultades que tuve para obtener un trabajo adecuado cuando acabé la carrera, de mi trayectoria profesional como chófer, y de chico para todo en el matadero hasta la actualidad, en la que mi actividad era difícilmente describible, más allá de estar en el paro y trapicheando por aquí y por allá. Él me habló de los distintos proyectos en que estaba trabajando y de lo difícil que era encontrar ayudantes competentes. En definitiva, que dado que ahora disponía de cierto —cada vez menos— tiempo libre, acabé comprometido a colaborar en el análisis de diversos trabajos de investigadores de la universidad de Massachusetts sobre los orígenes del capitalismo en Europa. Sin cobrar, claro.

Pero poco a poco fueron surgiendo otras oportunidades y colaboraciones, estas remuneradas, aunque escasamente.

Y así completaba mi jornada: algo de deporte, llevar las cuentas de mis clientes y colaborar con la universidad. En total, entre cuatrocientos y seiscientos euros al mes. Mientras, Arnau seguía creciendo en el vientre de Manuela, que se había recuperado y, aunque continuaba de baja, había recobrado el color y la vitalidad. Hasta el día en que descubrió que no tenía sustitución —lógico, por estar de baja—, y que probablemente pasaría bastante tiempo antes de tener otra, cosa que no se esperaba en absoluto, debido a los recortes que se estaban aplicando en educación.

## XVII

Por lo que había pasado yo unos meses antes, pasaba ella ahora. ¿Qué haría si no podía trabajar? ¿Cómo alimentaríamos a nuestro hijo? No podía animarla de ninguna forma. Para ella, era como si se derrumbase el mundo a su alrededor, poco a poco pero inexorablemente. De nada servían mis abrazos ni mis intentos de consolarla.

—¿Tú? ¿Tú te encargarás de todo? ¿Y cómo? ¿Trabajando en el matadero de conejos? Por favor, no me hagas reír.

—Pero Manuela, podría haber sido mucho peor. Imagínate que no hubieses cogido la baja. Ahora no tendrías ni siquiera la prestación por maternidad —nada más decir esto, me arrepentí inmediatamente. Manuela comenzó a llorar desconsolada, escondiendo su rostro entre sus brazos.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me torturas aún más?

Me acerqué a ella y le acaricié el cabello, esperando a que levantara la cabeza y me mirase. Cuando lo hizo, la miré fijamente a los ojos y le dije:

—Estate tranquila, Manuela. Descansa y no te preocupes. Déjame hacer a mí. —La besé con suavidad.

Por supuesto, no tenía la menor intención de buscar un «trabajo» decente. Con mi actividad sumergida de «gestor pedagogo» —no solo llevaba las cuentas a mis clientes, también intentaba, con escaso éxito, transmitirles nociones básicas sobre economía— y mis pequeñas incursiones universitarias —también sumergidas, aunque no tanto—, estaba genial —económicamente no, claro—, así que no pensaba cambiarlo.

A mí me quedaba aún un año y medio de paro, y Manuela tendría unos cuantos meses de maternidad y casi dos años de paro. Para entonces, era posible —aunque no demasiado probable— que la situación hubiese cambiado y Manuela pudiese continuar trabajando. La situación no era para tirar cohetes, pero tampoco para ponerse nerviosos.

Así que si tenía claro que no pensaba incrementar los ingresos a costa de sacrificios inasumibles, solo me quedaba una opción: reducir gastos. En realidad, era bastante obvio, sobre todo para mí, que llevaba años precisamente estudiando esta balanza, este equilibrio entre *inputs* y *outputs*. A partir de aquí, ya solo era cuestión de imaginación. Analicé nuestros gastos —desde hacía tiempo llevaba un control exhaustivo de a qué dedicábamos nuestro dinero—, e identifiqué cuáles eran los apartados que más pesaban en nuestra economía. Por supuesto, en poco tiempo iban a haber cambios importantes, que tendríamos que tener en cuenta. Pero hasta entonces; hasta que no dispusiese de esa información, de los gastos que la nueva criatura provocaría; trabajaría con los datos de que disponía. El coste más importante era la vivienda: alquiler y resto de gastos asociados. El siguiente, el coche.

Tenía una estimación muy clara de nuestros ingresos durante los próximos dos años y medio. Mi objetivo no era solo limitar los gastos a estos ingresos, sino incluso —y sobre todo—, ahorrar para poder alargar este período relativamente «tranquilo». Así que la reducción de gastos tenía que ser intensa.

Lo primero, prescindir de nuestra vivienda.

La casa donde vivían mis padres era grande y estaba en parte desocupada, ahora que tanto mi hermano como yo nos habíamos independizado. Así que hablé con ellos, les expuse la situación y les propuse vivir juntos, compartiendo gastos. Sería un verdadero desafío, ser capaces de convivir en armonía, poniéndonos de acuerdo y todo eso —aún recordaba mis últimos años de adolescencia y de conflicto permanente entre ellos y yo—, pero con buena voluntad seguramente podríamos conseguirlo.

El siguiente paso, vender nuestro Honda Civic. Con el Dacia de mis padres tendríamos que tener suficiente.

Mi padre recibió la propuesta con cierta reserva.

—¿Tan mal acabaste con Pedro? —Pedro es el dueño de la empresa de autobuses en la que trabajaba, con el que discutí.

—No, no. Tuvimos nuestras diferencias, pero la sangre no llegó al río. —Aunque los gritos se oían claramente a varias dependencias de distancia.

—Si quieres puedo hablar con él. Ya sabes que siempre nos hemos llevado bien.

—Me llamó poco después, conciliador. Me propuso olvidar nuestras diferencias y volver al trabajo, perdiendo la antigüedad y con las nuevas condiciones económicas, claro, pero no me veo haciendo de chófer el resto de mi vida.

Ahora esperaba que mi padre me soltara un sermón sobre responsabilidades, obligaciones y sentido común. Pero no fue así.

—No, yo tampoco te veo —me dijo sonriendo—. Bueno, ahora podrás echarme una mano con el huerto en tus ratos libres, ¿verdad?

Mi padre se había jubilado anticipadamente un par de años atrás, debido a los problemas de salud que arrastraba. Ahora dedicaba su tiempo a cuidar del pequeño huerto que tenía al lado del río. Había construido una sencilla barraca en la que guardar las herramientas; un abigarrado gallinero; y hasta un invernadero, modesto pero digno.

Manuela, por su parte, asistía pasiva a la sucesión de acontecimientos. Lamentaba profundamente tener que abandonar nuestro piso, y temía no entenderse con mis padres si tenía que convivir con ellos, pero se mostraba resignada ante la nueva situación y ante mi negativa a intentar cambiarla. Supongo que en cierto modo se sentía culpable de haber perdido su trabajo —aunque conservarlo estaba totalmente fuera de su alcance—, pero también tenía ganas, muchas ganas, de dedicarse al hijo que estaba en camino. Y así, cuanto más se aproximaba el momento del parto, menos parecía importarle lo que pasaba a su alrededor.

## XVIII

Arnau no comenzó a ir a la escuela hasta los cuatro años. Tanto desde la guardería, primero, como desde la dirección de la escuela, cuando Arnau cumplió los tres años, nos insistieron de la conveniencia de que el niño se relacionara con otros niños y se socializara desde pequeño, pero Manuela no lo veía así. Para ella, el niño tenía que estar en el mejor entorno posible, respetuoso, seguro, amable, agradable, estimulante, diverso y amoroso. Y crear un entorno así, sencillamente, estaba fuera del alcance de cualquier guardería.

En aquella época, nuestras respectivas prestaciones de desempleo ya habían vencido y solo Manuela seguía percibiendo un pequeño subsidio de ayuda. Yo continuaba con mis clientes y con mis colaboraciones en la universidad, y Manuela daba clases de repaso y también llevaba un grupo de yoga.

Nuestra relación en casa con mis padres no estaba exenta de fricciones. Mi padre me «obligaba» a ayudarlo en el huerto y mi madre intentaba intervenir bastante en la educación de Arnau. Lo de mi padre no era problema. Las tardes que no iba a la universidad, a una hora u otra en función de la época del año y del tiempo que hacía, me acercaba al huerto para echarle una mano en las faenas más pesadas, aunque básicamente lo que hacía era escuchar sus diversas quejas críticas: a los vecinos, a la sequía, a las lluvias, a los políticos, a los bancos, a los jóvenes, a los viejos y a cualquier entidad o colectivo que se pudiera criticar.

A pesar de ello, se trataba de momentos muy agradables, de trabajo físico, de conversación, de olor a tierra húmeda y a tomates acabados de coger.

Pero lo de mi madre lo llevaba peor. Mucho peor. Sus continuos consejos, críticas, interrupciones y correcciones, me ponían de los nervios. Me sentía totalmente cuestionado,

desacreditado ante los ojos de mi hijo. Y no solo yo. Manuela no recibía un trato mejor. Le corregía la forma como cogía el niño cuando le daba el pecho. Le calentaba o enfriaba la comida a la hora de comer, consentía cosas a Arnau que nosotros no le permitíamos y lo regañaba por acciones que a nosotros nos parecían correctas, lo que disparaba mis reacciones más airadas y las consiguientes discusiones y acusaciones mutuas con mi madre.

Pero Manuela no. Manuela sonreía y agradecía cada comentario o sugerencia, por impertinente e inoportuna que fuese, que mi madre le dirigía. Esto me sorprendía y desconcertaba un tanto, pero la entereza y serenidad de Manuela eran inalterables.

—No entiendo cómo puedes soportar a mi madre. Es tan borde... Según ella, todo lo hacemos mal.

—Bueno, y quizás, en cierta manera tiene razón.

—¡Anda ya! Pero si un día dice una cosa y otro día dice otra.

—Pues porque quizás ella tampoco lo hace todo bien.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila. A mí me pone de los nervios.

—Tenemos que convivir con ellos, ¿no? Pues no seré yo la que discuta por tonterías. Además, lo hace por bien, porque quiere a Arnau y quiere lo mejor para él.

Cuando Arnau cumplió un año, mi madre llegó un día a casa muy emocionada. Acababa de apuntar a Arnau a la guardería del barrio y le había comprado una bata a rayas azules y una mochilita.

Manuela no perdió la sonrisa, pero tampoco quedó impasible.

—Margarita, ¿podemos hablar un momento?

—Sí, claro, Manuela. ¿Qué quieres? ¿Es por lo de la guardería? He supuesto que el año que viene ya lo llevaríais y por eso he pensado que os podía ahorrar la molestia...

—A solas.

Y desaparecieron en el interior de la habitación, medio despacho medio biblioteca, en la cual estudiábamos mi hermano y yo en nuestros tiempos académicos. Dos horas más tarde, mi madre salía del despacho, sonriendo aunque algo afectada. Me miró un instante antes de bajar la cabeza casi con vergüenza.

—Voy a la guardería un momento —rio nerviosa—, a ver si me devuelven el dinero de la bata y de la mochila.

Y salió.

Manuela abandonaba el despacho en ese momento. Me dirigí hacia ella, algo extrañado y desconcertado.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Le he explicado la teoría BSCT<sup>2</sup> de Bruce J. Ellis y Thomas Boice.

—¡Ah!

Y se alejó antes de que tuviese tiempo de preguntarle qué era eso de la BSCT.

En cualquier caso, a partir de ese momento mi madre redujo considerablemente sus interferencias y sugerencias sobre la educación de Arnau.

---

<sup>2</sup> N. del E. - Sensibilidad biológica al entorno.

## XIX

—Entonces, profesor, según usted, ¿trabajar no es necesario?

Después de mis colaboraciones en el estudio sobre los orígenes del capitalismo en Europa, me volví casi una eminencia en el tema. Y Bruno —mi exprofesor— se aprovechaba de mí siempre que podía para que expusiera mis conocimientos ante sus alumnos. Estaba lejos de poder considerarme profesor universitario, pero ser tratado como tal no me desagradaba. No, no me desagradaba en absoluto.

—Si nos ceñimos a los números, solo con el trabajo voluntario habría suficiente para satisfacer todas las necesidades materiales de la población del planeta —contesté a la chica con gafas y nariz respingona.

—Pero si la gente no trabaja, ¿de qué viviría? —me preguntó un chico regordete y pelirrojo sentado en primera fila.

—Si con el trabajo voluntario, y claro, con la tecnología disponible en nuestra sociedad, hay suficiente para satisfacer las necesidades de la población, es obvio de qué vivirá la gente —expliqué, lentamente y con cierta ironía. Sin embargo, para mi interlocutor no parecía en absoluto obvio.

—Pero si no trabajan, no cobran, y si no cobran, no pueden comprar comida, ni pagar el alquiler, ni la gasolina... Los supermercados estarían llenos de bienes, pero la gente no podría comprarlos. —El que intervenía ahora era un chico moreno, de cabello rizado, sentado en una de las últimas filas.

—Bueno, esto se podría arreglar con una RBU, una renta básica universal. Así, la gente tendría dinero para comprar esos bienes de los supermercados —le contesté con una sonrisa.

—Pero el dinero de la RBU tendría que salir de algún sitio —insistía el pelirrojo.

—Durante estos últimos diez meses la FED<sup>3</sup> ha estado inyectando ochenta y cinco mil millones de dólares mensuales en la economía americana. Esto supone una RBU de unos doscientos cincuenta dólares para cada americano. En España, por ejemplo, solo con el gasto en pensiones y educación, estaríamos hablando ya de una RBU de más de trescientos euros por cada habitante del Estado. Claro, por supuesto, en el caso del FED, el dinero se «inyecta» por arriba, no por abajo como pasaría con una RBU. Y en el caso que comentaba de España, claro, no quitaremos las pensiones a los ancianos y las escuelas a los niños para tener esa RBU. Lo que quiero decirte es que el dinero no es problema. Existe. Y si no existe, esto tampoco ha de ser un problema.

—Pero el dinero del FED se utiliza para comprar deuda, que el Estado tendrá que devolver con los impuestos. Y las pensiones y las escuelas también se pagan con impuestos. Y los impuestos, con una parte de los salarios de la gente que trabaja. Si la gente no trabaja, no habrá impuestos. Y no habrá jubilaciones, ni escuelas, ni más compra de deuda por parte del FED. Ni por supuesto, RBU de ningún tipo. —El moreno de pelo rizado de la última fila contraatacaba.

—Tal y como expones, actualmente los impuestos se alimentan —en parte— de las cotizaciones de los trabajadores, aunque un volumen importante proviene del consumo. Pero esto es algo «social», arbitrario, establecido de esta forma por convenio, no porque «deba ser así». Hay propuestas que defienden que los robots paguen seguridad social. Aquí tendrías una forma de conseguir estos impuestos.

—Entonces, ¿está proponiendo dejar en manos de los robots todo el trabajo y que sean estos los que paguen impuestos? —Una chica de cabello corto y mirada incisiva cuestionaba con cierta sorna mis planteamientos.

---

<sup>3</sup> N. del E. - Reserva Federal de EE.UU.

—Yo no soy ni sindicalista, ni político. No soy nadie para andar haciendo propuestas. Estoy aquí para poner de relieve algunos aspectos de nuestra historia económica de los que no somos demasiado conscientes. —Aproveché ese momento para presentar en la pantalla una diapositiva con una gráfica descendente—. Si nos fijamos en este gráfico, podemos ver que hace doscientos años, un grupo familiar de cinco personas —padre, madre y tres hijos de entre seis y doce años— tenía que trabajar de cincuenta a setenta horas diarias para subsistir. Ahora, hay suficiente con que el mismo grupo familiar trabaje unas doce horas diarias para tener satisfechas todas las necesidades de subsistencia y también poder hacer frente a las imposiciones que una sociedad consumista conlleva. Esto marca una clara tendencia a la baja en el número de horas de trabajo, tendencia que se mantiene en la actualidad, con lo cual, en un futuro no muy lejano, con tres o cuatro horas diarias obtendremos suficientes ingresos para garantizar nuestra supervivencia.

Algunos alumnos parecían querer realizar algún comentario. No les di oportunidad y continué con la siguiente diapositiva.

—En esta gráfica —ahora claramente ascendente— podemos observar cómo han evolucionado los subsidios a los trabajadores en todos estos años. Desde el cero absoluto de hace unos doscientos años hasta los más de trescientos cincuenta euros de media actuales. Una tendencia que, como la anterior, se mantiene o incluso se intensifica.

Por un momento el silencio se hizo en la clase, y tuve la sensación de haber captado completamente su atención. Perfecto para introducir la conclusión.

—Yo no sé cómo se articulará en la práctica ni de dónde se obtendrá el dinero o si los robots pagarán seguridad social o no. Lo que sí sé es que la historia nos enseña que hasta este momento, durante los últimos doscientos

No quiero trabajar

años siempre ha encontrado el camino necesario, tanto para reducir las horas de trabajo, como para incrementar los subsidios. Y esto, no tenemos ningún motivo para pensar que no va a continuar evolucionando igual.

## XX

—Manuela, ¿qué es la BSCT?

—¿Perdona?

Había llegado tarde de la universidad y Manuela ya estaba en la cama, así que cené alguna cosa de la nevera y me fui a dormir. Manuela no dormía. Estaba leyendo en la cama, apoyada en un par de cojines. Me desnudé y me estiré a su lado. Cogí el *The end of work*, de Jeremy Rifkin e intenté continuar leyéndolo. Pero solo había podido conseguirlo en inglés, y su lectura, sin diccionario a mano y con mi escaso dominio del idioma anglosajón, era lenta y tediosa —aparte del hecho de que no me enteraba de nada—. Sobre todo con lo de la BSCT aún dándome vueltas por la cabeza. Por eso pensé que sería más provechoso dejar por ahora el libro y mirar de resolver mis dudas sobre lo que había pasado por la mañana entre mi madre y Manuela.

—De lo que le has explicado a mi madre hoy. Eso de la BSCT.

—Es un tema de neurobiología. No creo que te interese.

—¡Ah! ¿Y a mi madre sí?

Manuela dejó el libro a un lado y me sonrió.

—¿De verdad quieres que te explique la BSCT ahora? He tardado dos horas en explicársela a tu madre. —Miré el reloj. Pasaban algunos minutos de las once.

—No te preocupes. Estoy en el paro. Mañana no tengo que madrugar.

### *Teoría BSCT*

*Intentaré resumir en pocas palabras lo que Manuela me explicó durante las dos horas siguientes.*

*Tradicionalmente se han considerado los entornos estresantes como un factor desencadenante de procesos patológicos. Pero desde hace*

*unos años, diferentes investigadores (Jay Belsky, Bruce J. Ellis, Thomas Boyce, entre otros), analizando los diferentes estudios sobre el tema, han comenzado a ver este fenómeno de forma diferente. Según sus planteamientos, no se trata de patologías, sino de adaptaciones biológicas, psicológicas y de comportamiento al contexto. Son respuestas evolutivas que hasta ahora han dado buenos resultados a las especies que las han desarrollado, haciéndolas más eficientes a estos entornos estresantes, pero que en la sociedad actual no son útiles.*

*Pero estos autores van más allá, y sus teorías (la Biological Susceptibility to Context Theory y la Differential Susceptibility Theory) también contemplan una adaptación al contexto no solo en ambientes muy estresantes, sino también en ambientes que son realmente muy poco estresantes, que provocarían la activación de mecanismos adaptativos orientados a obtener el máximo provecho de ese ambiente.*

*Estas teorías también contemplan diferentes grados de susceptibilidad al contexto, e incluso, utilizan una nomenclatura propia para referirse a esta clasificación basada en la susceptibilidad.*

—Los niños y niñas con un índice elevado de susceptibilidad al contexto son clasificados como niños y niñas orquídea, y los que tienen un índice bajo, niños y niñas diente de león.

—¿Qué es? ¿Un poco como lo de los niños índigo?  
—pregunté a Manuela.

—Los niños índigo constituyen un concepto místico, un fenómeno teleológico, desencadenado por alguna fuerza superior —llámala Dios, extraterrestres, universo, energía, naturaleza, madre Tierra, espíritus o como prefieras—. Pero cuando te hablo de niños orquídea, te estoy hablando de una clasificación biológica de organismos en base a su susceptibilidad al contexto. Creo que hay una diferencia sustancial.

*Actualmente estos autores están trabajando en unificar (y desarrollar) ambas teorías, y también en potenciar la realización de investigaciones que permitan confirmar sus hipótesis y el desarrollo de este planteamiento y de modelos explicativos de este fenómeno. Aún hay, sin embargo, un largo camino por recorrer, un camino que está en sus comienzos.*

## XXI

—Le dije a tu madre que creía probable que Arnau pudiese ser considerado niño orquídea, es decir, que presenta una elevada susceptibilidad al entorno.

—Ajá... —contesté.

—Le dije también que mi decisión de no llevar a Arnau a la guardería se fundamentaba en las conclusiones que se derivan de esta teoría y también de otras teorías y planteamientos desde diferentes perspectivas: biológica, social, cognitiva, emocional, como la ecología social de Bronfenbrenner,<sup>4</sup> la teoría general de sistemas de von Bertalanffy,<sup>5</sup> los planteamientos de Vigotsky<sup>6</sup> y Piaget,<sup>7</sup> y la concepción cognitivista desarrollada por autores como von Newman o

---

<sup>4</sup> N. del E. - Urie Bronfenbrenner (Moscú, 1917 - Ithaca, 2005). Psicólogo estadounidense que abrió la teoría ecológica sobre el desarrollo y el cambio de conducta en el individuo a través de su teoría de sistemas ambiente que influyen en el sujeto y en su cambio de desarrollo. Su estudio supone una de las teorías más emergentes y aceptadas de la psicología evolutiva actual.

<sup>5</sup> N. del E. - Karl Ludwig von Bertalanffy (Viena, 1901-Búfalo 1972). Biólogo y filósofo austríaco, reconocido fundamentalmente por su teoría de sistemas.

<sup>6</sup> N. del E. - Las ideas de Vygotski (1896-1917) no coincidían con las principales teorías psicológicas europeas, que eran conductistas y las suyas eran reaccionologistas. En los últimos veinte años, ha aumentado la circulación y las traducciones de los textos de Vigotsky y estos han tenido un profundo impacto en los campos de la educación, lingüística y la pedagogía.

<sup>7</sup> N. del E. - La teoría de Piaget (1896-1980) trata en primer lugar los esquemas. Al principio los esquemas son comportamientos reflejos, pero posteriormente incluyen opiniones acerca de que el contexto social del aprendizaje tiene un impacto importante en las actuales prácticas educativas.

Bruner.<sup>8</sup> Aparte, claro está, de mi experiencia y conocimiento

—Ajá... —contesté otra vez.

—Y entonces le he preguntado en qué teorías y planteamientos pedagógicos basaba su decisión de querer llevar a Arnau a la guardería.

—Ajá... —contesté casi automáticamente. De repente, entendí lo que Manuela me estaba diciendo—. ¿Qué? ¿Que mi madre te explique qué? ¿Pero estás loca? ¡Que mi madre no acabó ni la primaria! ¡Ostia, cómo te has pasado!

—¿Y ella? ¿No se ha pasado ella? Joder, que ha apuntado al niño a la guardería sin decirnos nada. Si hasta le ha comprado la batita y la mochila. —Manuela estaba realmente indignada, alterada, como hacía tiempo que no la veía. No sabía qué decirle, y algo en mi interior me aconsejaba que, entonces, mejor no decir nada. Me mantuve en silencio, observándola sin más. Al cabo de unos minutos me pareció que se serenaba.

—Pero la has humillado echándole en cara que no tiene estudios. Creo que la has destrozado, que la has golpeado cruelmente.

Manuela respiró profundamente.

—Era, o la BSCT, o arrancarle todos los pelos de la cabeza.

—Entonces mejor la BSCT.

—Sí, es lo que he pensado yo.

Había pasado ya un buen rato desde que habíamos apagado la luz y nos habíamos girado para dormir, pero no conseguía conciliar el sueño. Me coloqué boca arriba, con los

---

<sup>8</sup> N. del E. - En 1960, Bruner fundó el Centro de Estudios Cognitivos de la Universidad de Harvard y le dio un fuerte impulso a la psicología cognitiva para que fuese considerada como disciplina científica. Bruner mantuvo la regla básica de la ciencia: observar los fenómenos, y a partir de esa observación, elaborar las conclusiones.

brazos bajo la nuca, mi mente aún atrapada en los acontecimientos que se habían desarrollado a lo largo del día.

Escuché la respiración de Manuela y me pareció que todavía estaba despierta. Me giré hacia ella y le acaricié la espalda lentamente. Seguí mis caricias recorriendo su brazo y el torso de su cuerpo. Con estudiada calma, dirigí mi mano hacia su pecho y acaricié su piel recorriéndola en una larga espiral.

Manuela se giró hacia mí y me besó, mientras me acariciaba el cabello.

Al final aún le sacaríamos provecho al insomnio.

## XXII

No hacía mucho que Arnau había comenzado P5 cuando un día, al volver del colegio, me dijo que él ya no tenía que ir más.

—¿Ya no tienes que ir más? ¿Y eso? —pregunté, medio divertido, medio sorprendido por su ocurrencia, mientras intentaba adivinar de dónde debía haber sacado tal tontería.

—Lo ha dicho la profesora —dijo mientras abría el cajón de las pastas y cogía un par de galletas de chocolate.

—¡No piques, que vamos a comer enseguida! —lo regañé—. Y explícame mejor eso de que la profesora dice que ya no tienes que ir más. ¿No te habrán expulsado? —le pregunté, aunque era una pregunta absurda.

—Dice la profesora que los padres trabajan —dijo, mientras masticaba la primera de las galletas que había cogido.

—Ajá...

—Y los niños van a la escuela.

—Correcto —convine.

—Pero vosotros no trabajáis —dijo casi a la vez que mordía la segunda—, así que yo no tengo que ir a la escuela. —Y volvió a dirigirse al cajón de las pastas.

## XXIII

A Manuela le hizo mucha gracia la ocurrencia del niño. Mi padre, por su parte, lo animaba y le decía: «Di que sí, chaval. Total, para acabar en el paro como tu padre tampoco hace falta estudiar tanto». Y mi madre sonreía y asentía con la cabeza.

—Arnau, hasta el año que viene no es obligatorio ir a la escuela. Si quieres, este curso no vayas —le dijo Manuela al niño.

La estaba oyendo y no podía creerme lo que estaba escuchando.

—Pero si este año no va, el año que viene irá descolgado. No sabrá leer ni escribir y lo pondrán en el grupo de los tontos.

—No hay grupo de tontos. Eso ya pasó a la historia.

—Ya me entiendes. En este curso les enseñan a leer y escribir en letra de palo. Si se lo pierde no aprenderá a leer e irá retrasado.

—Aprender a leer y escribir demasiado pronto es nefasto. Cuando se precipita este aprendizaje, el niño ha de utilizar estructuras neurológicas que aún no están maduras o que no son las más adecuadas para este tipo de aprendizajes. Sabrá leer y escribir, pero para él constituirá un verdadero suplicio hacerlo —me replicó Manuela.

—¿También es una teoría de algún biólogo amigo tuyo?

—No. Es una hipótesis de elaboración propia que...

—Que te acabas de inventar. ¿Qué pasa? ¿Que soy el único con sentido común en esta casa o qué?

Decidí tomar cartas en el asunto personalmente y resolver la situación de forma correcta. Fui a ver a la directora de la escuela y esta me confirmó que sí, que hasta los seis años no era obligatorio ir a la escuela, aunque ellos a los inmigrantes les decían que a los tres, y así traían a los niños an-

tes. A mí me tenía bastante sin cuidado si engañaban o no a la gente de fuera —aunque no me pareció demasiado correcto—. Yo quería que desde la escuela hiciesen entrar en razón a Manuela y a mis padres, pero no iba a poder contar con su colaboración.

Busqué más datos sobre este tema y encontré un libro que se llamaba *No quiero ir a la escuela*.<sup>9</sup> No recuerdo el nombre del autor, pero era profesor de secundaria e informático. Recuerdo que pensé: «Este tío me va a dar lo que busco: razones serias, racionales y contundentes de por qué un niño tiene que ir a la escuela, como profesor e informático que es».

Pero no era lo que yo me esperaba. Primero, porque se trataba de una novela, y se pasaba medio libro explicando la vida del protagonista, parte que me leí a toda prisa mientras pensaba: «Y a mí, ¿todo esto qué me importa?». Después, alrededor de la página ciento cuarenta y siete, comenzaba a entrar en materia. Y en lugar de darme razones para que el niño fuese a la escuela, hacía justo lo contrario. Planteaba precisamente la posibilidad de aprender sin ir a la escuela.

Pensé en ir a buscar al autor —que vivía cerca de Berga— y obligarlo a devolverme el dinero, pero a esas alturas ya estaba enganchado con la historia y lo acabé.

No voy a decir que me convenciese, ni mucho menos, pero sí que me generó una «duda razonable» —al fin y al cabo, el tío era profe de secundaria e informático—. Así que aflojé un poco la presión y dejé de oponerme a que Arnau no continuase asistiendo a clase.

Después, Manuela entró en contacto con gente que educaba en casa —ella también leyó el libro y encontró información de grupos *homeschool* de Cataluña— y decidió que nosotros también probaríamos la aventura.

---

<sup>9</sup> N. del E. - Editorial Círculo Rojo. ISBN: 978-84-9076-023-9

## XXIV

Cuando mis padres nos permitieron ir a vivir con ellos, Julia, mi suegra —la madre de Manuela— nos ofreció ir durante las vacaciones a la casa que tenían en Arenys de Mar. Se trataba de una casa antigua en el centro del pueblo. Era inmensa, con un patio interior enorme en el cual había hasta una pequeña fábrica abandonada. El patio era una selva y la vegetación prácticamente ocultaba la nave de la fábrica.

Manuela intentó en varias ocasiones adecentar el patio, pero las ramas de la maleza eran gruesas como su brazo y hacía falta un hacha o una motosierra para cortarlas. Además, el suelo estaba lleno de escombros; de hierros oxidados; de partes de maquinaria abandonada; de vidrios rotos y de rollos de ropa dejados a la intemperie y totalmente degradados.

Los muebles del interior de la casa eran clásicos, de principios del siglo XX. Muchos eran de calidad y, aunque estaban bastante deteriorados, aún cumplían con orgullo su función. Otros, simplemente se caían a pedazos. Igual que buena parte de la casa.

El portón principal era amplio, muy alto, y se abría hacia una ancha escalinata adornada con figuras de ángeles armados con lanzas y espadas. Las estrechas ventanas de vidrios translúcidos iluminaban la escalera, proporcionándole una claridad que contrastaba con el interior rancio y oscuro de la vivienda. A pesar de ello, el yeso de las paredes y del techo se había desprendido en varios lugares, y en una de las esquinas aparecía una fea mancha de humedad.

En el interior, una raída moqueta llena de lamparones cubría el suelo. La casa tenía tres plantas y un total de nueve habitaciones grandes, cuatro lavabos y un número indeterminado de salas, salones y comedores. La cocina estaba en la

planta baja, pero permanecía cerrada y no disponíamos de la llave.

En una de las salas había una nevera de los años setenta, un microondas y unos fogones portátiles a gas. Era en esta sala donde cocinábamos y comíamos.

Julia, la madre de Manuela, procedía de una familia burguesa, acomodada, propietaria de varias fábricas, que en los años de la posguerra había ido a menos. No obstante, aún conservaban diversas propiedades inmobiliarias y participaciones en algunos negocios.

Julia había estudiado psicología y trabajaba en el Hospital del Mar de Barcelona, donde coordinaba el equipo de psicólogos y psiquiatras de su sección. También disponía de una consulta propia y había escrito un par de libros sobre la depresión y el suicidio.

El padre de Manuela había muerto de un ataque al corazón cuando ella era pequeña. Manuela lo añoraba mucho. Era él el que cuidaba de ella y el que le transmitía cariño, calidez y seguridad. Julia, por el contrario, vivía por y para el trabajo, y después de la muerte de su marido, aún se volcó más en su profesión.

Para Julia, que yo no trabajara era un total desatino, y yo, un fresco y un vividor —además de un completo inútil—. Un paria, vamos. Así que cuando, casi obligada y con bastante desgana, nos ofreció la casa de Arenys de Mar, fue con la condición de realizar un cierto mantenimiento de la vivienda. Pintar alguna habitación, arreglar grifos y desagües, revisar los enseres y el mobiliario que había en la casa, tirar lo inservible, arreglar lo que se pudiese aprovechar, barrer, fregar, limpiar los vidrios de las ventanas, eliminar telarañas, quitar el polvo, que en algunas habitaciones se acumulaba desde lustros atrás, exterminar cucarachas, espantar gatos, atrapar ratas, y cualquier otra cosa que viésemos que se pudiese hacer y ayudase a la conservación de la casa.

Arenys de Mar es un pueblecito de pescadores realmente encantador y, aunque en verano estaba atestado de turistas, era todo un lujo poder pasar aquellos tres meses allí. Y más en una casa como aquella, que, a pesar de las condiciones en que se encontraba, estaba llena de oportunidades y misterios.

Cumplir con las «exigencias» de doña Julia no suponía en absoluto un trauma para mí. La playa solo era «transitable» a primeras horas de la mañana y a última de la tarde, y el día daba para mucho. Dedicaba dos o tres horas diarias a tareas de mantenimiento, que organizaba y planificaba con detalle. Realicé un inventario de todo —o casi todo— lo que había en la casa, indicando para cada objeto —mueble, electrodoméstico, obra de arte, escultura, o simple cachivache— su estado de conservación, posible valor y grado de utilidad. También detallé en una lista, las tareas que observé que había que realizar y se la envié por correo electrónico a Julia para que las priorizase. Por supuesto, ella ignoró la lista que yo le envié y me respondió con obviedades y comentarios generales del tipo: «ya sabes qué es lo que hay que hacer», como si el objetivo de mi correo hubiese sido escaquearme del trabajo. Y ciertamente, sabía lo que había que hacer: ignorar los desafortunados comentarios de mi suegra.

Decidí yo mismo las prioridades de la lista de tareas y llevé un control de las que iba realizando cada día, y de las horas que invertía.

Julia nos visitaba dos o tres veces por semana. Cuando acababa su jornada en la consulta, se acercaba hasta Arenys para vernos. Esos días se quedaba a cenar y teníamos la oportunidad de mantener «agradables» conversaciones familiares.

Curiosamente, así como su oposición a mi «postura laboral» era frontal y explícita, aceptaba sin protestas que Arnau no asistiese a la escuela.

—Lo mejor es una buena escuela, pero en vuestra situación —énfasis en las palabras «vuestra» y «situación», con significativo movimiento de cabeza en mi dirección— es mejor que vosotros mismos cuidéis de él y lo protejáis de las drogas y de toda la violencia que se mueve en esos centros urbanos.

—Bueno, en primaria me parece que las drogas aún no son un problema demasiado grave —le comenté, no sin cierta ironía.

—He tratado con cientos de pacientes con problemas derivados del consumo de drogas, y muchos comenzaron a consumirlas antes de entrar en secundaria. —Con tono y expresión de «si no sabes, calla».

En sus visitas, Julia no perdía oportunidad de criticar lo que había hecho —o mejor dicho, y según ella, lo que no había hecho— respecto al mantenimiento de la casa, dejando caer indirectas y observaciones desagradables, que yo ignoraba con una sonrisa. Cuando las diatribas eran demasiado directas, le ponía cara seria, gesto circunspecto y expresión afectada, y me remitía a los correos que le enviaba periódicamente en los que le detallaba qué tareas había realizado —correos que por supuesto no leía—, y ahí quedaba el intercambio.

Pero a pesar de nuestras diferencias, entendía y comprendía —aunque no compartiera— las interpretaciones de Julia. Sus ataques solo tenían por objeto provocar en mí la reacción que ella consideraba correcta, es decir, la de buscarme un trabajo de jornada completa y comportarme como una persona responsable. Su desprecio únicamente buscaba mandarme el mensaje de «si quieres ser aceptado, deberás cumplir con tus responsabilidades». Una estrategia de manipulación en toda regla y a todos los niveles.

En todo caso, yo no me quedaba atrás. Sus visitas constituían ocasiones idóneas para desplegar todos mis planteamientos económicos y sociales y argumentar mi oposición

a trabajar. Por supuesto, ella ignoraba mi perorata, e incluso se comportaba como si nadie estuviese hablando, dirigiendo preguntas banales a Manuela, del tipo: «¿Habéis bajado hoy a la playa, querida?» o... «Hace ya más de tres meses que no sé nada de tu tía Enriqueta. Mañana la llamaré».

Pero yo no me daba por aludido y mantenía mi presa, sabedor de que tarde o temprano —normalmente más bien tarde—, acabaría cediendo a mis provocaciones y dirigiéndome algún comentario. Afilado, agudo, desagradable, ofensivo probablemente, pero comentario al fin; reconocimiento de mi existencia, pequeña victoria doblemente valorada: por el esfuerzo, el nivel de exigencia que requería mantener un monólogo coherente en esas circunstancias, y por el perfil de mi «oponente», no solo una mujer de éxito reconocido y de alcurnia destacada; también mi suegra.

—Porque, Julia —repetía su nombre constantemente, para que no le quedase ninguna duda de que me dirigía a ella—, en una sociedad como la nuestra, si todo el mundo trabajase, de forma productiva quiero decir, no podríamos consumir esa producción. Pasaría como antes de la crisis, que se construyeron casas para los próximos veinticinco años. Y esto va a ir a más. Cada vez, la producción es más eficiente, y las necesidades de personal, menores. Y también, progresivamente, los productos son más económicos de fabricar, más potentes, más resistentes, de mayor calidad, durabilidad —con permiso de la obsolescencia programada— y, aún no, pero no tardará mucho, fácilmente reparables y reciclables. Eso sin tener en cuenta el porcentaje creciente de consumos «virtuales», como películas; música; libros digitales; periódicos en línea; *wikis*; redes sociales; juegos de ordenador; mundos cibernéticos; producidos una sola vez por un grupo de personas y consumidos de forma ilimitada por todo el planeta.

—Querida, el jueves seguramente llegaré un poco tarde. Tengo que entrevistarme con la *consellera de Sanitat* sobre

un tema de la fundación que coordino —le comentó Julia a Manuela. Pero Manuela escuchaba absorta mis disertaciones —qué le vamos a hacer, estaba enamorada de mí— y contestaba con sencillos monosílabos a las interrupciones de su madre.

Gracias, Manuela.

—Este es el principal problema actualmente. —Yo seguía con mi discurso, a sabiendas de que a pesar de lo que intentaba aparentar, Julia no perdía detalle—. Ya se puso de manifiesto en la conferencia de San Francisco de 1985, organizada por Mijail Gorbachov, a la que asistió una representación bastante amplia de jefes de gobierno y en la que uno de los puntos más importantes tratados fue el hecho de que en el siglo XXI, con el trabajo de un veinte por ciento de la población *activa* —y remarco lo de activa— será suficiente para mantener el estado del bienestar.

—Háblales de bienestar a los que se mueren de hambre en Asia, África o Sudamérica.

¡Bien! ¡Había picado el anzuelo! Me había costado algo más que de costumbre, pero ya la tenía en el debate.

—Julia, tú sabes igual que yo que la situación en esas zonas es debida principalmente, y sobre todo, a la especulación y a la explotación. Julia, para que tú seas rica, yo tengo que ser pobre —ejemplo envenenado con cicuta—, y para que los países ricos sigan siéndolo, deben existir países pobres donde la gente se muera de hambre, y donde los gobiernos gasten sus recursos —y los de las generaciones venideras— comprando armas.

—Entonces, quizás esos países deberían cambiar sus gobiernos, ¿no crees? —Cuando conseguía arrastrar a Julia al debate y comenzaba a escuchar sus aportaciones y planteamientos, no podía evitar sentirme como un adulto robándole los caramelos a un niño. Sus posturas eran ingenuas, generalistas, basadas en idealismos y abstracciones políticamente

correctos, pero del todo irreales, en separaciones indudables entre lo que está bien y lo que está mal.

—Gobiernos financiados con dinero occidental y apoyados por países ricos. Préstamos occidentales —u orientales, si hablamos de Rusia y China— para comprar armas occidentales, pagadas mediante la exportación —¿o expoliación?— de las riquezas naturales y la mano de obra de esos países. Porque no nos engañemos, Julia, para que alguien te limpie el culo, te barra la casa, trabaje en tus fábricas o cultive tus campos, no hay suficiente con tener dinero. Para que alguien acepte trabajar en condiciones deplorables y por un sueldo miserable, es imprescindible que «ÉL» no tenga dinero.

—Jordi, hay personas que no sirven para otra cosa, y deberían estar agradecidas de que alguien les diese un trabajo. Porque te aseguro que a duras penas se ganan el sueldo que cobran.

—¿Te lo ganas tú, tu sueldo? ¿Realmente estás «produciendo»? —La imperturbable y seria cara de Julia se hinchó por un momento como un globo, para inmediatamente, con un esfuerzo casi visible, recuperar la compostura—. Julia, que una persona sea tonta, o incompetente, o inconstante, o desorganizada, o no haya tenido la suerte de tener unos padres ricos —nuevo dardo ponzoñoso— no nos da ningún derecho a los demás a esclavizarla, a explotarla, a aprovecharnos de ella.

—¿Y qué harías tú? ¿Mantenerlos gratis?

—¿Qué opciones les das, si no? Morirse de hambre o ser explotados. Julia, una cosa que debemos entender es que nos necesitamos todos; los que producen y los que no; los listos y los tontos; los eficientes y los que no lo son; porque todos aportamos algo, aunque no sea lo socialmente aceptado. Pero en la diversidad está nuestra fortaleza, y en la homogeneidad, nuestra decadencia.

—¡Qué bonito! —¡Y qué bonito es el amor! Gracias, Manuela, por tu apoyo incondicional, al menos en los debates con tu madre; madre que dirigió a su hija una mirada asesina, propia de la madrastra de Blancanieves, como «premio» a su interrupción inoportuna.

—Sí, muy bonito. Pero con palabras bonitas no se come. ¿De dónde vas a sacar el dinero para mantener a todos esos... A toda esa gente? —A esos inútiles, ¿verdad? Si es que no la soporto.

—Es obvio, ¿no? Si con el trabajo de un veinte por ciento de la población es suficiente para perpetuar el estado del bienestar, será con el trabajo de esas personas con lo que nos mantendremos todos. Y quien dice con un veinte por ciento de la población, también dice con una jornada de dos horas diarias... y bajando.

—Sí claro. ¡Y a los que les toque, van a estar trabajando como burros mientras el resto despilfarra y se lo pasa bomba! ¡Por favor!

—No sé si has leído el relato *La ciudad de los vagos*. Es del mismo autor que me troleó con el libro de *No quiero ir a la escuela*. En esa ciudad no es necesario trabajar. Los robots y los sistemas automáticos se encargan de todo. Y sin embargo, todo el mundo trabaja. De lo que le apetece y casi sin cobrar. Pero trabaja. Es lo que pasaría, o mejor dicho, pasará en nuestra sociedad. De hecho, ya está pasando, y poco a poco irá a más. Trabajar es una necesidad humana, y si no puedes trabajar cobrando, acabarás haciéndolo gratis, siempre y cuando esto no suponga que te mueras de hambre, claro.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Que solo trabaje el que tiene ganas?

—No Julia, yo no propongo. Lo mío es la historia de la economía. Y a partir del conocimiento de la historia, poder predecir qué es lo que va pasar, o mejor dicho, qué es lo que más posibilidades tiene de ocurrir, y con qué probabili-

dad. En el momento actual, después de doscientos años de revolución industrial, algunas cosas son bastante evidentes. Hemos tenido dos siglos de reducción continuada de las horas de trabajo diarias necesarias para mantener a una familia, pasando de sesenta a unas doce, y también un incremento constante de los subsidios estatales, evolucionando desde casi cero hasta unos trescientos cincuenta euros mensuales por persona. Y esta es una tendencia que se está intensificando en los últimos tiempos. Tenemos que estar atentos al fin de la expansión de la revolución industrial, que ya está alcanzando hasta las zonas más recónditas del planeta, y ver qué pasa cuando el crecimiento sostenido tal y como lo conocemos ya no sea viable; pero no creo que esto afecte negativamente a la evolución descendente de las horas de trabajo o al incremento de los subsidios. Posiblemente, su efecto sea el de intensificar aún más las tendencias que te comento.

—Para mí —comenzó Julia después de unos instantes de silencio, mientras mis últimas palabras aún danzaban sobre la mesa de tertulia, donde los platos de la cena y los vasos del vino eran mudos espectadores de nuestra controversia; inertes comparsas de vacilantes sombras a la luz de las bombillas incandescentes del candelabro de cuentas de cristal que gobernaba el abovedado cielo del amplio salón de raídas cortinas y campestres cuadros de cacerías y retratos que habíamos habilitado como cocina comedor—, todo lo que dices es hermoso y agradable, como el canto de la cigarra —comienza la andanada final, con referencia incluida a uno de los cuentos (desde mi punto de vista, claro) más demagógicos y capciosos que existen—, pero no son más que palabras bonitas, argumentos de exquisita elaboración, aunque vacíos de sustancia. Te llenas la boca de explicaciones académicas, de teorías exóticas, pero yo solo oigo excusas y más excusas. Como la cigarra. Cantas y cantas mientras los demás trabajan, pero tú no haces nada. Ni siquiera las senci-

llas tareas que te encomendé. —No era una andanada. Era la ofensiva final.

—Julia, no voy a entrar ahora a discutir sobre mi desempeño en estas tareas. Te he ido haciendo llegar periódicamente relaciones de las tareas realizadas y valoraciones sobre qué otras podían realizarse y qué requerimientos materiales eran precisos, y a ello me remito. Personalmente, y creo que ya te lo he comentado en alguna ocasión, considero injustificados y fuera de lugar tus ataques, además de constituir una intrusión intolerable en aspectos personales, vinculados a mi propia filosofía de vida, mi experiencia y mi voluntad. Constituyen parte de mi esencia como persona, y tú debes respetarlo.

—No Jordi, no. Yo no voy a respetar, en ningún caso, que no te hagas cargo de tus responsabilidades. Tienes una familia, y has de velar por ella y por que no le falte absolutamente de nada. Y para ello, dado que no dispones de bienes suficientes como para vivir de rentas, creo que es obvio que te toca trabajar.

—Bueno, Julia, te veo muy ofuscada con que sea yo quien trabaje. Pero esta postura patriarcal hace tiempo que pasó a la historia. También podría trabajar tu hija, ¿no? —Creo que lo comenté un poco en broma, intentando rebajar la tensión. Pero si ese era mi objetivo, claramente lo erré.

—¿Perdona? ¿Que trabaje mi hija? ¿Que sea «ELLA» la que te mantenga a «TI»? —Un *ella* y un *ti* especialmente remarcados—. Tú, gandul estúpido; especie de zángano retórico; sabandija apestosa, ¿cómo te atreves a, ni tan solo imaginar, tamaña grosería? —Ahora sí, había conseguido sacarla de sus casillas, hacerla explotar. ¿Para bien o para mal? Veríamos...

Me quedé del todo sorprendido por su reacción, sin nada que decir ni que responder a su ataque y a sus insultos. Julia recuperó rápidamente la compostura. Colocó sus cu-

biertos en el plato y con parsimonia limpió sus labios pulcramente con un extremo de la servilleta. Después, marcando los tiempos sin precipitaciones innecesarias, se levantó de la mesa y recogió sus cosas.

—Querida, creo que ya he tenido suficientes insensateces por una temporada. —Y dio dos besos en la mejilla a su hija. Giró a continuación el rostro hacia mí, y me dirigió una cortés aunque fría inclinación de cabeza, que yo respondí con un gesto igualmente cortés, aunque con un leve e irreverente alzamiento de ceja. Después, se dirigió a la puerta de la casa y se fue.

Cuando hubo desaparecido, alcé mi vaso de vino y dirigí un brindis al aire. Acto seguido lancé un «¡salud!» hacia el público allí reunido —básicamente Manuela y los platos y vasos de la cena; Arnau hacía rato que dormía en su cuarto— y me bebí el contenido de un trago, justo unos segundos antes del comienzo de las quejas y reproches que Manuela empezó a lanzarme, cual bombardeo a discreción, por el trato que había dispensado a su madre y por haberla «echado de su propia casa» —como si no hubiese sido ella la que se había ido porque le daba la gana—. Curiosamente, ni rastro quedaba del embelesamiento que había mostrado mientras me escuchaba durante la cena.

## XXV

Vivir sin trabajar no es fácil. No es fácil en absoluto. Requiere de una gran disciplina, de un control estricto de los gastos. Y requiere también disponer de distintas fuentes de ingresos. Claro, si poseyera bienes inmuebles, podría tener estas fuentes de ingresos resueltas, pero por el momento no era el caso. Mis padres se habían ofrecido a darnos dinero si lo necesitábamos, de sus ahorros y de su pensión, ofrecimiento que rechacé de inmediato. En estos momentos, nuestros ingresos se reducían a lo que cobraba de mis clientes, a lo que recibía eventualmente de mis colaboraciones con la universidad, a las clases particulares de Manuela y al subsidio que recibía por estar en el paro y con un hijo a cargo. En total, alrededor de novecientos euros mensuales, sin pagas extras y sin vacaciones. Durante los años que habíamos estado cobrando el paro, habíamos podido ahorrar una pequeña cantidad de dinero, pero mi preocupación, mi lucha constante, era conseguir que esa cantidad se mantuviese o incluso, se incrementase cada mes. Y eso me llevaba a continuos desencuentros con Manuela. Por supuesto, sus prioridades y las mías no coincidían plenamente, así, las asignaciones de presupuesto que yo proponía y las que ella defendía, diferían ligeramente. El resultado: frecuentes desviaciones de presupuesto de las que nos culpábamos mutuamente y que deterioraban nuestro «colchón de reserva». Después de esas situaciones de conflicto, nuestro compromiso salía reforzado, y nuestra vigilancia de los gastos renovada. Conseguíamos así dos o tres meses de superávit, un par o tres de quedar a la par, y después, de nuevo volvíamos a desviarnos y el ciclo se reproducía una vez más.

Nos hacíamos cargo de la parte correspondiente de los gastos de la casa, aunque antes había aplicado algunas medidas de austeridad que mis padres aceptaron, no de muy buena gana. Pasar los inviernos a dieciocho grados de temperatura como máximo no era demasiado duro para ellos, pero los veranos, sin poder encender el aire acondicionado a causa de las restricciones sobre consumo que yo había impuesto, cuando todos los vecinos los tenían en marcha y escupían su calor a través de las ventanas de nuestra casa, constituía una prueba de resistencia para todos. Por eso, cuando Julia nos ofreció la casa de la playa y pasamos los veranos en Arenys de Mar, mis padres pudieron cerrar las ventanas, relajarse en el sofá y poner el aparato de aire acondicionado a todo trapo.

Claro, la gracia de vivir sin trabajar es no morir de hambre. Pero no solo eso. Si para conseguir no trabajar has de llevar una vida de privaciones y sufrimiento, quizás no valga la pena el esfuerzo. O sea, hay que encontrar caminos para conseguir satisfacer tus necesidades de la forma más eficiente —y económica— posible.

Algunos me han criticado diciendo que, mucho hablar, mucho hablar, pero que en realidad yo trabajaba igual que los demás. En negro, pero trabajo al fin y al cabo. Bien. Permíteme que aclare algunos conceptos, al menos tal y como los interpreto yo. No hay nada malo en trabajar. De hecho, llevar a cabo una actividad, estar ocupados, desarrollarnos profesionalmente, son necesidades humanas. Y sí, es posible disfrutar trabajando.

Dedicamos muchas horas a trabajar. ¡Por Dios, que sea en algo que nos guste, por favor! Vivimos en una sociedad que ha enlazado trabajo con subsistencia, y ha convertido el trabajo en una obligación; en un esfuerzo, un sacrificio. Y esto es una trampa mortal que nos atrapa y nos condena a negarnos a nosotros mismos. Y también, a que se pierda

todo lo que realmente podríamos aportar. Porque no nos engañemos. No obtenemos el mismo resultado cuando trabajamos coaccionados por la necesidad de dinero y con la mirada en el reloj, que cuando estamos haciendo algo que nos gusta, que nos llena, que nos satisface. Algo con lo que conectamos, que responde a nuestras necesidades e intereses. No, no tiene absolutamente nada que ver.

Y a veces la cuestión no es tanto el trabajo que se realiza, como las condiciones en que tienes que llevarlo a cabo. Conducir autobuses —por poner un ejemplo—, no es un trabajo que yo considerase desagradable. Hacer turnos de dieciséis horas y tener que cumplir con horarios imposibles, sí es desagradable.

En mi caso, la relación con mis clientes es horizontal. De colaboración, de intercambio. No es jerárquica. Nadie manda a nadie. Y diversificada. Si dejo de colaborar con uno de mis clientes, conservo el resto mientras busco un nuevo cliente para sustituir al antiguo. Y el trabajo que hago, aunque no sea nada del otro mundo, me gusta y me satisface. Y lo mismo se puede decir de mis colaboraciones con la universidad. Y en ambos casos, soy yo quien regula la dedicación, las horas que invierto en estas ocupaciones, y en qué horario realizo mis tareas. Hay días en que conecto más con el trabajo a hacer, que soy más productivo y eficaz, estoy más concentrado, más interesado. Esos días mi horario se alarga y mi rendimiento se multiplica. Y otros en que tengo la cabeza en otro sitio, estoy disperso, cansado, o tengo ganas de hacer otras cosas. En esas ocasiones reduzco mi dedicación al mínimo imprescindible, y doy respuesta al resto de demandas que me han aparecido.

Por supuesto, no podemos generalizar. Hay personas que pueden trabajar a toda máquina catorce horas diarias, y otras, de las que solo son aprovechables las tres o cuatro primeras. A partir de ahí, son más los errores que los aciertos.

Concluyendo, que hay dos tipos de trabajo diferentes: el bueno y el malo. En uno, nos realizamos como personas, satisfacemos nuestras necesidades de reconocimiento y desarrollo, nos sentimos satisfechos, orgullosos, útiles y mejores día a día. En el otro, satisfacemos necesidades ajenas, trabajamos coaccionados y pendientes del reloj, y lo único que obtenemos es dinero; exigua compensación a tanta dedicación y esfuerzo. En el primer caso, estamos creciendo como individuos; en el segundo, renunciamos a nosotros mismos y nos entregamos como esclavos. Esclavos sometidos con cadenas de oro y látigos de terciopelo, pero esclavos al fin.

## XXVI

Julia no volvió a aparecer por la casa en todo el verano. Pero esto no significaba que se hubiese dado por vencida en sus planes de hostigamiento. Ni mucho menos. En su lugar, los hermanos de Manuela hicieron su aparición, cogiendo el relevo en el frente y continuando con la labor iniciada por Julia.

Alberto, el hermano mayor de Manuela, había obtenido hacía algunos años una plaza de juez en la ciudad de la justicia de Barcelona, que en realidad está situada en L'Hospitalet, pero supongo que lo de Barcelona vende más. Tenía una hija y hacía poco que se había separado de su mujer. Alberto era un hombre alto, de tez pálida y permanente expresión triste, un poco como la de esos perros que aparecen en los anuncios contra el abandono de animales. Parecía el eterno deprimido, a punto de ahogarse en lágrimas a la más mínima frustración o desavenencia. Sin embargo, como pude comprobar en más de una ocasión, podía mantenerse en ese precario equilibrio en el borde del precipicio psicológico de forma indefinida, sin aparente esfuerzo. Su voz era suave, grave y profunda, algo parsimoniosa. Su tono al hablar era casi de súplica, de imploración, e indefectiblemente, una y otra vez, su discurso regresaba a la autocompasión y también a la disculpa. No obstante, como también me quedó claro poco después, su argumentación endogámica y lastimera no era óbice para que tomara exacta nota mental de todo lo que los demás explicasen, y lo utilizara hábilmente y con precisión quirúrgica en el momento más —o menos— oportuno.

Al principio interpreté su expresión y sus lamentaciones como consecuencia de su reciente separación, pero Manuela me explicó dos cosas: una, que Alberto ya era así de pequeño; dos, que la mujer de Alberto lo había abandonado

después de aguantar casi diez años de continuas infidelidades. Por lo visto, tras esos ojos grises tristes, esas cejas en permanente posición circunfleja y esas maneras apocadas y suaves, se escondía un verdadero depredador humano.

Rafael, por su parte, era un tío jovial, alegre, inquieto y divertido, no excesivamente alto, de cuerpo atlético, tez bronceada, cabello claro y mandíbula poderosa. Era algo mayor que Manuela, aunque unos cuatro años más joven que Alberto. Había venido con su pareja, una *chica-piercing* de diecinueve años, sonriente y de marcadas curvas.

Rafael había optado en su momento por el sector empresarial. En la época del *boom* de las *puntocom* lideró un par de proyectos que no acabaron de dar los resultados esperados y en los que algunas personas perdieron bastante dinero. Este hecho constituyó un poderoso argumento para que Rafael tomase la decisión de marchar a un destino indefinido en el extranjero con el objetivo oficial de completar sus estudios en una universidad de renombre.

Cuando estalló la crisis actual, Rafael consideró que ya había pasado bastante tiempo y que, probablemente, las aguas ya se habrían calmado. Además, esas «personas» tendrían ahora problemas más importantes y urgentes de los que ocuparse.

Regresó a Catalunya e inició una prometedora carrera política en las filas de Esquerra Republicana, pero al poco tiempo se le presentó una oportunidad en las filas del Partit dels Ciutadans y la aprovechó. Actualmente formaba parte del aparato del partido y estaba en la lista de candidatos por la ciudad de Badalona, con expectativas de ocupar en pocos años, o un puesto en el ayuntamiento de Badalona o, incluso, un escaño en el Parlament.

Aparecieron por la casa de Arenys de Mar una mañana casi a la hora de comer. Manuela estaba encantada. Eran sus hermanos mayores y habitualmente tenía pocas ocasiones para compartir con ellos. A mí también me hubiera hecho cierta ilusión su visita, si no fuese porque habían aparecido sin previo aviso y ya tenía la comida para Manuela, Arnau y yo, preparada. Así que tuve que improvisar. Un poco de arroz, unas latas de atún, unas croquetas del congelador, acompañado de una ensalada y de los boquerones que había cocinado para nosotros.

Los recién llegados pusieron rápidamente las cartas sobre la mesa:

—Pues Jordi, la verdad —comentó Rafael cuando ponía en la mesa los platos con la comida—, creo que podrías buscar trabajo como cocinero. Esto tiene muy buena pinta.

—Precisamente vi ayer en uno de los restaurantes de la ciudad judicial que buscaban cocinero —completó Alberto.

Ignoré con descaro sus comentarios, mostrando en el rostro mi más radiante sonrisa y nada más. Esto era bueno. Ahora, un juez mujeriego y un empresario reconvertido en político chaquetero, iban a darme lecciones de compromiso y de esfuerzo. En cualquier caso, y vista mi indiferencia, tampoco mostraron demasiado interés en continuar con el tema. Parecían más inclinados a hablar de ellos mismos y a ponerse al día con su hermana.

Acabamos de comer y Rafael propuso ir a tomar un helado. Pero a esa hora hacía demasiado calor y era preferible permanecer en la fresca penumbra hogareña. Mientras pasaba el momento de mayor canícula, pensé que sería una buena idea echarme una siesta, así que me retiré a mi habitación y me estiré en la cama. Cuando desperté, en la casa solo quedaban los platos y ollas sucios de la comida, y Arnau, que sentado en el suelo, hojeaba el cuento de *La Cenicienta*.

## XXVII

Un par de horas más tarde volvió Manuela. Se había despedido de sus hermanos en el paseo marítimo y había regresado sola a casa.

Tal y como entró, comencé a recriminarle que se hubiesen ido sin mí, dejándome los platos por lavar.

—Pero si estabas durmiendo. No quise despertarte. —Se defendió.

—Venga ya.

—Es verdad. Además, llevaba el móvil. ¿Por qué no me has enviado un mensaje?

—Pues porque estaba fregando los platos que os habéis dejado. ¿Qué te has creído que soy? ¿Vuestra sirvienta, o qué?

—¿Los platos? Pero si los iba a lavar yo ahora. No los he dejado para que lo hicieses tú.

Sus explicaciones eran lógicas, inocentes, y eso aún me dio más rabia.

—Y lo de que tus hermanos vengan sin avisar, a que les haga la comida, con esa desfachatez... Y encima haciendo comentarios desagradables e insistiendo para que me busque un trabajo de cocinero.

Manuela tenía los ojos brillantes tras de sus gafas, como si estuviese a punto de llorar.

—Me ha hecho mucha ilusión que mis hermanos viniesen a verme, y no pienso permitir que me lo estropees —y diciendo esto se fue corriendo a la habitación y se encerró en ella.

## XXVIII

Acondicioné las dos habitaciones que estaban en mejor estado de la casa, y las preparé para que Alberto y Rafael pudiesen quedarse a dormir cuando viniesen a vernos, que por lo visto, sería algo bastante frecuente ese verano.

Como Manuela les explicó mis «reparos» a cocinar, cuando venían salíamos a comer fuera, pagando ellos, claro. Lo de comer fuera, en restaurantes y todo eso, era un lujo que hacía tiempo que no podíamos permitirnos, con lo que las visitas de los tíos se convirtieron en todo un acontecimiento, que Arnau esperaba y aplaudía.

Aunque para mí estaba clara la mano de mi suegra en la inesperada aparición de los cuñados, existía una diferencia sustancial en la nueva situación. Pese a que mostraban una actitud casi paternalista conmigo en lo referente al trabajo, no eran demasiado insistentes en ese tema. Por el contrario, no mostraban demasiado convencimiento en sus argumentaciones, y rápidamente nuestras conversaciones derivaban por otros derroteros en los cuales, hasta podíamos estar de acuerdo.

—Tengo un colega que opinaría que estáis fabricando un delincuente —dijo Alberto, después de observar durante unos instantes a Arnau, gesticulando y verborreando en la mesa del restaurante.

—¿Quién? ¿El infame juez de menores Emilio Calatayud? —intervino Manuela.

—Sí, ese mismo.

—¿Lo conoces? —le pregunté.

—No, no lo conozco personalmente. He leído su libro<sup>10</sup> y alguna vez he comentado su «decálogo» con otros colegas.

»Yo no digo que no pueda tener parte de razón, y por supuesto, mucha experiencia directa. Pero creo que es un planteamiento ingenuo, simplista, superficial. Y que además, criminaliza a los padres que decidimos cuidar y mimar a nuestros hijos. Y te aseguro, Alberto, que mimar a los niños no es malo. Y mucho menos ha de convertirlos en delincuentes —dijo Manuela.

—¿Y qué es un delincuente? ¿Un chaval que se droga porque no puede soportar su insulsa vida o sus malos resultados académicos? ¿Uno que desfasa porque sus padres no le hacen ni caso o lo ignoran? A veces decimos que los estamos mimando, y en realidad los tenemos abandonados. O al menos eso perciben ellos —continuó Alberto, preguntando y contestándose a sí mismo.

No entendía a dónde quería llegar Alberto ni qué quería decir con lo de tener a los hijos abandonados.

—¿Lo dices por Arnau? —le pregunté.

—¿Eh? No, no. En absoluto. —Se quedó en silencio, pensativo durante unos instantes, mientras los demás permanecíamos expectantes, esperando una continuación—. No estoy de acuerdo con su «visión» de qué es lo que crea delincuentes. Lo veo más como tú —dijo dirigiéndose a su hermana—, ciertamente complejo. Creo que ni la cárcel ni los castigos son solución de nada. En realidad, si observamos a los «delincuentes», a los ocupantes de nuestras cárceles, fácilmente podríamos llegar a la conclusión de que el único delito que se castiga es el de no resignarse a ser pobre, marginal, o simplemente no poder aceptarlo o sostenerlo. En consecuencia, desarrollan un comportamiento «anormal»

---

<sup>10</sup> N. del E. - *Reflexiones de un juez de menores*, edita Dauro Ediciones. ISBN 9788496677098

que los lleva, en un momento u otro, al delito. Y entonces los castigamos y los enviamos a prisión. Y después, claro, la reinserción. Y eso me hace gracia, porque no puedes «reinsertar» a una persona que antes ya no estaba «insertada» en la sociedad. Por eso acabaron delinquiendo, porque no se sentían aceptados, ni por la sociedad, ni por el sistema, ni siquiera por sus padres.

—Vaya, no pensaba que vieses este tema así —le dije—. Suponía que tendrías una postura más... tradicional.

—En el despacho del juez, los «delincuentes» tienen muchas ganas de hablar, de explicarse, de justificarse. Emilio aprovecha esos momentos para aleccionar. Yo prefiero dejar que se explayen, que se desfoguen. Y negociar con ellos y con sus abogados. Lo que sea, antes que enviarlos a prisión.

—¿Y funciona?

—No sé. No lo tengo demasiado claro. Supongo que depende de cada caso. Pero me ayuda a comprender qué se esconde detrás de cada persona. Y te aseguro que no son mimos precisamente.

—Estaba pensando —comenzó Rafael—, un poco en relación con esto que estás comentando, en lo que nos explicaba Jordi hace un rato sobre la renta básica universal. Quizás, si una renta así existiese, no tendrías tantos «clientes», ¿no?

—Las drogas son caras. No creo que pudiesen pagarse con una RBU.<sup>11</sup>

—Son caras porque son ilegales. Y no todas. Las blandas son bastante asequibles.

—Supongo que la renta básica ayudaría algo a reducir el número de inquilinos en las cárceles, aunque no sé cuánto.

»Pero lo que no tengo nada claro es de dónde saldría el dinero para hacer una renta de esas.

—Yo tampoco. ¿De dónde saldría el dinero, Jordi?

---

<sup>11</sup> N. del E. - Renta Básica Universal.

—No os habéis enterado de nada de lo que he explicado —contesté—. Supongo que es normal desde tu perspectiva política, pero yo no estoy hablando de «lo que se tendría que hacer», sino de «lo que va a pasar». De hecho, de lo que ya está pasando. Una RBU no se instaura de un día para otro. Es necesario que se alcancen unas condiciones mínimas. Cuando estas condiciones se cumplen, el dinero no es problema.

—Pero de algún sitio ha de salir, ¿no?

—En realidad, el problema es más formal que práctico. Y también de miedo a lo desconocido. Y claro, por supuesto, el temor a perder poder por parte de los poderosos. Pero poco a poco estos problemas y estas reticencias se irán superando.

—Ponme un ejemplo, va —me pidió Rafael.

—Durante más de un año, la FED<sup>12</sup> ha estado inyectando ochenta y cinco mil millones de dólares mensuales en la economía norteamericana, sin que se haya producido ningún cataclismo. Por supuesto, el dinero ha sido recibido directamente por el gobierno federal y gestionado por él. Pero de la misma forma que este dinero entra en la economía por «arriba», también podría entrar por «abajo», repartiéndose entre los ciudadanos y constituyendo una renta básica que, en este caso, sería de casi doscientos cincuenta dólares por cada norteamericano.

—Pero ese dinero sale de algún sitio, ¿no? —preguntó Manuela.

—Lo imprime la Reserva Federal. Bueno, de hecho, ahora ya ni siquiera lo imprime. Es digital. Simplemente lo emite y lo pone en circulación. A cargo de la deuda del Estado, claro, pero es una deuda que en la práctica, al menos en el caso de Estados Unidos, no es necesario devolver. Con ir

---

<sup>12</sup> N. del E. - Sistema de Reserva Federal de los EE.UU.

incrementado el techo de deuda indefinidamente, problema resuelto.

—Con doscientos cincuenta dólares al mes no haces nada. No tienes ni para comer —comentó Rafael.

—Si se trata de una familia con tres hijos, ya tiene ahí un sueldo, al margen de otras ayudas que pueda recibir.

—Pero entonces estás fomentando que la gente tenga hijos, ¿no? —Nuria, la pareja de Rafael, no parecía demasiado entusiasmada con la idea.

—No necesariamente. Al menos no es esa la función de una renta básica. Pero sí que reflejaría que una persona con hijos a su cargo tiene cargas adicionales y también responsabilidades que pueden incidir en su capacidad laboral. Una RBU permitiría que una familia pudiese dedicar más tiempo a sus hijos, aspecto que cada vez se evidencia que es más necesario. En países como el nuestro, donde no hay ayudas económicas a las familias con hijos —países como Alemania o Suecia pagan ciento ochenta euros mensuales por cada hijo menor de edad—, esto sería realmente positivo.

—Por eso hay tantos escritores suecos —comentó Alberto, casi hablando consigo mismo.

—Me parece poco dinero para una persona que viva sola.

—Bien, claro, una RBU, para que pueda ser considerada como tal, tendría que ser como mínimo de cuatrocientos o quinientos euros. Sería ideal que fuese más alta, al menos del mismo importe que el SMI,<sup>13</sup> pero cuatrocientos cincuenta euros, por ejemplo, sería un comienzo. No permitiría vivir solo, pero sí compartiendo vivienda. Ten en cuenta, por cierto, que actualmente en nuestro país, los hijos no se marcan del hogar hasta entrada la treintena.

---

<sup>13</sup> N. del E. - Salario Mínimo Interprofesional.

—Entonces no estaríamos arreglando nada —dijo Rafael, mientras me miraba con expresión interrogante y se encogía de hombros.

—Me da la sensación de que mediante una RBU fomentaríamos que cada vez hubiese más *ninis*<sup>14</sup> en nuestra sociedad —opinó Alberto.

—¿Y qué hay de malo en eso? —le repliqué.

—No sé. ¿Es bueno?

—Quiero decir, que vivimos en una sociedad que funciona de una forma un tanto extraña. Nos tenemos que pasar veinte años estudiando y después competir en diferentes procesos de selección para, al final, acceder a un puesto de trabajo que no nos gusta, en una empresa que no nos importa. Quiero decir, que es la empresa la que está interesada en que nosotros trabajemos para ella. Pero claro, tal y como está organizado el mundo, nuestra propia subsistencia depende de que encontremos un trabajo. Estamos obligados por el miedo, a trabajar, sí o sí, de lo que salga. Los *ninis*, en este sentido, representan la avanzadilla, los primeros que se plantan y dicen: «Yo en estas condiciones no trabajo».

—¡Ja, ja! ¡Claro! ¡Tú también eres un *nini*! —rio Rafael.

—Una RBU —continué ignorando su impertinente comentario— permitiría más libertad de decisión a las personas, en el sentido de «yo tengo mis necesidades básicas satisfechas y el trabajo ha de aportarme algo más que dinero». Y las empresas se verían obligadas a ser atractivas para los trabajadores. Creo que esto sería ciertamente positivo. Pero ahora, en realidad, estamos en el proceso contrario. Todo el mundo tiene que trabajar, y no hay trabajo para todos —y cada vez habrá menos—, con lo cual, hay mucha oferta y poca demanda, y esto está derivando en una escalada de la explotación de los trabajadores.

---

<sup>14</sup> N. del E. - Jóvenes que, una vez finalizada la enseñanza obligatoria, no se siguen formando ni tampoco ocupan un puesto de trabajo.

—Ahora pareces un sindicalista —rio Nuria.

—Pero tiene su parte de razón —convino Rafael—. La degradación laboral que se está produciendo en los últimos años es un problema realmente serio y de difícil solución. Lo que propone Jordi no es descabellado. No sé si en el partido tenemos una postura establecida sobre esta cuestión. Lo expondré a los compañeros de economía, a ver qué opinan al respecto.

—No veo yo a tu partido defendiendo medidas sociales —le interpeló Alberto.

—Si dan votos, ¿por qué no? Además, Jordi dice que esto va a pasar seguro. Es eso lo que has dicho, ¿verdad?

—Sí, es lo que he dicho, más o menos —le contesté.

—Entonces, mejor estar preparados y posicionados al respecto.

—Son líneas con una tendencia clara y definida —continuó—. La reducción del número de horas de trabajo necesarias para satisfacer las necesidades de una familia, la mejora constante de las condiciones de trabajo y el incremento de los subsidios existentes. Hay oscilaciones, como la que estamos sufriendo actualmente, pero no alteran la tendencia. Y esta tendencia deriva hacia una separación entre trabajo y sustento.

—¿Y cuánto va a tardar esa RBU?

—Yo eso no lo sé. Llegará, pero está condicionada por muchos factores.

—Y mientras tanto, toca trabajar, ¿no?

—Pues en general sí, claro.

—Entonces —continuó Rafael—, ¿tú por qué no trabajas?

## XXIX

Se había acabado el año académico, pero durante el mes de julio, en la universidad, se realizaban diferentes cursos y formaciones. Bruno me invitó a colaborar en uno de los que él coordinaba. Preparé una charla-debate que quería hacer girar sobre la situación laboral actual y sobre la relación de esta con la economía, como causa y consecuencia mutua.

Habíamos terminado hacía pocas semanas la confección de una obra divulgativa en la que analizábamos precisamente la crisis actual, sus orígenes y su evolución futura. Había sido un proyecto dirigido con mano de hierro por Bruno, que había exigido seriedad, rigurosidad y documentación contrastada. Esto había reducido bastante la contundencia del trabajo, pero a pesar de ello, sería un buen libro, que despertaba interesantes expectativas y que presentaba como punto fuerte el vaticinio fundado de diferentes consecuencias y evoluciones de la situación actual, basándose en momentos históricos anteriores, en el análisis de diferentes tendencias y cambios sucedidos durante los últimos doscientos años —la parte en la que mi colaboración había sido importante— y que también tenía en cuenta aspectos psicológicos y sociológicos, con la incorporación de académicos expertos en la influencia social y de la psicología humana en la economía.

Ya estaba corregido y en imprenta, y a principios de septiembre estaría a la venta. Lo publicaba la editorial de la universidad, y varios profesores nos habían confirmado que lo utilizarían en sus asignaturas.

Mis compañeros de aventura se mostraban satisfechos, pero no excesivamente emocionados por la publicación del libro, supongo que porque ya estaban hasta cierto punto acostumbrados a este tipo de actividad, pero para mí era una total novedad y me sentía entusiasmado, casi eufórico, con el

proyecto. Mi primer libro —solo como coautor; el último de una lista de cuatro autores, aunque por orden alfabético aparecía el primero—, todo un acontecimiento en mi vida, algo que me llenaba de satisfacción, y que además, supondría una fuente de ingresos adicional. Unos ochenta céntimos por cada libro que se vendiese. No estaba mal. Estimaban que se venderían unos tres mil ejemplares como mucho, con lo cual ingresaría aproximadamente dos mil cuatrocientos euros. Contando las horas que había dedicado al proyecto, no me salía ni a cinco euros la hora, pero no estaba mal, no señor, a pesar de que tardaría más de tres años en cobrar ese importe —si es que llegaba a cobrarlo—. Pero yo me sentía ciertamente orgulloso y complacido con el trabajo realizado.

En mi comparecencia de aquella tarde quería hacer hincapié en algunos de los temas que nos habíamos dejado en el tintero, y también, por qué no, en algunas de las controversias que habían surgido en los debates que había mantenido con mis cuñados.

—La ley de la oferta y la demanda —comencé mi intervención— no solo se aplica al comercio de bienes y servicios, también al trabajo. Así, cuanto mayor es la demanda de mano de obra, mejores son los sueldos y las condiciones laborales. Y en épocas de crisis, como la actual, en la que la demanda cae y la oferta, a causa de los despidos, se incrementa, las condiciones laborales empeoran y los sueldos se desploman.

Después de comer, y en pleno mes de julio, el calor en las aulas sin aire acondicionado era simplemente soporífero, así que cogimos los pupitres y salimos, con más alboroto del que hubiese deseado, al exterior. Nos situamos a la fresca sombra de un sauce llorón que había en el espacio exterior de las aulas. Aquel día solo tenía ocho alumnos, con lo que nuestra pequeña «excursión» no supondría ningún trastorno para un campus casi abandonado en esa época.

—Por supuesto —continué—, esta demanda está sectorizada y también varía localmente, estableciendo diferencias entre ocupaciones y regiones en lo que a salario se refiere. Pero es una ley en dos sentidos, al menos en el caso del trabajo. No solo existe una demanda de trabajadores, también hay una demanda de trabajos. A lo que me refiero, y este es un aspecto al que habitualmente no se le presta excesiva atención, es que los puestos de trabajo varían, cambian, se adaptan a las demandas y necesidades de las personas que los han de ocupar, tanto como se adaptan a los requerimientos que la sociedad exige.

Uno de los operarios de mantenimiento de la universidad, acompañado de un carrito con herramientas, una escalera plegable y algunos fluorescentes de distintas medidas, pasó por nuestro lado. Al llegar a nuestra altura, se detuvo y nos observó, escuchando, creo, mi disertación. Unos instantes después, la expresión de su rostro cambió y por un momento pensé que levantaría la mano para realizar una observación o plantear alguna pregunta. Pero no lo hizo. Meneó la cabeza, sonrió y siguió su camino.

—Tenemos aquí un nuevo «dragón» —proseguí—, un nuevo monstruo sobre el que cabalgar para construir nuestras predicciones del futuro. Necesitamos, no obstante, algunas herramientas más que nos permitan conocer cuáles son las necesidades de las personas, para así saber qué es lo que estas exigirán a sus puestos de trabajo y, de esta forma, predecir cómo evolucionarán. Y cuando hablamos de necesidades humanas, hablamos de Abraham Maslow.

Esperé unos segundos antes de proseguir, observando el rostro de mis alumnos, intentando descubrir en su expre-

sión si conocían o no la obra de Maslow.<sup>15</sup> Viendo que no mostraban signos de reconocimiento, supuse que ignoraban quién era, así que me levanté para dibujar en la pizarra su conocida pirámide,<sup>16</sup> para darme cuenta entonces de que no estaba en el aula y que detrás de mí no había ninguna pizarra, solo se hallaba el tronco del sauce llorón. Así que, aprovechando que estaba de pie, continué mi explicación gesticulando y dibujando en el aire lo que quería describir.

—El trabajo nos permite satisfacer nuestras necesidades, es obvio, mediante la remuneración que recibimos. Pero nuestras necesidades en el trabajo no se limitan al plano material. Se dedican muchas horas a trabajar, constituye una parte importante de nuestra vida, y le pedimos algo más que un mero ingreso mensual en nuestra cuenta.

—Si el ingreso es grande... —comentó Javier en voz baja a su compañero, aunque no lo bastante baja. Algunas risitas acompañaron al comentario.

—Veremos hoy precisamente que el tamaño —del ingreso— no importa —más risitas—. No es determinante. Pero vamos por pasos. Maslow desarrolló hace ya más de cincuenta años una teoría explicativa de las necesidades humanas, agrupadas en categorías y asociadas a diferentes motivaciones. Estas categorías de necesidades son las siguientes: fisiológicas; de seguridad; de afiliación; de estima y de autorrealización. Según Maslow, el ser humano busca satisfacer sus necesidades de forma escalonada, comenzando por las

---

<sup>15</sup> N. del E. - Abraham Maslow (Brooklyn, Nueva York, 1908-1970 Palo Alto, California). Psicólogo estadounidense conocido como uno de los fundadores y principales exponentes de la psicología humanista.

<sup>16</sup> N. del E. - Maslow ideó la «jerarquía de necesidades», consistente en una pirámide que contiene las necesidades humanas, psicológicas y físicas. Subiendo escalón a escalón por la pirámide, se llega a la autorrealización. En la base de la pirámide se encuentran las «necesidades básicas» o «necesidades fisiológicas».

más básicas —fisiológicas, seguridad y afiliación— y continuando después por las otras —estima y autorrealización—. En una sociedad sometida a un incremento constante de los llamados *ninjis*, las ocupaciones han de mejorar para ser atractivas.

—¿Quiere decir que los *ninjis* no quieren trabajar porque los oficios no son atractivos? Yo pensaba que era porque son unos pringados y unos vagos —intervino el compañero de Javier, ni en voz baja ni nada. Más risitas.

—En realidad, si nos paramos a pensar un instante, estamos en el momento histórico en el que más fácil, barato y sencillo es producir, y por el contrario, en el que más difícil es conseguir un puesto de trabajo. Fijaos en vosotros mismos. Lleváis casi veinte años estudiando, y cuando acabéis la carrera aún tendréis que luchar en procesos de selección con centenares de candidatos para unas pocas plazas. Todo esto para conseguir un trabajo. Y una vez conseguido el trabajo, solo habréis satisfecho vuestras necesidades básicas.

—Pero es normal. Estamos en una sociedad muy avanzada y para desempeñar un trabajo con eficiencia, es necesario formarse a conciencia —apuntó otra alumna.

—Precisamente es al contrario. Cuanto más avanzada es la sociedad, más sencillos son los trabajos. Las máquinas y los sistemas informáticos se encargan de la mayoría de las tareas más pesadas y también de guiar, supervisar y corregir el trabajo realizado. Os encontraréis, después de obtener vuestro título y pasar por distintos procesos de selección, con que entraréis en una empresa y tendrán que explicaros, casi desde cero, qué es lo que tenéis que hacer, con qué herramientas y de qué forma. Cada empresa y organización tiene su propia forma de funcionar, y lo aprendido aquí será de difícil aplicación. Los puestos de trabajo están muy procedimentados, pautados, estructurados e informatizados. Para desempeñar con eficiencia uno de estos puestos de trabajo,

con poco más que aprender a utilizar el sistema informático hay suficiente. Esto permite que las empresas puedan sustituir a sus trabajadores sin demasiados trastornos.

—Entonces, según usted, lo que estamos haciendo aquí no sirve para nada.

—Yo no he dicho eso. Volvamos a Maslow. Tradicionalmente hemos asociado el trabajo con la satisfacción de las necesidades básicas: alimentación, vivienda, seguridad... Pero ahora esto ya no es válido. Nacemos en una sociedad que ya nos satisface estas necesidades básicas. Por ello, desde pequeños, nos orientamos a satisfacer las necesidades superiores, la autoconfianza, el respeto, la estima, la autorrealización... Pero todo nuestro proceso de aprendizaje está orientado al trabajo. Y el trabajo, a la satisfacción de las necesidades básicas.

»No solo eso. Para motivar nuestro «aprendizaje», se acostumbra a recurrir a motivaciones extrínsecas, basadas en técnicas conductistas de premio y castigo, que nos remiten en último término al miedo, motivación propia del segundo nivel de necesidades, las de seguridad. Más necesidades básicas. Y sin embargo, es cuando satisfacemos nuestras necesidades superiores cuando podemos aportar algo realmente novedoso.

—Sin embargo, hace un momento ha dicho que para trabajar no es necesario tener conocimientos —comentó Javier, con un leve tono irónico, como diciendo: «Primero dices una cosa, ahora otra... Me parece que no te aclaras».

—Tenemos que diferenciar entre dos tipos de trabajo —respondí—: Creativos y reproductivos. —Mis alumnos tomaron nota en sus cuadernos—. Claro, por supuesto, no hay un trabajo cien por cien creativo ni cien por cien reproductivo. Pero esta clasificación nos puede servir para aclarar conceptos. Los trabajos de los que hablaba antes, son precisamente de los reproductivos, cada vez más simplificados,

automatizados y optimizados. Y por otro lado, crear algo nuevo y realmente provechoso es cada vez más difícil y requiere más esfuerzo. También tenemos los trabajos artesanos y los servicios personales, que no caerían en una categoría ni en la otra, o que tendrían un poco de cada uno. Pero esto es un tema aparte que requiere un análisis propio.

—Ajá. —Asintió Javier.

—El trabajo reproductivo está en claro proceso de extinción. Proceso que se está acelerando y que ya no puede ser compensado mediante el crecimiento, porque nos estamos quedando sin espacio donde crecer. La revolución industrial está alcanzando sus límites. Se ha extendido por gran parte del planeta y el crecimiento exponencial que ha experimentado hasta ahora, está transformándose en un crecimiento residual.

—¿Esta sería una de las causas de la crisis actual?

—Las crisis son cíclicas, con independencia de la tendencia general de crecimiento. Oscilaciones sobre el punto de equilibrio, que va cambiando con el tiempo. Pero sí, tenemos un problema que resolver. Hasta ahora, hemos retribuido por el trabajo realizado, pero este esquema es cada vez más inapropiado. Por lo que comentaba antes. Es fácil de aplicar cuando el trabajo es reproductivo y abundante, pero cuando es creativo, no.

—¿Por qué no? —La clase se había convertido en un coloquio fluido en el que participaban prácticamente todos los alumnos. Esto me proporcionaba un *feedback* fantástico para saber que el tema planteado conectaba, se entendía y se seguía, y también ayudaba a que los alumnos mantuviesen la atención durante toda la sesión—. Si crean alguna cosa interesante y útil, se les paga, y si no, no.

—¿Y qué hacemos con los que no consiguen crear nada coherente ni aprovechable? ¿Los dejamos morir de hambre? —contesté.

—Que se dediquen a otra cosa. Para crear no sirven. Está claro, ¿no? —contestó el compañero de Javier, entre murmullos de aceptación y alguna opinión contraria.

—Este es el procedimiento normalmente aceptado y aplicado, sí. Pero tiene algunas fisuras. Lo explico con un ejemplo: Messi y Cristiano Ronaldo son dos de los mejores jugadores de fútbol del mundo, y también de los mejor pagados. Pero para que surjan jugadores de la talla de Messi y Cristiano, es necesario que cientos de millones de niños jueguen a fútbol, por lo que es un mérito compartido.

Javier levantó una ceja ante mi explicación, mostrando expresión de cierto escepticismo ante esta afirmación; compartido, por lo que parecía, por el resto de alumnos, aunque permanecían expectantes a la continuación de la explicación.

—Cuantas más personas aporten su energía en un tema —continué—, más probabilidades habrá de que se obtengan resultados. Pero no todas las aportaciones ni los intentos fructificarán. Y claro, es posible que sean necesarios muchos, antes de obtener un éxito. Para poder dedicarse a esta actividad creativa —que respondería a las necesidades de los niveles cuatro y cinco de la pirámide de Maslow—, es necesario tener las necesidades básicas satisfechas.

—Es decir, propone que las necesidades básicas sean satisfechas socialmente para que las personas podamos dedicarnos a nuestra actividad profesional sin la presión de tener que subsistir con el producto de nuestro trabajo, ¿no?

—Yo no propongo. No es mi labor. En realidad me limito a exponer un proceso activo, vivo, de cambio y adaptación constante de la sociedad, desde el punto de vista económico. Pero sí, cuando las necesidades básicas están satisfechas, se abren nuevas perspectivas de ocupación y se activan otras motivaciones. Estamos asistiendo a un proceso de ruptura entre trabajo y remuneración. No es un proceso brusco, ni es previsible que esta relación desaparezca completamen-

## No quiero trabajar

te, pero sí que estamos asistiendo a la cada vez más extensa percepción de emolumentos sin que se dé un intercambio de trabajo. Y a la vez, también es habitual que algunas personas trabajen sin cobrar. Trabajar gratis y cobrar sin trabajar. Fenómenos ambos de esta separación entre trabajo y remuneración.

## XXX

Al acabar agosto volvimos a casa de mis padres. Dejábamos atrás las «vacaciones» y comenzábamos el nuevo curso. Curso un tanto extraño, con Arnau educándose en casa aún y sin asistir a la escuela.

A mediados de septiembre se celebra anualmente en el parque de la Ciutadella de Barcelona una jornada lúdico-reivindicativa por la libertad de educación, organizada por la Asociación de Familias Homeschool de Cataluña, una de las de más peso a nivel estatal.

Ya que estábamos educando a nuestro hijo al margen de la escuela, me pareció oportuno colaborar en las actividades que el movimiento de educación en familia organizaba, así que Arnau y yo nos acercamos a la celebración.

Arnau estuvo participando en las diferentes actividades lúdicas organizadas, mientras yo conversaba con otros padres y miembros de la asociación, a los cuales ya conocía de otros encuentros.

También había representantes de algunos medios de comunicación. Poco antes de mediodía se acercó al lugar del encuentro la unidad móvil de una cadena de televisión, con la intención de entrevistar a los asistentes. Supuse que algún miembro de la asociación realizaría una declaración más o menos institucional, pero nadie parecía mostrar demasiado interés en atender a la periodista y al cámara que la acompañaba. En ese momento, se dio cuenta de que yo la observaba y se acercó.

—Hola. Me gustaría hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente en responderlas —me dijo.

Miré hacia los lados, esperando que alguien se acercase para hacerse cargo de la recién llegada, pero todos parecían muy ocupados con sus hijos o conversando entre ellos, así

que me encogí de hombros y le dije a la periodista que no tenía ningún inconveniente en responder a sus preguntas.

Lo de educar en casa era para mí un tema secundario, al que no le daba demasiada importancia, sobre todo después de mi fallido intento de oposición inicial. Arnau y Manuela estaban encantados, y a mis padres les parecía bien que Arnau no fuese a la escuela, así que, simplemente acepté lo inevitable sin preocuparme mucho más. Es decir, que era un tema sobre el que no había reflexionado demasiado ni tenía una opinión muy definida o una posición clara y sólida. Con este escaso bagaje intenté responder a las preguntas que la periodista me dirigía, lo mejor que pude.

De todas formas, en realidad, siempre son las mismas preguntas, y solo de oír hablar a otras familias que educaban en casa en los diferentes encuentros a los que había asistido, ya tenía argumentos para responder. Y eso hice. Una pregunta que nunca faltaba en estas entrevistas era la de la socialización.

—Sin asistir a la escuela, ¿cómo se produce la socialización de estos niños educados en casa? —me preguntó.

Me encogí de hombros y señalé a unos árboles alrededor de los cuales un grupo de niños de entre seis y nueve años corrían y jugaban, riendo y revolcándose por el suelo.

—Mi hijo es el de la camiseta verde —dije a modo de respuesta.

—Entiendo —contestó—. Y ya para acabar. ¿No le preocupa el futuro laboral de su hijo si se encuentra fuera del sistema educativo?

La pregunta me hizo gracia. No es que fuese un experto en educación en casa, pero sabía por la experiencia de otras familias, que muchos niños *homeschool*, cuando llegaban a la edad de la educación postobligatoria, se incorporaban al sistema educativo sin problemas ni dificultades al margen de los que pone el propio sistema. Pero lo que me resultó gracioso

so fue que me preguntase por el futuro laboral de mi hijo, cuando yo me consideraba a mí mismo un activista antiempleo.

—Bueno —contesté—, la verdad es que espero que para cuando mi hijo sea mayor ya no sea necesario trabajar.

## XXXI

—Has salido por la tele —me dijo Manuela cuando llegamos a casa.

—¿Ah, sí? Una periodista me ha hecho una entrevista.

—Has salido por la tele —me dijo una vecina al día siguiente.

—Sí, ya lo sé. Ayer en las noticias —le contesté.

—Sí, al mediodía. Pero hoy has salido otra vez.

—¡Anda! —le dije—. Si al final me haré famoso y todo. ¿Y qué tal?

—Podría haber sido peor —me respondió.

La verdad es que difícilmente podría haber sido peor. El presentador de uno de estos programas magacín que emiten diversas cadenas, me había dedicado casi un cuarto de hora a una crítica visceral y sistemática, mientras de fondo se reproducían fragmentos subtítulos de mi entrevista. Criticaba que esos niños no asistiesen a la escuela. Criticaba que la administración no tomase cartas en el asunto y que no se velase por el bienestar y el futuro de esos niños y niñas «secuestrados» por sus familias. Pero, sobre todo, me criticaba a mí, tachándome de irresponsable, de yonqui y de iluminado. Y de estar jugándome la vida de mi hijo a la remota posibilidad de que, cuando fuera mayor, no fuese necesario trabajar.

Pero en aquellos momentos tenía otras cosas en la cabeza, así que no hice mucho caso de lo que me decía mi vecina y no me preocupé lo más mínimo de lo que se hubiese dicho o dejado de decir sobre mí.

## XXXII

Tres días más tarde volvía a salir por televisión. En esta ocasión, con motivo de la presentación del libro en el que había estado colaborando.

La presentación, realizada en la sala de actos de la universidad, fue recogida por una cadena local y retransmitida en diferentes cadenas municipales de la provincia de Barcelona. A pesar de la escasa divulgación, alguien identificó al chico con gafas de la izquierda como la misma persona que educaba a su hijo en casa y que dos días antes había sido descuartizada en un magacín matinal.

Ese mismo fin de semana, desde otra cadena, se reían del presentador del magacín utilizando imágenes de la presentación del libro con un: «Vaya, vaya con don Ángel —es el nombre del presentador del magacín—. Tratando de ignorante a un profesor universitario coautor de varios libros de economía», y una musiquita cómica de fondo.

La respuesta de don Ángel no se hizo esperar. Crítica cerrada e indignación profunda por el hecho de que un personaje así estuviese al cargo de la formación de los jóvenes de este país.

El intercambio de referencias continuó durante unos días. Una tarde, al llegar a casa, mi madre me dijo que habían llamado de la tele.

—Dicen que tienes que ir por alusiones.

—¿Por alusiones?

Llamé a la cadena y me comentaron que desde hacía unos días estaban haciendo referencia a mí en su programa matinal y que quizás quería ir y dar mi opinión. En realidad no sabía muy bien si era por el libro o por la entrevista del otro día, así que, en lugar de preguntar el motivo por el cual me invitaban —que hubiera sido lo sensato—, para no parecer ignorante acepté directamente.

## XXXIII

—Hola Jordi. —Era Marcel, que también educaba a sus tres hijos en casa desde hacía unos años y que había conocido en uno de los encuentros—. Te llamaba porque he visto en la lista de correo de la asociación, que mañana vas al programa matinal de don Ángel.

—Sí. Me han invitado porque se ve que desde hace unos días hablan de mí en ese programa.

—Te va a machacar —me dijo, sin más preámbulos.

—¿Perdona? —le contesté.

—Que te va a machacar. Mejor que te pongas enfermo y mañana no vayas.

—Pero si precisamente me han llamado ellos para que me pueda explicar.

—Es su cueva. Sabe dónde están las cámaras. Sabe cuál es la que está activa y cuál será la siguiente. Tiene un lenguaje de gestos propio con sus técnicos, que le obedecen ciegamente. Y el público del plató es fiel y sumiso. Te va a machacar. Lleva toda la semana haciéndolo en tu ausencia y ahora lo hará contigo delante.

—Ahora ya me he comprometido. —Tampoco recordaba que Marcel y yo nosuviésemos tanta confianza ni hubiésemos intimado tanto como para que me llamase casi a las once de la noche para decirme que me iban a machacar por la tele. Un tío un poco raro, este Marcel—. Y no creo que me machaque. He visto alguno de sus programas, y es bastante correcto.

—¿Has visto los programas en los que habla de ti?

—No, aún no. Esta semana he ido bastante liado y no he tenido tiempo.

—Pues hazte un favor y míralos antes de ir. —Y colgó.

Me quedé unos segundos sentado en la cama mirando el auricular. Después me levanté, me puse las zapatillas y bajé al comedor a mirar por internet el dichoso magacín.

## XXXIV

En los estudios de televisión me atendió una tal Ana, ayudante de producción, que me trató muy amablemente y me condujo a una sala de espera. Mientras llegaba el momento de pasar al plató, me trajo un zumo y unas galletas.

Por la mañana me había vuelto a llamar Marcel.

—¿Qué? ¿Has visto el programa? ¿Has visto cómo te trata?

—Sí, lo he visto.

—Y te has puesto enfermo.

—Pues sí, bastante —le dije.

—Y has llamado para decir que no vas...

—No, no he llamado. De hecho estoy arreglándome para ir.

—Te va a machacar.

—No me va a machacar.

—Te va a machacar. Y si has visto los vídeos, lo sabes. Es igual. Es su cueva, y de allí no hay escapatoria. Estás en su terreno. Tenlo claro. Terreno pantanoso y trampas por todos sitios. Ahí no puedes ir a ganar. No hay que ir, pero si vas, hay que minimizar daños. No contestes sus preguntas. Contesta las tuyas o contesta lo que te dé la gana, pero no las suyas, porque te llevará a la boca del lobo. Y respuestas cortas, claras, y si son divertidas, mejor. Pero no te hagas el gracioso. Sobre todo no te hagas el gracioso porque aún se enfadará más. Lleva el tema a donde te sientas cómodo, a donde pises terreno seguro. Y respuestas cortas, ¿te lo he dicho ya? Las respuestas cortas son difíciles de cortar. Si te enrollas, le das tiempo a pensar y, además, seguro que te corta.

—Está bien. Me lo apunto.

—No, no está bien. Y menos lo estará dentro de un rato. ¿Seguro que te lo has pensado bien?

—Que sí, Marcel, que sí. Tranquilo. No va a pasar nada.

—Bueno. Después me explicas cómo ha ido.

—¿No vas a mirarlo?

—No, gracias. Que tú hayas perdido el sentido común no quiere decir que los demás también lo hayamos hecho.

Ana me acompañó al plató y me hizo tomar asiento en una butaca. Un técnico me colocó un diminuto micrófono en el cuello de la camisa. Don Ángel estaba de pie a cierta distancia observando unos papeles y escuchando las explicaciones de un señor bajito y calvo con unos cascos enormes. Me dirigió una mirada de reojo, pero ni un saludo ni una sonrisa. Más que una entrevista, casi parecían los prolegómenos de un combate de boxeo. O quizás, si hacemos caso a Marcel, los momentos previos a la entrada de los leones en un circo romano.

El personal se dispersó, don Ángel ocupó su posición y comenzó a sonar la sintonía del programa. En uno de los monitores distribuidos estratégicamente por el plató aparecía la carátula del magacín. Al cabo de unos instantes, el volumen de la música descendió y el monitor pasó a mostrar un primer plano de don Ángel, con un recuadro en el fondo en el que aparecía una noticia sobre los últimos datos del paro en el país.

Don Ángel inició en ese momento un monólogo de casi diez minutos en el que comenzó con un análisis de la situación laboral actual, felicitándose por la reducción del paro en el pasado mes, que las autoridades habían hecho pública esa misma mañana, para pasar luego a recordar la importancia que el trabajo tiene en la sociedad actual, no solo como medio para poder conseguir aquello que deseamos, sino también como vía para el desarrollo personal y el reconocimiento social. A partir de aquí, comenzó a atacar a los que criticaban el trabajo y a los que pretendían que se podía vivir a costa de los demás. Entonces se levantó y se acercó hacia la butaca en la que yo me encontraba, fuera del plano princi-

pal y también de los focos, en una cierta penumbra que dificultaba que el público presente en el plató pudiese verme con claridad.

Durante la disertación de don Ángel, quedé totalmente absorto por sus palabras, hasta el punto de que casi olvidé dónde estaba y para qué había ido allí. Así que cuando vi que don Ángel venía hacia mí, tuve un sobresalto bastante intenso.

Los focos se encendieron y el público del plató pudo verme. Se oyeron murmullos y algunas exclamaciones ahogadas. Mientras se acercaba, don Ángel comenzó a hablar. Al cabo de unos instantes, me percaté de que se estaba dirigiendo a mí. Concretamente, me estaba haciendo una pregunta que no escuché en absoluto. Así que cuando se sentó frente a mí, le contesté lo primero que me pasó por la cabeza.

—De hecho, Ángel, no puedo evitar estar más de acuerdo contigo.

Si mi respuesta le sorprendió o le disgustó es imposible decirlo. Se limitó simplemente a sonreír con satisfacción y a continuar con la entrevista.

—Jordi Albalate, padre de un niño de siete años, al cual tu mujer y tú educáis en casa desde que nació. Profesor universitario y coautor del libro *El ocaso de la revolución industrial*. Bienvenido al programa y gracias por asistir.

—Gracias a ti por invitarme —contesté.

—Hay algo en tus respuestas del otro día, en la JILLE,<sup>17</sup> que me sorprendió. Dijiste que esperabas que cuando tu hijo se hiciera mayor, ya no fuese necesario trabajar. ¿Crees realmente que es posible que llegue un día en que no sea necesario trabajar?

—Ciertamente. De hecho, ese día ya está aquí, al menos en teoría, si tenemos que hacer caso a los números.

---

<sup>17</sup> N. del E. - *Jornada Internacional per la Lliure Educació*; siglas en catalán. En cada zona tiene un nombre distinto. Resto de España, JILE, en Francia, JIPLI.

—¿A qué números?

—En base al nivel tecnológico de la sociedad actual y al número de personas en edad activa, disponemos de capacidad productiva para satisfacer cinco o seis veces las necesidades de la población mundial. Es decir, tenemos un excedente productivo potencial de un ochenta por ciento, aproximadamente.

—Sin embargo, ahora es necesario trabajar para subsistir. ¿A qué es debido, según tú, que aún exista esta necesidad?

—Es un proceso lento, de gran magnitud, que requiere tiempo. Además, debe enfrentarse a muchos obstáculos.

—¿Por ejemplo? —la entrevista era rápida y directa. Intentaba mantenerme muy concentrado y responder de manera concisa y clara a las preguntas.

—La especulación.

—¿Especulación?

—Para ser poderoso, no hay suficiente con tener dinero. Es necesario que otros no tengan. Porque si tienen, aunque no sea mucho, pero sí suficiente para subsistir, si lo que les pides no les gusta, te van a decir que tararí —alguna risita entre el público—. La especulación permite frenar y controlar los flujos de dinero y bienes.

Don Ángel se quedó pensativo unos segundos, observándome. Después continuó con la entrevista, cambiando levemente de tema.

—Entiendo que para tus afirmaciones, presupones una automatización muy importante de la producción, en base a robots y otros sistemas tecnológicos. Pero hay trabajos que un robot no puede hacer. ¿Cómo se solucionaría esto?

—Con el trabajo voluntario.

—¿Trabajo voluntario? ¿Te refieres a ONG y asociaciones de colaboración?

—No. En absoluto. Me refiero a personas como tú mismo, a las que les encanta su trabajo y que tanto si necesi-

tan trabajar para vivir como si no, continuarán yendo a trabajar cada día.

De nuevo don Ángel guardó silencio unos segundos.

—Pero no todos los trabajos son agradables. Hay trabajos que nadie quiere hacer. ¿Qué pasaría con estos trabajos entonces? ¿Quedarían sin realizarse?

—No. Pero sí que se pagarían adecuadamente. Son precisamente estos trabajos los que actualmente están peor pagados y en donde existe una mayor explotación laboral, con horarios abusivos y contratos laborales apestosos. —Tímidos aplausos desde el público.

—Realmente parece un mundo idílico, en el que todas las personas hacen aquello que les apetece, tienen de todo y son felices. Según tú, ¿qué deberíamos hacer para llegar a ese paraíso terrenal que describes?

—Bueno, don Ángel, yo soy historiador económico. Estudio los acontecimientos del pasado y realizo proyecciones; pronósticos hacia el futuro. Pero no soy ni político ni sindicalista, así que me limito a indicar qué es posible que pase y por qué y dejo a quienes corresponde que tomen las decisiones que consideren adecuadas.

—No me negarás, sin embargo, que en medio de esta crisis en la que ya llevamos más de siete años atascados, es difícil creer que lo que describes vaya a suceder realmente.

—Si una cosa nos explica la historia del hombre, de la cual la historia económica es una parte, es que siempre hemos progresado. Y esta vez no va a ser una excepción. El progreso puede ser suave y gradual. Y también puede producirse una acumulación de tensión por un progreso insuficiente que acabe por provocar un estallido violento, como ha ocurrido tantas veces en el pasado.

Don Ángel hizo una pequeña pausa, como indicando que daba este tema por finalizado y se preparaba para iniciar otro.

—Tu hijo, que ahora tiene siete años, se educa en casa, no va a la escuela. Supongamos que cuando crezca, aún sea necesario trabajar. ¿Cómo accederá a un puesto de trabajo? ¿Podrías aclararme esta cuestión?

—Aquí, si me permites, he de extenderme un poco, ya que hay varios puntos que aclarar en tu pregunta.

—Adelante

—Primero, sí, por supuesto. Parto de la premisa de que mi hijo necesitará trabajar para sobrevivir. Si cuando sea mayor, esto ya no fuera así, bien, pues mejor. Segundo, que mi hijo se eduque en casa ahora no va a ser un hándicap para que obtenga titulaciones académicas en el futuro. Tercero, en un setenta y cinco por ciento de los casos, el primer acceso al mundo del trabajo por parte de los jóvenes de clase popular es facilitado por sus padres, no por sus estudios.

—¿No estás infravalorando la importancia de estudiar?

—No, en absoluto. Justamente al contrario. Lo que estoy haciendo es desvincular el aprendizaje del trabajo. Cuidar las ganas de aprender, de estudiar, para que sea un placer y se prolongue; se mantenga durante toda la vida.

—Es decir, respetar el interés del niño para proteger su motivación por aprender.

—Exactamente —contesté.

Don Ángel asintió.

—Muchas gracias por asistir a nuestro programa —dijo, y acto seguido se levantó de la silla que ocupaba y se giró hacia su izquierda, dirigiéndose a una cámara ubicada allí, mientras comenzaba a hablar acerca del viaje del presidente del gobierno a no sé qué zona en conflicto.

Ana, la ayudante de producción, se acercó a mí discretamente.

—En dos minutos entramos en publicidad —me dijo, así que permanecí donde estaba hasta que volvió a sonar la

sintonía del programa y en los monitores apareció el anuncio de una nueva tarifa para teléfonos móviles.

El técnico de antes se acercó a mí y me ayudó a desprenderme del micrófono; mientras, Ana me hacía las preguntas de rigor y esperaba para acompañarme a la salida. Entonces vi a don Ángel acercarse a donde estábamos. Por un momento, al ver su rostro serio y huraño, pensé que venía a recriminarme las respuestas o vete a saber qué. Sin embargo, extendió su mano, que estreché.

—Ha sido un verdadero placer —me dijo.

—Igualmente —contesté.

## XXXV

Pues no había sido tan terrible como anticipaba Marcel. Había conseguido sobrevivir a la entrevista sin demasiados daños, al menos visibles.

Después de mi participación en el programa de don Ángel, diversos medios de comunicación se interesaron en mis planteamientos. Viajé en un par de ocasiones a Madrid para participar en otros magazines matinales y aparecí en algunas cadenas de televisión locales y en diversas emisoras de radio. También algunos diarios y revistas quisieron entrevistarme y varios colectivos y entidades me propusieron realizar charlas o participar en coloquios. Mi argumentación acerca de que los trabajos menos cualificados deberían ser mejor pagados dado que habitualmente no podían ser automatizados, había calado en algunos sectores de la población y había despertado una cierta expectación. Aproveché mis intervenciones para dar a conocer el libro que habíamos publicado y también para elaborar mi discurso sobre el trabajo —o el no trabajo—.

—Entonces, señor Albalade, según su interpretación, es la especulación el freno para el desarrollo de una renta básica universal —interpeló la presentadora del espacio económico de una emisora de radio estatal.

—La especulación no ayuda, en absoluto. Pero no podemos echarle toda la culpa. También hay un importante factor social. El modelo actual lleva muchos años «funcionando», nos hemos acostumbrado a él, nos parece bastante justo, lógico, intercambiar trabajo por dinero. Y muy injusto que alguien cobre por no hacer nada. Es una gran inercia, resistencia al cambio, que se opone no solo a la RBU, sino a la mera consideración de esta posibilidad. Es lo mismo que pasa, por ejemplo, con las escuelas. Sabemos que las notas

son perjudiciales para los alumnos, que cada niño o niña necesitaría un modelo de aprendizaje personalizado, que pretender que una sola persona puede satisfacer las necesidades de treinta y cinco alumnos es una falacia, o que los contenidos que se enseñan no responden a los intereses ni motivaciones de los alumnos. Y sin embargo, esta es la escuela que tenemos. ¿Por qué? Porque es la que queremos, la que entendemos, la que hemos vivido y en la que confiamos.

—Pero con una renta básica universal, de forma que no fuese necesario trabajar, los que no quisieran trabajar, ¿qué harían? ¿mirar la tele todo el día?

—¿Aparte de hacer aquello que les apetezca y de trabajar en algo que les satisfaga? Pues supongo que podrían, o podríamos, me incluyo a mí también, cuidar de nuestro cuerpo; de nuestra mente; de nuestro espíritu; de nuestra salud; de nuestra casa; de nuestros hijos; de nuestros mayores; de nuestra pareja; de nuestras cosas... En realidad, si hemos de dar una respuesta satisfactoria a todas estas necesidades, no nos queda demasiado tiempo para trabajar, y mucho menos para trabajar en algo que no nos guste.

—Pero establecer una renta básica universal requiere mucho dinero. Estoy segura de que ha explicado muchas veces de dónde se obtendría, pero no puedo evitar volver a preguntárselo. ¿De dónde saldría ese dinero?

—Precisamente ahí está el problema, y por eso cuesta tanto entender la RBU. Porque simplemente no requiere dinero. Te lo explico con un ejemplo. En el siglo XVIII Inglaterra inició su revolución industrial en parte gracias al oro que los piratas obtenían de los galeones españoles, pero todo ese oro no se gastó, quiero decir, que continúa siendo oro. Simplemente sirvió para catalizar un potencial que ya existía en el país anglosajón. El oro robado a los españoles continúa en gran parte aún en Inglaterra, posiblemente en su banco central, en forma de lingotes. Lo mismo ocurre con el dinero

de una RBU. Entra en el sistema y circula, pero no se «gasta», aunque coloquialmente hablemos de gastar dinero. Ese dinero no desaparece. Pasa de mano en mano a un ritmo más o menos alto, hasta que queda atrapado en algún agujero especulativo.

—¿A qué se refiere con agujero especulativo?

—La economía es como un circuito hidráulico. El movimiento de dinero es motor de desarrollo, y el desarrollo a su vez mueve dinero. Este dinero se inyecta en el sistema para mantener una presión «adecuada», ajustada a los cambios de población, a las variaciones en la inflación, a la situación política, a la coyuntura social, etcétera. Los agujeros especulativos alteran interesadamente este rudimentario equilibrio, sacando de la circulación cantidades ingentes de dinero y ahogando y asfixiando economías vulnerables, y reintroduciendo este capital en otros momentos, llevando al sistema a sangrías y hemorragias espectaculares.

—¿Cree que otro sistema económico, por ejemplo, el socialismo, podría hacer más viable una renta básica universal?

—Bueno, el socialismo primero tendría que conseguir ser viable por sí mismo, antes de preocuparse por hacer viables cosas como la renta básica universal.

—Entonces, según usted, el socialismo es un sistema económico inviable.

—A principios del siglo pasado, en un momento de cambios cada vez más rápidos, claramente sí.

—¿Y ahora?

—Ahora los cambios son todavía más acelerados y radicales. No solo el socialismo no podría subsistir, la existencia de los mismísimos estados está en entredicho y en constante transformación. El capitalismo presenta menos resistencia a los cambios y por ello se ha extendido y ha proliferado hasta prácticamente alcanzar todo el planeta.

—Pero también se habla de que el capitalismo está en crisis.

—En el libro exploramos en profundidad la supuesta crisis del modelo capitalista, un modelo que ha cabalgado sobre la marea de cambios de estos últimos siglos. Pero el espacio de expansión se reduce y el crecimiento ya no es sostenible. Continúa el ritmo acelerado de cambios, pero se conforma una base estable, sólida. El cambio constante es ya la norma y la sociedad aprende a navegar en él. Continúan las innovaciones a un ritmo frenético, pero también su consolidación, su refinamiento, su normalización, su madurez.

—Esto es algo contradictorio, ¿no? El cambio, la innovación tecnológica, el incremento de conocimiento continuo... Y sin embargo habla también de una tendencia a la estabilidad.

—Estos cambios llegan como un terremoto, alterándolo todo, poniendo el mundo que conocemos del revés. Después maduran, se serenán, se corrigen y optimizan, y pasan a formar parte del bagaje estable de la humanidad. Este es cada vez más amplio, tanto, que ya es capaz de satisfacer el bienestar de la población mundial, aunque a pesar de ello no lo está haciendo. El capitalismo es muy útil para promover un desarrollo heurístico, diverso, amplio. Un ejemplo: El capitalismo ha incentivado el desarrollo de un número increíble de empresas trabajando en el desarrollo y fabricación de coches. Esto ha permitido el trabajo en paralelo y avances tecnológicos diversos, rápidos y dinámicos en el sector. Hasta que este llega a la madurez, y entonces comienza un proceso inverso, de unificación, de fagocitación entre estos agentes, estas empresas; buscando la eficiencia, la optimización y la sinergia. Y es aquí, llegado a este punto de madurez, cuando el modelo capitalista deja de ser viable.

—Entonces, si el modelo capitalista no es viable y el socialista no se sostiene, ¿qué modelo deberá aplicarse?

—Una combinación de ambos, por supuesto. El modelo capitalista puede continuar funcionando para los sectores más innovadores, para la vanguardia, para el desarrollo tecnológico. También para la autorrealización humana. Para la satisfacción de las necesidades básicas, el sistema apropiado, si no es el socialismo, se le parecerá mucho.

En las entrevistas podía extenderme y explicar ampliamente los planteamientos que se exponían en el libro, así como mis propias interpretaciones. En los programas de debate, los pocos a los que asistí, seguía los consejos de Marcel. Respuestas cortas, ideas claras, agradecer las críticas y no perder nunca la compostura. En estos programas, las críticas eran intensas. Indolente, irresponsable, iluminado, sectario o ignorante, eran calificativos bastante comunes. Y también, al mencionar al socialismo en alguna de mis entrevistas, recibí calificativos como radical, comunista, fascista y alguno más. Pero también, y supongo que por el mismo motivo, muestras de apoyo y simpatía de diverso origen.

## XXXVI

La diosa fortuna es caprichosa, y la fama efímera. Tal como llega, se va. Cuando ya comenzaba a pensar que quizás lo de salir por los medios de comunicación podía acabar convirtiéndose en una especie de ocupación estable y que alguna cadena quizás me contratase como colaborador, las invitaciones a participar en programas radiofónicos o televisivos comenzaron a disminuir, hasta desaparecer por completo.

En las últimas semanas prácticamente me había dedicado en exclusiva a las apariciones en medios de comunicación, y este repentino «silencio» me dejó un poco a contrapié, muy activo y, sin embargo, sin nada que hacer. Pensé por entonces en la universidad y en el profesor Bruno, del que no sabía nada desde hacía tiempo. Le hice un par de llamadas, pero no pude hablar con él. Cuando pensaba en ir a la universidad a hacer una visita y preguntar cómo iban las ventas del libro y si me necesitaban para las clases, recibí una invitación para ir a dar una charla en un centro okupa.

Supongo que por las referencias en mis intervenciones al movimiento socialista y a la RBU, diferentes grupos libertarios, antisistema y contestatarios se habían puesto en contacto conmigo, invitándome a participar en distintos actos. Pero esta última invitación me resultaba curiosa porque no me pedían que fuese a hablar de economía o sociedad, sino sobre educación. ¿Qué podía explicar yo sobre la educación? Educaba a mi hijo en casa, pero en realidad era Manuela la que llevaba el peso de esta tarea. Así se lo comenté a Lidia, la persona que me había invitado, educadora de un grupo de aprendizaje dentro de una comunidad alternativa. Lidia me dijo que le interesaban sobre todo mis interpretaciones sobre las necesidades futuras de los niños de hoy en día y que le parecía buena idea que diese una charla sobre ese tema. De modo que acepté, visto que mi agenda, de repente, presentaba bastantes huecos.

## XXXVII

La comunidad alternativa se había establecido en un terreno rural cerca de Sabadell y había adoptado el nombre de la finca: Ca l'Estruga. Se trataba de una herencia o de una cesión por parte de la familia. El «heredero» había propuesto esta iniciativa y varias familias habían comenzado a trabajar. Actualmente cinco familias formaban parte de la comunidad. Habían adaptado la masía y los espacios adyacentes para constituir la residencia de las distintas familias y también las dependencias comunes. Aún había un par de habitaciones libres para nuevas familias y pensaban acondicionar otros espacios en breve. Esto me hizo plantearme algunas opciones de cambio que quería comentar después con Manuela.

Lidia no vivía en Ca l'Estruga, sino que residía en una casa okupa de Barcelona. Había cursado una formación en pedagogía Waldorf<sup>18</sup> y también había estado en El León Dormido,<sup>19</sup> en Ecuador. En Ca l'Estruga había por aquel entonces unos ocho niños entre los dos y los siete años, y habían pedido a Lidia que organizase un espacio de aprendizaje para ellos.

La charla fue una especie de coloquio abierto sobre educación en el que participaban representantes de escuelas libres, de educación en casa y también de alguna escuela pú-

---

<sup>18</sup> N. del E. - La pedagogía Waldorf es un sistema educativo originado en las concepciones del filósofo y esoterista Rudolf Steiner, fundador de la antroposofía. La primera escuela Waldorf se fundó en 1919 en Stuttgart, Alemania.

<sup>19</sup> N. del E. - Proyecto Integral creado por Rebeca y Mauricio Wild en el año 1977. Un proyecto educativo basado en los procesos de desarrollo de los niños de manera respetuosa con sus necesidades. Parten de la idea de que es esencial el ambiente en el que se desarrolla el niño debe ser relajado y disponer de los materiales adecuados para que pueda elegir libremente lo que quiere aprender.

blica innovadora de la zona. Parecía que todos tenían muchas ganas de hablar y de explicar sus proyectos educativos, así que realicé una intervención bastante breve, remarcando que cada vez el trabajo iba a ser más escaso y el tiempo libre mayor. En consecuencia, la educación de los niños debía proporcionarles gran margen de libertad, para que aprendiesen a tomar decisiones y a ser libres, y así poder gestionar adecuadamente ese tiempo libre del que dispondrán.

Mis palabras no causaron ni frío ni calor en la sala, y el resto de participantes continuó con sus exposiciones. Tuve la sensación de que más que hablar de proyectos educativos y de educación, estaban hablando de ellos mismos y de lo bien que lo hacían y lo especiales que eran, así que dejé de escuchar y me limité a esperar a que aquella reunión acabase.

Pero Lidia intervino para dirigirme una pregunta que me pilló un poco distraído.

—Entonces, lo que quieres decir es que no vale la pena aprender nada porque no vamos a poder aplicarlo. ¿Es así?

Hacía ya bastante rato que había dado mi «discursito» y no sabía muy bien a qué venía la pregunta. Miré un momento a mi alrededor, para ver varios rostros observándome con expresión de «contesta ya, que aún tengo mucho que explicar».

—No, en absoluto —contesté cuando pude organizar mis ideas—. Precisamente al contrario. Ya no vale lo de «sácate un título y ponte a trabajar». Ahora hace falta un plus, un extra, un valor añadido, que solo se obtiene cuando te dedicas a lo que de verdad te gusta, a lo que se te da bien, a lo que te fascina y te llena de satisfacción.

—¿Y cómo va a encontrar lo que le gusta, lo que le interesa, si nadie se lo enseña?

—Ahí está el adulto para ir abriéndole puertas. De un interés a otro, después a otro y a otro más, con total libertad. Lo contrario es intentar poner puertas al campo. O peor aún,

encarcelar su desarrollo. Tenemos entonces dos «beneficios», si queremos llamarlo así. Por un lado aprende a ocupar su tiempo de forma autónoma, y por otro desarrolla al máximo su potencial.

—¿Y crees que un padre o una madre puede hacerlo mejor que una escuela?

La pregunta de Lidia levantó algunos murmullos.

—Sí, claro, por supuesto. Para los padres, su único objetivo es el bienestar y el desarrollo de sus hijos. Para una escuela, hay tantos objetivos que ya no sabe cuáles son. También con las escuelas pequeñas, incluso las alternativas, hay un problema de objetivos, y a menudo se prioriza el proyecto, por delante de los niños o sus familias.

Mi explicación provocó alguna reacción indignada y la reunión, que hasta ese momento había discurrido de forma ordenada y respetuosa, se convirtió en una cacofonía desorganizada con varias conversaciones sucediendo simultáneamente. Me encontré de repente discutiendo con la directora de una escuela pública que afirmaba que, por supuesto que para ellos lo primero eran los niños. Claro, no pude reprimirme e inicié una lenta aunque larga enumeración de las otras prioridades o necesidades que la escuela satisfacía antes de preocuparse por los niños. Cuando llevaba ya siete u ocho —Estado, profesores, editoriales, padres, economía, empresas de catering, administración...—, ante la indignada mirada de la directora, Lidia se aproximó a nosotros para participar en la conversación y rebajar la tensión que se estaba acumulando. El coloquio podía darse por acabado y poco a poco las distintas conversaciones iniciadas fueron concluyendo y algunos comenzaban a despedirse. Lidia me invitó a un té y fuimos a una de las cocinas de la casa.

—Yo también lo veo como tú —me comentó mientras vertía agua caliente en dos tazas—. De hecho, en mi visita a El León Dormido, fue esto lo que Rebecca y Mauricio

Wild<sup>20</sup> expresaban, que los niños tienen que estar con sus padres, y que también es esto lo que quieren. Me pareció curioso, proviniendo de dos personas que han dirigido durante veinticinco años una escuela libre, pero es congruente con el proyecto que llevan ahora a cabo.

—Ajá —contesté. Me sonaban los nombres, pero no sabía gran cosa sobre quiénes eran o qué habían hecho.

—Ellos tienen una forma de hacer las cosas, pero es la de ellos, la que a ellos les ha funcionado y la que han sabido hacer. Pero esto no quiere decir que sea la mejor ni que a todo el mundo le vaya a funcionar. Sin embargo, mucha gente que pasa por El León Dormido, después aplica su sistema a rajatabla, de forma ortodoxa, pasando por encima de los niños y sus familias si es necesario. Como has dicho tú, de hecho.

—Sí, bueno. Es una sensación que tengo. Que se educa a los niños sin los niños. Un poco como aquel rey francés que decía: «Todo para el pueblo sin el pueblo». Pues lo mismo. Todo para los niños, pero sin preguntarles si lo quieren o no, y qué es lo que necesitan.

—Sí.

Lidia guardó silencio durante unos instantes. Aproveché para comentar lo extraordinario del sitio y del proyecto que se estaba llevando a cabo. Ciertamente, el lugar era idílico, y se respiraba un ambiente de paz y armonía casi empalagoso.

—Están buscando nuevas familias. Podríais planteároslo.

---

<sup>20</sup> N. del E. - Rebeca Wild (Alemania, 1939-2015) Pedagoga. Desde 1961 residió en Ecuador donde en 1977 fundó, junto con su marido Mauricio Wild, el «Pesta», un centro escolar alternativo compuesto de jardín de infancia, escuela y educación permanente. Posteriormente trabajaron los dos en el proyecto de El León Dormido.

—Sí. Lo he estado pensando. Ahora vivimos con mis padres y estamos bastante bien, pero quizás un lugar así sería más adecuado para nosotros. Se lo comentaré a Manuela.

## XXXVIII

Manuela no acabó de entender lo que le proponía, supongo que porque no fui demasiado ordenado en mi explicación.

—¿Quieres que vayamos a vivir a una casa okupa?  
—Se escandalizó.

—No es una casa okupa —le dije.

—Pero si acabas de decir que sí. Has dicho: «Lidia vive en una casa okupa».

—Lidia sí, en una casa okupa de Barcelona, pero Ca l'Estruga está en Sabadell.

—Una casa okupa de Sabadell...

—No es una casa, es una masía. Y no está en la ciudad de Sabadell, sino en el campo. Y no es okupa. Es una finca cedida.

—Sí, claro. ¿Qué remedio queda? Cuando te han entrado y se han apropiado de todo, o vas a las malas, o te resignas y aceptas lo que te propongan.

—Pero que es de la familia de uno de ellos.

—La familia es lo peor. Mi madre le alquiló el piso de Barcelona a un primo suyo y al cabo de dos años dejó de pagar. Mi madre tuvo que echarlo y acabó peleándose con sus tíos. Y después se metieron unos okupas y le costó casi un año lograr que se fuesen. El piso quedó destrozado. Al final, se hartó y lo malvendió.

—¡Ah! —dije por toda respuesta. No sabía nada de toda esa historia con el piso de su madre. Pero nos estábamos desviando totalmente del tema—. Pero no es el mismo caso, Manuela. Estas familias están reformando el edificio, modernizándolo, adaptando el granero y las cuadras. Están dedicando muchos esfuerzos para convertir un espacio viejo y casi abandonado en su casa y la de sus hijos.

—¿Y por qué ahora? ¿Qué pasa? ¿Tus padres ya no quieren que estemos aquí?

—¿Mis padres? No, por Dios. Ellos no han dicho nada. De hecho, tendrán un disgusto si nos vamos.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que sea Lidia la que eduque a tu hijo? ¿Crees que yo no puedo hacerlo? ¿Que no soy lo suficientemente atenta? ¿Que no tengo bastante experiencia?

—Manuela, por favor. Yo no he dicho eso.

—Pues dilo, si es lo que crees. Dímelo a la cara y no te andes con rodeos e historias baratas. ¿Crees que no estoy haciéndolo bien con Arnau?

—No sé de qué me estás hablando. —Y dejé la discusión antes de que se complicase más.

## XXXIX

—Mi madre nos ha invitado a pasar la Navidad en la casa de Arenys de Mar.

—¡Ah! Pues muy bien.

A través de Lidia había entrado en contacto con el movimiento de universidades libres de Barcelona y estaba colaborando en la realización de un curso sobre economía libertaria. De mi antiguo profesor Bruno no tenía novedades, o sea, que mientras no surgiesen nuevas colaboraciones con él, podía dedicar mi tiempo a este proyecto alternativo.

Ir a pasar la Navidad a la casa de Arenys de Mar era una opción que no me desagradaba en absoluto. Me gusta mucho el mar, y en invierno la playa está tranquila, prácticamente desierta. Pasear por la arena, sentir la brisa del mar, el frío suave y húmedo de la costa, el gusto salado del aire, eran sensaciones que disfrutaba y que me ayudaban a reflexionar, a pensar.

—Pero solo nos ha invitado a Arnau y a mí.

—¿Perdona? —La había entendido a la perfección, pero simplemente lo que acababa de oír escapaba a mi capacidad de comprensión. No solo por el hecho de que mi suegra «se atreviese» a invitar a Manuela y a Arnau y no a mí. También, y sobre todo, porque Manuela lo aceptara, e incluso se plantease seriamente ir a pasar las Navidades allí.

—Que mi madre nos ha invitado a Arnau y a mí a la casa de la playa.

—Y le habrás dicho que, o vamos todos, o no va nadie, ¿no?

—¿Por qué? Tú últimamente vas a la tuya y no cuentas con nadie. ¿Por qué tendría que hacerlo yo?

—¿Pero qué no ves que quiere enfrentarnos?

—¿Enfrentarnos? Eres tú quien está haciendo cosas raras. Quieres que vayamos a vivir a una comuna *hippie*...

—¿Pero qué comuna *hippie*? —la interrumpí—. ¿De dónde sacas eso?

—Estás bajando cada día a Barcelona, a perder el tiempo haciendo no sé qué, que seguro que es ilegal, en edificios que esos amigos tuyos han ocupado, y que cualquier día la Policía intervendrá y acabarás en la cárcel.

—Estás diciendo tonterías. Y te lo juro, espero que al menos seas consciente de ello.

—Siempre con esa amiga tuya, Lidia, siempre hablando de ella, de sus proyectos, de sus movidas, de sus ideas. Es muy fácil tener ideas y proyectos si no tienes responsabilidades, si no tienes alguien de quien preocuparte. Y es muy fácil ir deslumbrando a los hombres de las demás.

—Estás celosa.

—No. No estoy celosa. Pero tampoco soy ciega. Ahora exclamas y te escandalizas, pero hace meses que no tenemos relación de pareja. Que tú vas a la tuya, que solo te preocupas de tus cosas, de tus ideas, de tus proyectos. Te has olvidado de tu hijo y de mí.

—Manuela, te estás pasando tres pueblos.

—¡No! Te estás pasando tú. Y no te das cuenta. Ya tienes una edad, Jordi, y unas responsabilidades. Y no te haces cargo de ellas. Crece, por favor. Crece de una vez.

—¿Eres tú o es tu madre la que dice eso?

—Mira, Jordi, tienes un problema. He estado protegiéndote, apoyándote, esperando que tú mismo reaccionaras. Pero no lo haces. Cada vez va a más. Cada vez vas a peor. Yo ya no puedo ayudarte más. Tendrás que buscar a alguien que lo haga. Ayuda profesional, porque te hace falta.

—Vale. Es tu madre...

Manuela esta vez no me respondió con palabras. Su mano golpeó con rapidez mi rostro, propinándome una sonora bofetada. Mi primera reacción fue la de devolverle el golpe, multiplicando quizás la potencia, pero quedé en silen-

No quiero trabajar

cio, sin responder, cabizbajo, tocándome la mejilla. Manuela me miró durante unos segundos, con el labio tembloroso por la emoción. Después, se giró y desapareció.

## XL

Durante los días siguientes, Manuela y yo prácticamente no cruzamos palabra. Ella comenzó los preparativos para ir a la playa y yo continué con mi rutina diaria. Mis padres notaron el distanciamiento, y también les pareció raro que Manuela fuese y yo no. Pero no me encontraba de humor para explicarles nada.

Finalmente, Manuela y yo nos calmamos un poco, y restamos trascendencia e importancia al hecho de que ellos marcharan sin mí. Así, aquella Navidad transcurrió en una semitranquilidad, en la que compartimos fiestas y nos comportamos como una familia normal. Sin embargo, el periodo navideño finalizó, y Manuela no volvió.

Quedé solo y aburrido en casa de mis padres, sombrío y malhumorado. Me había creído realmente lo de que era posible vivir sin trabajar, y sin embargo ahora todo se derrumbaba a mi alrededor.

No les expliqué nada a mis padres, aunque era demasiado evidente que algo no funcionaba. Ellos respetaban mi silencio, pero el ambiente era serio, casi de velatorio. Pronto se hizo irrespirable para mí. Me sentía estúpido, falso, fracasado. Y doblemente fracasado por haberlos involucrado en mi aventura. Me sentía avergonzado ante ellos, y eso me indignaba. Mis padres me observaban y se daban cuenta del calvario por el que pasaba, pero no sabían cómo ayudar ni se atrevían a intervenir.

Así que cuando Lidia me comentó la posibilidad de quedarme a dormir en la misma casa okupada en la que ella vivía, preparé una pequeña maleta y me despedí de mis padres.

## XLI

Lidia vivía en un edificio okupado de Barcelona, deshabitado desde hacía tiempo, con otros quince compañeros. Cuando se ocupó el edificio, cerrado desde hacía más de diez años y en bastante mal estado, los propietarios pusieron la correspondiente denuncia. Ya habían pasado más de cuarenta y ocho horas desde la okupación, por lo que la Policía no podía actuar sin una orden judicial. Finalmente, mientras se esperaba la resolución del juzgado, se pudo llegar a un acuerdo con los propietarios y estos retiraron la denuncia.

Me la esperaba sucia y desordenada, en condiciones precarias, sin embargo, a pesar de que era vieja, su estado de mantenimiento era excelente. En la vivienda disponíamos de luz, agua e incluso internet. Manteníamos un fondo común a base de las aportaciones mensuales de cada uno de nosotros, que podían ser en euros, en moneda social o en horas de trabajo. Con esa aportación se compraban materiales, herramientas, y se realizaban las tareas de mantenimiento y de limpieza.

La limpieza y el orden en la vivienda eran normas básicas de convivencia. No solo por respeto mutuo, también por temas prácticos. La «insalubridad» de la vivienda podía dar un motivo a las fuerzas del orden para intervenir, con o sin resolución judicial, e incluso con o sin denuncia de propietarios de por medio.

Compartía habitación con dos compañeros más. Un cuarto no muy grande, pero que disponía de balcón, de armario y de un escritorio. La vida allí era austera y ordenada, organizada para permitir la convivencia de todos los que residíamos, pero también respetuosa y abierta, tolerante y consciente de que éramos personas distintas y de que teníamos que encontrar fórmulas intermedias de solucionar nuestras diferencias.

Llevé mi ordenador portátil y continuaba trabajando con mis clientes por internet. Prácticamente todas las mañanas me acercaba a una biblioteca cercana y dedicaba unas horas a distintas ocupaciones, entre ellas, a darle vueltas a una idea sobre un libro que quería escribir. Por las tardes —algunas— hacía talleres en la universidad libre o colaboraba en distintas tareas o proyectos. Algunos días acompañaba a Lidia a Ca l'Estruga y le echaba una mano, o simplemente paseaba y conversaba con unos y con otros.

Un tiempo antes me habían diagnosticado un colesterol algo alto y un poco de sobrepeso, así que por aquel entonces estaba siguiendo un régimen bastante severo. Eso me simplificó bastante la existencia, pues cocinaba una vez cada tres o cuatro días una buena olla de verduras y me alimentaba básicamente de esas verduras, que guardaba en la nevera común; de queso tierno; de pernil dulce y de tortas de maíz.

## XLII

Los primeros días en mi nuevo hogar vinieron acompañados de un persistente insomnio. No era solo el cambio de cama —de habitación, de casa, de ciudad, de compañeros...—. Era también el abrupto traspié ocurrido en mi relación con Manuela. Estaba despierto, estirado en mi cama, en la casi completa oscuridad de la madrugada, perdida toda esperanza de conciliar el sueño, en medio de la respiración lenta y pesada de mis compañeros, cuando sentí un leve sonido, como de un suave roce, proveniente de la puerta de la habitación. Me sorprendí ligeramente e intenté enfocar mi mirada en esa dirección. Me pareció observar una figura oscura que se desplazaba, aunque no podía estar seguro. De repente, la figura apareció ante mí, percibida más por el aire desplazado y por el calor corporal que por la vista.

—¿Lidia? —pregunté, al reconocer su olor.

—*Shhh...* —me contestó, mientras colocaba su dedo índice en señal de silencio sobre mis labios. Bien, en realidad sobre mi mejilla, para después recorrer con suavidad mi rostro hasta hallar mis labios y poder entonces hacer el gesto correctamente. Se acercó a mí hasta apretar su cuerpo desnudo contra el mío, y acercó sus labios a mi oído.

—Considéralo mi regalo de bienvenida.

## XLIII

Cuando desperté por la mañana, Lidia ya no estaba en mi cama. Por un momento quise pensar que lo que había pasado esa noche no había sido más que un sueño, pero los sueños no se recuerdan con tanta nitidez y profusión de detalles.

Me pasé un buen rato en la cama dándole vueltas a lo que había sucedido y qué supondría a partir de ese momento para mí. Apreciaba muchísimo a Lidia, pero no estaba en situación de iniciar ninguna relación amorosa con nadie. Eso solo podía complicar las cosas. Estaba, y quería seguir estando, centrado en pensar qué había pasado con Manuela y qué papel había tenido mi suegra en todo ello. Y también quería prestar mucha atención a mi relación con mi hijo, Arnau, al que no veía desde hacía casi un mes. Tenía que encontrar una forma de articular todo eso, de volver a hacer sitio en mi vida a Manuela y a Arnau, y de que ellos me hicieran sitio a mí. Pero sin que ello supusiese tener que renunciar a mis principios, a mis proyectos y a mis ideas. Y era difícil, francamente difícil. Y la influencia de mi suegra lo hacía aún más complicado. Si iniciaba una relación sentimental con Lidia, la complejidad de la situación se multiplicaría. Decididamente, no. No podía dar ese paso. Cuando viese a Lidia, lo aclararía todo. Lo de esa noche había estado bien —muy bien—, pero había sido un error y no podía repetirse. Quizás me costase mi amistad con Lidia, o quizás incluso tener que abandonar la casa en la que convivíamos, pero costase lo que costase, tenía que dejar las cosas claras.

Mientras aún seguía con mis reflexiones, Marcos entró en la habitación y golpeó mi colchón con el pie.

—Levanta dormilón. Lidia te está esperando.

Me incorporé con un sobresalto. No recordaba que había quedado con ella para ir a Ca l'Estruga, como casi cada jueves. Lidia visitaba la comunidad dos o tres días por semana, para organizar el espacio de aprendizaje y acompañar a los padres y a los niños, siguiendo un poco la filosofía de los CEPA<sup>21</sup> que Rebeca y Mauricio habían organizado en Ecuador y también la forma de trabajar de la pedagogía Waldorf.

Miré la hora. Casi las ocho. Teníamos que coger el tren en veinte minutos si queríamos llegar a Sabadell antes de las nueve. Desde la estación de la Rambla, alguno de los miembros de la comunidad nos llevaría hasta la casa. Y después de comer, una vez concluida la actividad, el mismo recorrido en sentido inverso.

Por un momento me quedé sin saber qué hacer, hasta que Marcos insistió.

—¡Tío! ¡Va!

Me levanté y me vestí. Aún no estaba preparado para enfrentarme a Lidia y decirle que lo nuestro era imposible, pero tampoco podía hacerle perder el tren esperándome. Y simplemente no ir, argumentando algún supuesto malestar o compromiso sorpresa, me parecía infantil. Así que me aseé un poco y bajé a la cocina. Lidia me lanzó un sándwich de paté vegetal.

—Venga, vamos, que llegaremos tarde.

Nunca he entendido qué sentido tiene mezclar paté vegetal con pan de molde industrial, pero supongo que hay cosas que no están hechas para ser comprendidas.

En el tren, Lidia se sentó frente a mí y comenzó a hablar, explicándome unos incidentes con la Policía que habían ocurrido el martes en Sants.

Sentía una extraña sensación de irrealidad. Lidia se comportaba como siempre, exactamente igual que Lidia, que

---

<sup>21</sup> N. del E. - Centros de actividades autónomas.

la Lidia que conocía. Y lo que había sucedido esa noche parecía remoto, difuso, ilusorio. ¿Como un sueño?

Otras opciones aparecían en mi mente. Había otras mujeres viviendo en la casa okupa. Quizás no había sido Lidia. Quizás había sido Marina o Alba. Miré a Lidia y la observé durante unos instantes. No pude evitar pensar en que palpando su cuerpo saldría rápidamente de dudas, pero eso me pareció profundamente inadecuado.

—No me estás escuchando —me dijo Lidia.

Volví a la realidad, a aquel vagón de tren. No, no la estaba escuchando.

—Para nada —le contesté.

Lidia sonrió y comenzó a reír. Después me miró y me preguntó:

—¿En qué estás pensando?

Si había un momento adecuado para decirle lo que me pasaba por la cabeza y aclarar la situación de una vez por todas, era ese. Allí estaba la oportunidad, y allí mismo la dejé pasar.

Dediqué la mañana a deambular como un sonámbulo por Ca l'Estruga, mientras Lidia actuaba con total normalidad, con su jovialidad y dedicación habituales.

No podía creerme que estuviese sumido en las divagaciones que ocupaban mi mente. Era realmente patético. Se acercaba la hora de comer y aún me debatía entre si lo ocurrido la noche anterior había sido un sueño, o no. Y si no se había tratado de un sueño, si había sido Lidia u otra persona. Una cosa tenía clara —al menos una—, y era que se había tratado de una mujer. Sí, eso era seguro. Y también recordaba su olor, y era el de Lidia. No solo su perfume. También su aroma, su esencia. Así que finalmente descarté la posibilidad de que se tratase de otra persona. Ahora solo quedaba determinar si había ocurrido realmente o si era únicamente un sueño.

Cuando volvíamos en el tren hacia Barcelona, Lidia permanecía en silencio. Por mi parte, finalmente había llegado a una conclusión obvia: sí había pasado la noche con Lidia. Cuando me rendí a la evidencia, mis dudas y divagaciones me parecían entonces una soberana estupidez, más propias de un niño, no, más bien de un idiota, y no de una persona adulta, con estudios, padre de familia y todo eso.

Una vez recuperada mi sobria compostura, consideré oportuno tratar abiertamente con Lidia el asunto que ocupaba mi mente.

—Lidia, esta noche, cuando has venido a mi cama...  
—comencé.

—Yo no he ido a tu cama esta noche —me contestó, para instantáneo desespero de mi cordura—, aunque me parece que he tenido el mismo sueño que tú. —Y me sonrió con picardía.

## XLIV

Mi preocupación sobre hacer daño a Lidia con mi rechazo a mantener una relación quedó en una estúpida elucubración de mi conciencia. Para Lidia, lo ocurrido la otra noche simplemente no había pasado, no había sido más que un dulce sueño compartido.

Y esto era perfecto, ya que me libraba de cualquier incómoda consecuencia, incluso remordimiento. Y no lo era en absoluto, porque para mí Lidia no sería nunca más solo una chica alegre y voluntariosa, sino que en adelante y para siempre, aparecería ante mí como una mujer fascinante y extraordinaria, que me golpeaba con intensidad con su presencia cada vez que coincidíamos. Eso me hacía sufrir. Sufrir con intensidad y en muchos sentidos.

Sufría, me recriminaba a mí mismo por mi falta de madurez al ser incapaz de aceptar el regalo que ella había decidido hacerme.

Sufría porque sabía que, aunque la había tenido en mis brazos, la distancia que nos separaba era inaccesible, insalvable. Ella estaba totalmente fuera de mi alcance, y eso me hacía sentir, además, estúpido por haber especulado con que pudiésemos mantener una relación sentimental.

Sufría porque no podía seguir disfrutando de su compañía, de nuestras conversaciones, de los proyectos en los que colaborábamos. Me sentía tenso a su lado, nervioso, expectante, rígido. Y poco a poco, mi actitud levantó barreras entre nosotros y nos alejó.

Y sufría porque Manuela y Arnau habían pasado a un segundo plano y me sentía infame y despreciable por haberlo permitido. Y sin embargo no hacía nada por remediarlo, con lo que aún me sentía más despreciable y miserable.

En la provincia de Girona, cerca del Pirineu, un grupo intentaba poner en marcha una ecoaldea y necesitaba ayuda en la construcción de las infraestructuras y en la preparación de los cultivos. Me pareció una oportunidad excelente para conocer de primera mano el nacimiento de una de estas comunidades de economía socialista-científica de la que tanto hablábamos en la universidad —en la libre y en la otra—, y también suponía una oportunidad idónea para alejarme de Lidia y darme tiempo para reflexionar, para aclarar mis ideas y para darme cuenta de dónde me encontraba realmente y hacia dónde me dirigía.

El proyecto de La Pineda, que es el nombre con el que se conocía a la comunidad, debía basarse en la producción de alimentos ecológicos, principalmente agrícolas, para la subsistencia de los comuneros y para la venta. Las familias que formarían parte de la comunidad, una vez constituida realizaban una aportación de unos diez mil euros por persona. Ese dinero se utilizaba para la compra de los terrenos y para adquirir los materiales necesarios para la construcción de las viviendas, los espacios comunes y los invernaderos.

Para reducir los costes, las viviendas las construíamos siguiendo métodos ancestrales —aunque bastante actualizados y revisados—, fabricando adobes artesanalmente y utilizando madera de los alrededores para crear las estructuras. Eso facilitaba que las edificaciones se integrasen y fuesen respetuosas con el entorno. El diseño tenía en cuenta la disposición y orientación de las viviendas para aprovechar al máximo la sinergia energética con el ambiente, buscando moradas cálidas en invierno y frescas en verano.

Trabajábamos también en un ingenioso sistema de turbinas generadoras de electricidad que queríamos colocar en el riachuelo cercano, de forma que no alterara el cauce del mismo ni provocara barreras artificiales. También estábamos

construyendo un aerogenerador y planificando el despliegue de placas solares.

Ya había un par de invernaderos en funcionamiento, que mantenían la temperatura interior mediante un sistema de lámparas, acumuladores y placas fotovoltaicas.

La comunidad se organizaba de forma asamblearia, aunque bajo las normas establecidas por los «fundadores» del emplazamiento, que eran los que habían desarrollado el proyecto inicial y los que determinaban las líneas a seguir y la administración del presupuesto. Su actitud era firme y autoritaria, y sostenía y vertebraba el proyecto.

Vivíamos en una vieja edificación acondicionada como refugio. Cuando llegó el buen tiempo, también se instalaron algunas tiendas de campaña. Poco a poco se fueron completando las primeras viviendas, y algunas familias se instalaron en ellas.

Los colaboradores trabajábamos cerca de diez horas diarias en duras tareas manuales, construyendo o cultivando. Durante los meses que estuve en La Pineda, dediqué mi tiempo a trabajar el campo, a escribir y a debatir con mis compañeros sobre economía social, revolución, crisis y cambios.

Algunas noches, cuando nos sentábamos alrededor del fuego a cenar y conversar después de una larga jornada de trabajo, y alguno cogía la guitarra, la gralla<sup>22</sup> o el hang,<sup>23</sup> me sorprendía a mí mismo sonriendo ante la extraña contradicción que suponía ver a un activista antitrabajo —que era como me consideraba a mí mismo— trabajando en condiciones propias de los tiempos de la esclavitud, solo a cambio de comida y alojamiento.

---

<sup>22</sup> N. del E. - La gralla es un instrumento de viento tipo oboe consistente en un tubo cónico, de unos treinta y cinco centímetros. Está hecha de madera reforzada con argollas.

<sup>23</sup> N. del E. - El Hang es un instrumento musical de percusión que por su forma recuerda a un platillo volante. Es el resultado de una investigación científica con acero y distintos instrumentos de percusión; entre ellos el gong.

## XLV

Llevaba algunos meses en La Pineda cuando recibí un correo electrónico de Manuela. Era un mensaje escueto, pero emotivo. Me decía que habían ocurrido cambios y que nos teníamos que ver.

Envié el mensaje a la papelera, y después la vacié para eliminarlo definitivamente.

No es que no me importase lo que tuviera que decirme, pero no tenía ningún interés en verla. Aquel período de «confinamiento» campestre había conseguido serenar mi ánimo y calmar mis tensiones, y lo último que deseaba era iniciar un nuevo conflicto.

Además, ya sabía qué era lo que me quería comentar. Por lo que me habían explicado, Manuela había acabado harta de las intromisiones y manipulaciones de su madre respecto a la educación de Arnau, y al final había optado por ir a vivir con una chica divorciada que también educaba a sus hijos en casa. Hacía unos dos meses de eso, y supongo que había esperado hasta estabilizar la nueva situación, antes de ponerse en contacto conmigo.

Unos días más tarde volví a recibir un correo electrónico suyo, que siguió el mismo camino que el anterior.

Pasaron unas semanas en las que no tuve más noticias tuyas. Y entonces, de repente, un aluvión de mensajes a cada cual más dramático. Había preguntado por mí en casa de mis padres y también en la universidad, a Bruno, y nadie le había podido dar información sobre mi paradero. Finalmente recibí un correo suyo implorándome que al menos le dijese si estaba vivo o muerto. Extraña petición, porque si estuviese muerto, difícil resultaría contestarle.

Le envié la siguiente respuesta: «Estoy vivo. Quiero ver a Arnau». Seis palabras después de casi medio año de distanciamiento.

## XLVI

Quedamos en un parque de Girona. Cuando Arnau me vio, vino corriendo a buscarme y me cogió de la mano. Yo lo levanté y le di un sonoro beso y un abrazo. Manuela se acercó y me dio un beso en la mejilla que no correspondí.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bastante bien —le contesté.

—Está muy fuerte, mamá. Mira qué músculos —gritó Arnau.

En los meses que llevaba trabajando en la comunidad me había adelgazado y fortalecido bastante. Trabajar al aire libre y el efecto del sol habían curtido y bronceado mi piel y, en general mostraba un aspecto más saludable.

—Se te ve muy bien —convino Manuela—. Pensaba que quizás te había pasado algo, o que habías caído en las drogas o el alcohol y estabas en la indigencia, sin hogar, viviendo en las calles...

—Gracias por la confianza —la interrumpí. Por Dios, vaya melodrama trágico que se había organizado. Arnau tiró de mi mano.

—Papá, vamos a dar una vuelta —me dijo con impaciencia.

—¿Queréis ir solos? —preguntó Manuela.

—Sí, lo preferiría —le contesté.

Comenzamos a andar hacia el interior del parque, Arnau apretándome la mano con sus deditos y hablando alborotado sobre la nueva casa donde vivían y sus nuevos compañeros de vivienda.

—Soy el único hombre de la casa, ¿sabes? Ana es la madre, y es mujer. Y Tania y Clara son las hijas, y son niñas. Y mamá también es mujer.

Veía sumamente cambiado a Arnau. Seis meses es mucho tiempo cuando se trata de un niño de siete años.

—¿Qué tal te llevas con ellas?

—Con Tania muy bien. Jugamos mucho, pero Clara es una pequeñaja llorona y siempre está quejándose de que no le hacemos caso y no queremos jugar con ella.

—¿Y le hacéis caso?

—No mucho... —me dijo algo distraído. Entonces se giró y comprobó que Manuela no estuviese en nuestro campo de visión.

—Mira —me dijo, mientras me mostraba un pequeño aparato circular que había sacado de su bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Es una de esas cosas que tienen los *youtubers*, que el Rubius<sup>24</sup> tiene muchos millones. Pero este es *GSM* o algo así.

Cogí el pequeño dispositivo y lo examiné. Al girarlo pude leer: «GPS Surveillance».

—¡Es un seguidor GPS! —exclamé con sorpresa e indignación.

—¡Eso! —dijo alegre Arnau—. Mamá me ha dicho que si me secuestras, con este aparato podrá saber dónde estoy.

En un arrebato de rabia aplasté el artefacto en mi mano y arrojé los fragmentos tan lejos como pude.

—Entonces, ¿me vas a secuestrar?

—No, no te voy a secuestrar. No sé por qué dices eso.

—Como has roto al pobre seguidor...

—Es que me ha dado mucha rabia.

—Pues me parece que valía una pasta...

Sonreí ante la aguda ingenuidad de mi hijo.

---

<sup>24</sup> N. del E. - Rubén Doblas Gundersen, más conocido como El Rubius o Rubius (Mijas, 1990). Videoprodutor en la plataforma YouTube de origen español. A fecha de febrero de 2016, con más de quince millones de **seguidores**, es el youtuber con más suscriptores de su país, el segundo en lengua española y el cuarto más popular de YouTube a nivel global. La temática principal de sus vídeos son los videojuegos comentados, tratados de una forma humorística.

—¿Quieres que te secuestre? —le pregunté, acercándome provocadoramente a él.

Me sonrió y se encogió de hombros.

—Si tú quieres...

Y entonces, con grandes aspavientos y poniendo cara de pirata, agarré a Arnau por la cintura y arranqué a correr a través del parque, simulando los movimientos y sonidos de un simio para alborozo y jolgorio de mi hijo. Después, al llegar a un espacio cubierto de césped, me dejé caer aparatadamente y rodamos sobre la hierba. Me quedé estirado mirando al cielo, respirando agitadamente.

—¿Se ha acabado ya el secuestro? —me preguntó Arnau.

—Me temo que sí... Este pirata ya no tiene más fuerzas...

—Entonces tendremos que volver.

—Me parece que no nos queda otro remedio —convine.

—¿Volverás a secuestrarme?

—Te lo prometo.

## XLVII

Conforme el proyecto de La Pineda avanzaba, más crecían las controversias y las dificultades en el seno del mismo. Habían surgido profundas divergencias entre diferentes miembros de la comunidad, que habían desembocado en el abandono por parte de una de las familias integrantes, que exigía la devolución de las cantidades aportadas. Pero ese dinero ya no existía. No solo eso, sino que las aportaciones serían insuficientes para completar las viviendas. Era necesario que se incorporasen nuevas familias al proyecto, pero no había consenso sobre cómo facilitar tal posibilidad, ni en las repercusiones que eso podría tener.

Dos de los que habían iniciado el proyecto comenzaban a estar cansados, quemados del trabajo realizado y de los problemas que surgían, y amenazaban con abandonar también la iniciativa. Por su parte, el tercero de los fundadores había dejado bien claro que mantendría el proyecto contra viento y marea hasta el final, aunque tuviese que hacerlo todo él solo.

Para mí, La Pineda constituía una etapa que llegaba a su fin, y preparaba ya mi vuelta a Barcelona.

## XLVIII

En el tren, en dirección a la Ciudad Condal, repasaba los meses pasados en La Pineda y especulaba sobre qué me encontraría al volver a la casa. Convivir de nuevo con Lidia, compartir tiempo con ella, conversar... ¿Reaparecerían aquellos sentimientos que me torturaron tiempo atrás, o habría aprendido a gestionar mis emociones y a aceptar lo que me ofreciese —y lo que no me ofreciese— sin expectativas ni vanas interpretaciones?

Llegué a Barcelona a media tarde. Me dirigí andando a la casa bajo el sol de la sobremesa; mis pertenencias colgando de mi hombro en un petate; sintiendo el calor de la tarde de julio y dejando que los olores y sonidos de la calle, despertaran mis recuerdos.

Entré en la casa y comencé a encontrarme rostros conocidos que me saludaban y me recibían con efusividad y afecto. Una sonrisa perenne se dibujó en mi rostro. Sentía que había vuelto a mi hogar, y que mi hogar me extrañaba. En la sala común vi a Lidia, que conversaba animadamente con otros dos compañeros. Se giró hacia mí cuando entré en la sala y me dirigió una cálida sonrisa, a la que correspondí con otra y una respetuosa inclinación de cabeza. Me dirigí a mi habitación, dejé mis cosas y me estiré en la cama, cansado y satisfecho. Cerré los ojos y, sin pretenderlo, me quedé dormido. Cuando desperté, Lidia estaba sentada a mi lado y sostenía mi mano entre las suyas.

—Bienvenido —me dijo.

Me incorporé y la abracé.

—He vuelto.

Me separé de ella y cogí sus manos. Sentía su olor y su calidez envolviéndome. Me sentía bien, en paz, a gusto. Me sentía en casa, no sabía si de nuevo o por primera vez, pero en casa al fin. Miré a Lidia a los ojos y le sonreí.

—Quizás esta noche soñemos juntos otra vez —me dijo.

## XLIX

—Llevamos trescientos años de socialismo y aún seguimos enganchados a la manzana de Eva.

Había interrumpido inconscientemente la perorata de Darío sobre trabajo comunitario, focos revolucionarios, insurgencia, proletariado y comunidades socialistas, arriesgándome a provocar su irritación.

—¿Perdona?

Habíamos formado una especie de *think tank*<sup>25</sup> revolucionario, en el cual debatíamos sobre qué acciones concretas se podían llevar a cabo para encender la llama del cambio. Nos reuníamos en las salas de la universidad —la libre— o en algún local. Cuando la temperatura lo permitía —o casi lo forzaba—, también nos reuníamos al aire libre, en algún parque o en la playa. Discutíamos y especulábamos, repasando acontecimientos e interpretando eventos, enzarzándonos en agrias disputas que parecía que no tendrían solución.

Todos me miraban, sorprendidos de que metiese a la mujer de Adán en el debate. Y más sorprendido estaba yo, que había dejado caer la manzana allí en medio sin saber bien por qué.

—¿Qué le dijo Dios a Adán y a Eva cuando los echó del paraíso? —les pregunté después de reflexionar durante unos instantes.

Esto aún los sorprendió más, y varios de mis compañeros soltaron alegres risas.

---

<sup>25</sup> N. del E. - Un *think tank* o laboratorio de ideas es un grupo de expertos de naturaleza investigadora, cuya función es la reflexión intelectual sobre asuntos de política social, estrategia política, economía, milicia, tecnología o cultura. Pueden estar vinculados o no a partidos políticos, grupos de presión o lobbies, pero se caracterizan por tener algún tipo de orientación ideológica marcada de forma más o menos evidente ante la opinión pública.

—¿Que te han lavado el cerebro en La Pineda? —se rio Ruben.

—¡Ja, ja, ja! Te han atrapado los pastores de la bondad y la paz de la montaña —espetó Alejandro al borde de las lágrimas.

Sonreí a mis compañeros, esperando que el ataque de hilaridad pasara.

—«Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces. Con dolor darás a luz a tus hijos»<sup>26</sup> —intervino José Pablo.

Rubén y Alejandro se sostenían el estómago con la mano, incapaces de contener sus carcajadas, más aún ante el tono solemne y trascendental de José Pablo.

—¡Oh, por favor! ¡La Iglesia nos invade! —exclamó entrecortadamente y riendo, Rubén.

—¿Y a Adán? ¿Qué le dijo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—«Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra»<sup>27</sup> —completó José Pablo.

—Sí, eso me suena —dijo Darío.

—Es decir, trabajarás para vivir —intervine con voz categórica—. Y todos sabemos quién es Dios.

—Tienes toda mi atención —comentó Darío cruzándose de brazos y mirándome fijamente.

—Es Dios quien impone la obligación de trabajar. Y nosotros estamos aquí, dándole vueltas y más vueltas al tema, y no nos alejamos ni un centímetro de esa «obligación divina». Y sé lo que me digo. Acabo de pasarme seis meses trabajando como un esclavo en una comunidad basada en el socialismo científico.

---

<sup>26</sup> Génesis 3:16

<sup>27</sup> Génesis 3:19

—Y con todo esto, ¿a dónde quieres llegar? —me preguntó Darío expectante.

—Pues la verdad es que no lo sé. Me ha pasado por la cabeza y lo he soltado así, sin más, sin reflexionar demasiado en ello.

Rubén y Alejandro habían conseguido calmar su ataque de incontrolable chanza.

—¡Uf! —dijo Rubén mientras posaba su mano en mi hombro—. Al final era metafórico. Me había espantado, de verdad. —Alejandro volvió a doblarse sobre sí mismo en una recaída de carcajadas, mientras Rubén sofocaba con la mano las que se le escapaban por la boca.

Darío se levantó de su silla.

—Yo ya he tenido bastante por hoy. Lo de la manzana de Eva supera mi capacidad de aguante. Nos vemos mañana. —Saludando con la mano se alejó en dirección a la salida.

Dirigí un respetuoso saludo a José Pablo, que se levantaba de su asiento para retirarse también. Me giré entonces hacia Rubén, que aún reía sus ocurrencias con Alejandro.

—Lo encuentras gracioso, ¿verdad? —le dije mientras me acercaba amenazante a él.

—Oye, no te lo tomes a mal, ¿eh? —dijo mientras retrocedía despacio.

—Pues ahora te voy a explicar algo realmente gracioso yo a ti —dije saltando sobre él, inmovilizándolo en el suelo, haciéndole crueles cosquillas en las axilas, sin atender a sus gritos de auxilio ni a sus demandas de piedad; mientras Alejandro se revolcaba sin remedio por el suelo, riendo sin parar, saltándole las lágrimas de los ojos.

## L

—Esta es la manzana de Eva. Quiero que todos la mordáis y así os condenéis a vagar por este valle de lágrimas para el resto de la eternidad.

Darío había traído una hermosa y brillante manzana roja a la reunión. Le pasó la manzana al compañero que tenía a su izquierda, que la mordió con orgullo y decisión. Lo mismo hizo el siguiente, y el que estaba más allá. Cuando la manzana llegó a mí —o más bien, lo poco que quedaba de ella—, no había ningún espacio «virgen» en su superficie. Sostuve el prohibido y húmedo trofeo por el rabito y se lo mostré a Darío.

—No pienso morder esta porquería —le dije.

—Tranquilo, el árbol del pecado es fecundo. —Sacó otra manzana de su bolsa.

Darío recogió los corazones de las dos manzanas pecaminosas, los colocó en el centro de la mesa y los aplastó con un golpe de la palma de su mano, esparciendo pedazos de fruta y gotas de jugo por toda la superficie.

—Con esta ceremonia damos por constituido el *think tank* revolucionario de la manzana de Eva.

—Bueno —comenzó a hablar Darío de nuevo, una vez que la mesa había sido convenientemente limpiada y los restos de manzana retirados—, creo que, ahora que las formalidades ya han sido completadas, ha llegado el momento en que el ideólogo del grupo de la manzana de Eva tome la palabra.

Todos los presentes aplaudieron sus palabras y se giraron hacia mí —parece que todo el mundo, excepto yo, tenía claro quién era el ideólogo ese del que hablaba Darío—, esperando que dijese algo. Pero por el momento no tenía nada que decir, así que me limité a sonreír estúpidamente y a mirar a mis compañeros.

—Bien, quizás podríamos dejar que fuese Susana la que pronunciase las primeras palabras, ya que es la única persona de entre nosotros que comparte sexo con Eva — dije, intentando desviar el foco de las miradas.

—Recapitulemos entonces —dijo Susana—. De la última reunión extrajimos la idea de que el trabajo era una imposición del poder. Pero esto no es nada nuevo. ¿Qué es la manzana de Eva? ¿Un nuevo movimiento de reivindicación de una renta básica universal?

—Yo, si me permitís —comentó Alejandro—, me gustaría llamar vuestra atención sobre el nombre escogido. Creo que no es correcto, y propongo traducirlo completamente y que sea: *Eve Apple Revolutionary Think Tank*.

—Un poco imperialista, ¿no crees? —le replicó Rubén.

—Pues entonces traduzcámoslo al español: Recipiente revolucionario de pensamientos, la manzana de Eva.

—¿Qué es lo revolucionario? ¿El recipiente o el pensamiento? —intervino José Pablo.

—Es verdad —volvió a intervenir Rubén—. Lo has dicho al revés. Un recipiente revolucionario. ¿Qué lleva, la foto del Che dibujada?

—Nosotros somos el recipiente, idiota, y nosotros somos revolucionarios.

—Pero nuestros pensamientos también lo son —concretó José Pablo.

—Entonces el nombre debería ser: Recipiente revolucionario de pensamientos revolucionarios, la manzana de Eva —sugirió Susana.

—¿La manzana es revolucionaria? —preguntó Darío—. Quiero decir, que si la manzana también es revolucionaria, quizás deberíamos especificarlo también: Recipiente revolucionario de pensamientos revolucionarios, la manzana revolucionaria de Eva.

—Bueno, la verdad es que Eva también es revolucionaria —puntualizó Susana—. De hecho es la primera contestataria ante el poder de la historia. Le impusieron una norma y la incumplió. Más revolucionario que eso no puede haber nada. Yo voto por: Recipiente revolucionario de pensamientos revolucionarios, la manzana revolucionaria de Eva la revolucionaria.

—Bueno, vale, ya basta. Está bien. Dejemos el nombre como está. —Se rindió Alejandro.

—¡Por supuesto! —exclamé en ese momento.

—Este cae ahora de la higuera —le dijo Rubén en voz baja a José Pablo.

—¿Por supuesto, qué? —preguntó Alejandro.

—Claro. ¿Cómo no lo he pensado antes? He estado ciego para no verlo —exclamé.

—¿Para no ver el qué, por favor? Me estás poniendo nervioso —insistió Alejandro.

—Por favor, amadísimo líder de la manzana de Eva, ilumínanos con tu sabiduría para que podamos seguirte — suplicó solícito Darío.

—Es muy sencillo. Una ciudad de los vagos está fuera de nuestro alcance. Pero un pueblo de los vagos, no. Y podemos crear uno, y después otro, y después otro, y organizarlos en una red de cooperación. —Estaba entusiasmado con mi ocurrencia, y hablaba sin parar, más para mí que para los demás—. Es que en realidad, es casi mejor que la ciudad. Más flexible, más dinámico, más escalable... ¡Es genial!

Se hizo un profundo silencio en la sala, mientras mis compañeros me observaban sin pestañear y con expresión de profunda sorpresa en el rostro.

—Darío, tío. Para de decirle que si *líder*; que si *amadísimo*; que si *ideólogo*; que si *sabio*; que después se le sube a la cabeza y no hay quien lo entienda —dijo Rubén.

—Más que una ciudad de los vagos, lo que habrá que montar es una ciudad de los locos, que ya tenemos un candidato —espetó José Pablo.

—Intelligentísimo intelecto superior iluminado por la gracia divina —comenzó Darío—, agradezco su extraordinaria y amable explicación. Pero Jordi, tío, te juro que no sé qué fumáis en La Pineda, pero sea lo que sea, mira de dejarlo, porque no se te entiende una mierda.

»¿Qué coño es eso de la ciudad de los vagos? ¿De dónde te lo has sacado?

—Es una ciudad utópica en la que no es necesario trabajar. Es un relato corto de un autor del que tuve la suerte —o la desgracia— de leer —expliqué.

—¡Ah! ¡Vale! —Resopló Susana—. Te aseguro que por un momento he pensado que se te había ido la olla.

—De acuerdo, eso es la ciudad de los vagos. Y un pueblo de los vagos, ¿qué es? —preguntó Darío.

—La ciudad satisface todas las necesidades de la población. El pueblo de los vagos solo satisfaría una de ellas, aunque de forma notable. Pero habría más pueblos, que también cubrirían una necesidad, aunque diferente. Todos estos pueblos formarían una red, y de esta forma satisfarían todas sus necesidades.

—Sin trabajar...

—Sí. La producción sería automática, robotizada.

—Pero algo habrá que hacer, digo yo.

—Mínimas tareas de mantenimiento y de supervisión, que se pueden realizar de forma voluntaria.

—¿Y qué hace la gente en ese pueblo todo el día? ¿Ver la tele? —preguntó Susana.

—Por eso los llaman vagos —comentó Darío.

—Trabajar —les dije.

—¿Trabajar? —cuestionó Darío—. Pues entonces no veo la manzana de Eva por ningún sitio.

—Trabajan en aquello que les apetezca, si es que les apetece —concluí.

Estuvimos debatiendo durante casi dos horas sobre la coherencia de una propuesta así, y durante dos horas estuve defendiendo y argumentado a favor de la misma. A cada cuestión o reparo que me transmitían mis compañeros, yo encontraba una respuesta adecuada —más o menos—, hasta que, quizás más por aburrimiento o cansancio que por convicción, la discusión amainó y finalmente Darío se encogió de hombros.

—Bien. Parece que, como mínimo, tenemos un tema de debate aquí —dijo—. La cuestión es: ¿Nos interesa profundizar más en esta vía? Es decir, ¿queremos seguir pensando en ella, elaborándola y explorándola? Jordi ha expuesto de forma madura y convincente, y aparentemente sin fisuras, este planteamiento, pero hay mucho que hacer aún. Mucho por concretar, por elaborar. Tenemos que estudiar las implicaciones que supone y si este planteamiento concuerda con nuestro ideario político. Toca por tanto tomar una decisión. ¿Queremos dedicar nuestros esfuerzos a dar cuerpo a esta idea? A nivel teórico, quiero decir. ¿Cómo lo veis?

—A mí esto de los robots y de la producción automatizada me parece muy frío. Y muy occidental y capitalista. Y materialista también —comentó Alejandro—. Pero es una opción a explorar. Me parece que puede depararnos algunas sorpresas. Por mí de acuerdo.

—Estar de acuerdo supone compromiso a dedicar esfuerzos en su elaboración. ¿Sí? —Pidió Darío.

—Sí, sí. Pienso dedicar muchos esfuerzos en bombardear la línea de flotación. Para ver si es sólida, quiero decir.

—A mí también me parece bien —dijo Susana—. Es la misma comunidad autosuficiente que llevamos postulando décadas, pero liberando al hombre del trabajo. La manzana de Eva en estado puro.

—¿Comeremos manzanas en las reuniones? —dijo Ruben, con cara ingenua. Después sonrió antes de continuar—. Sí, también de acuerdo. Puede ser divertido.

—Por mí OK, claro —dije.

—Veo algunas complejidades, varios puntos débiles, incoherencias e inconsistencias. Y también me parece una forma nueva de enfocar un problema antiguo —aportó José Pablo—. Por mí adelante.

—Para que haya consenso —intervino Darío— no es necesario que estemos todos de acuerdo. Pero sí que es requisito que nadie esté en contra. —Y guardó silencio durante unos segundos mientras nos observaba a los demás con rostro serio. Se inclinó hacia delante y me señaló—. A mí también me parece bien tu descabellada idea.

## LI

Durante mi estancia en La Pineda dedicaba el tiempo libre de que disponía —poco— a escribir. De allí volví con un relato metafórico sobre el trabajo obligatorio al que puse por título *La muerte del esclavo*, el cual, en un ambiente místico de magia y espadas, realizaba una alegoría, como mínimo curiosa, de la sociedad moderna y del mundo laboral. El relato no daba para un libro —ni siquiera para uno de bolsillo—, así que lo completé con una breve exposición histórica de la evolución del trabajo a lo largo de los últimos siglos y algunas ideas acerca de su futuro. Aun así, el conjunto superaba escasamente las cien páginas.

Su reducida dimensión supuso a la postre una ventaja, ya que me facilitó publicarlo con una pequeña editorial alternativa. La excusa del libro me permitió llevar a cabo presentaciones y charlas en bibliotecas, asociaciones y otras entidades. Ahora sí me consideraba un revolucionario activista antitrabajo en toda regla y llevaba a cabo mi labor divulgativa de lo que consideraba que debía ser la nueva revolución.

—Hasta ahora hemos luchado por poder disfrutar del producto de nuestro trabajo, por liberarnos de la explotación, del engaño, de la especulación. Y es una lucha que aún no ha acabado, que aún está vigente. Pero no es nuestro límite. No es aquí donde debemos parar. Tenemos otro objetivo, otra lucha ante nosotros. Librarnos de la esclavitud del trabajo. No para no trabajar, sino para poder hacerlo en lo que nos apetezca, si nos apetece y cuando nos apetezca. ¿Por qué? Pues porque podemos. Porque el nivel de desarrollo tecnológico actual lo permite. Es una simple cuestión de voluntad, de querer hacerlo. ¡Pero esto no va a ocurrir si no hacemos algo para que ocurra!

No me pasaba desapercibido el cambio de posicionamiento que había experimentado durante el último año. Has-

ta mi separación de Manuela, mi postura ante el «advenimiento» del trabajo voluntario era solo pasiva. Se trataba de algo que iba a pasar inevitablemente, más tarde o más pronto, atendiendo a la evolución experimentada en el pasado, y mi papel era de mero observador.

Ahora este papel había cambiado. Por supuesto, aún creía que la desaparición del trabajo forzado ocurriría ineludiblemente, pero no por sí solo, sino a través de las acciones que se irían desencadenando, en sucesión necesaria con las acaecidas en el pasado. Y si este había de ser el camino, bien, pues quizás podíamos comenzar a desencadenar algunas de esas acciones.

—No es solo cuestión de tener en cuenta el bienestar de las personas y su libertad. También tenemos que comenzar a ser conscientes del ritmo de crecimiento que llevamos. Es insostenible. La fuerza productiva actual es excesiva, suficiente para proveer a la población de cinco planetas como el nuestro. Ha llegado el momento de comenzar a frenar, de consolidar y estabilizar lo conseguido hasta ahora, de revisarlo, de pulirlo, de extraer todo su potencial y de darle un grado mayor de eficiencia y quitarle unos cuantos grados de impacto.

Una abigarrada aunque no muy concurrida audiencia escuchaba entretenida mi disertación desde las butacas de la biblioteca de una no muy populosa ciudad del extrarradio metropolitano. Algunos jóvenes, la mayoría con auriculares en sus oídos; jubilados que se habían visto sorprendidos por la conferencia mientras leían el diario; algunas señoras con sus hijos sentados en la falda; dos o tres profesoras —claramente identificables por su mirada inquisidora—, colegas; conocidos; y un señor con traje y maletín que, desde un extremo de la sala, escuchaba con atención y tomaba notas.

—Hemos superado ya la etapa en la que nuestra principal preocupación era la mera subsistencia. ¡Podemos garan-

tizarnos la subsistencia! Y cuando la preocupación por los asuntos banales, fundamentales de nuestra existencia, queda resuelta, otras necesidades aparecen en escena: la autoestima, el reconocimiento, la autorrealización... Y es en ese momento cuando podemos comenzar a darles oportuna respuesta. Porque decidme, ¿quién proporciona más beneficios a nuestra sociedad? ¿Alguien que trabaja para comer, o alguien que, desde su autorrealización, comienza a crear, a descubrir y a aportar nuevo conocimiento a nuestro mundo?

No hay término medio en una conferencia. O consigues estimular al auditorio, interesarles, implicarles en lo que estás tratando, y entonces surge en los oyentes la pulsión de convertirse también en parlantes y de trasladarte sus cuestiones y aportaciones, o no lo consigues en absoluto y comienzan los bostezos y las miradas lánguidas al reloj. Y también es posible que consigas estimular a este auditorio, pero que, por no saber atender adecuadamente, por no dar pie a intervenciones del público, acaben aburriéndose. Observé que algunos de los asistentes parecían tentados a preguntar. Uno de los abuelos, la profesora de la derecha, ¿el joven de los cascos inmensos? ¿Estaba escuchando? ¿Y el hombre del traje? No, este no. Bien. Un poco más y doy paso a las cuestiones.

—En mi libro, cuando los esclavos dejaron de ser necesarios, sus amos trataron de eliminarlos. Y ciertamente así fue. Murieron los esclavos. Y permanecieron las personas. Aprendamos su lección y trabajemos para que aquí también desaparezca la esclavitud, aunque sea en una jaula de oro y con cojines de terciopelo, y se liberen las personas en toda su plenitud. —Y con esta grandilocuente conclusión di por finalizada mi exposición. Abrí paso a las preguntas y atendí al abuelete —los malos tragos cuanto antes mejor— que aún mantenía sobre las rodillas el diario que estaba leyendo, casi

como un mensaje de «a ver si acabas pronto y puedo continuar con mi lectura».

—Todo esto está muy bien. Pero si la gente no trabaja, ¿de dónde sale el dinero?

—Pues de donde sale habitualmente. El que tiene usted en su bolsillo, de la fábrica de la moneda, y el que hay en su cuenta corriente, de los bancos, que lo han «creado» mediante la concesión de préstamos. Y cuando los bancos se quedan sin «liquidez», son los bancos centrales los que crean, también mediante préstamos, más dinero. El dinero es como el agua que pone en marcha una turbina. Ha de fluir para que la economía funcione, pero existen «sumideros especulativos», entidades que acumulan capital y especulan con él.

—¡Pues qué cabrones! —exclamó el abuelito, que ya se levantaba para irse.

—Lo hacen porque se lo permitimos —contesté rápidamente, intentando que mi respuesta le alcanzase antes de llegar a la puerta de la biblioteca—. O más concretamente, porque lo permiten los bancos centrales, que evitan hacerles daño en su operativa. Si los bancos centrales mantienen un flujo suficiente de dinero nuevo, los «sumideros especulativos» se van a encontrar con la grata sorpresa —grata para nosotros— de que el dinero que contienen cada vez vale menos, y se van a ver obligados a ponerlo en movimiento. Pero claro, antes que los sumideros que comento, serán los bancos intermediarios los que sufrirán las consecuencias. De hecho ya lo están haciendo ahora. Podemos verlos a simple vista adelgazarse paulatinamente, y continuarán adelgazando hasta que vayan desapareciendo uno por uno. —El abuelete había dejado el diario en el mostrador y me dirigía un saludo desenfadado desde la puerta. Di paso a la profesora.

—Como maestra de una de las escuelas públicas de la ciudad —¡toma ya! ¡Vaya ojo que tengo!— lo que has expuesto me genera ciertas dudas. Desde este planteamiento

que has formulado, ¿qué papel hemos de representar los docentes? ¿Qué debemos enseñar a nuestros alumnos?

—Es esta una pregunta muy interesante. ¿Qué puedes enseñar a unas personas que van a vivir en una época muy distinta a la tuya? Veámoslo desde otro punto de vista que me parece más claro. ¿Qué podría enseñarte un hombre de Cromañón a ti? Pues seguramente muchas cosas. Pero las que él querría enseñarte, probablemente a ti no te interesarían —¿quién quiere pasarse tres meses aprendiendo a encender fuego con palos y hebras vegetales, cuando tiene a su disposición cerillas, encendedores y hasta lanzallamas automáticos?—, y los que a ti te interesarían, para él posiblemente no serán importantes ni tendría demasiado interés en comentarlos contigo. Lo mismo ocurre con tus alumnos. —Y rápidamente, sin darle tiempo a replicar, pasé la palabra al chaval de los cascos.

—Eso que dices es muy fuerte, tío —dijo, sin quitarse los cascos.

—¿Sí? —contesté.

—Joder, tú mismo. Llevo toda la vida aguantando el discursito: «Dani, estudia, que si no, el día de mañana serás un desgraciado»; «Sácate la ESO, que sin la ESO no puedes trabajar»; «Estudia un módulo para tener un título, que te veo en el paro toda la vida». Y ahora sales tú con lo de que el trabajar se va a acabar y que cada uno podrá hacer lo que quiera.

—Bueno, más o menos. Es algo por lo que habrá que luchar.

El chaval de los cascos se levantó de su asiento y se acercó a la mesa desde la que yo realizaba la presentación. Depositó un billete de diez euros y cogió un ejemplar del libro. Volvió entonces a su asiento, lo abrió y comenzó a leer. Otras dos personas siguieron su ejemplo y se acercaron a adquirir el libro. Otras aprovecharon el momento para levantarse, despedirse y abandonar la sala. Miré de nuevo al hombre

del traje. Continuaba sentado en su asiento, con su libreta de notas en la mano, pero sin mostrar intención de intervenir ni de consultar nada.

La que sí parecía dispuesta a intervenir era la profesora que había hablado antes. Se acercó a mí mientras dedicaba los libros que acababa de vender.

—Pues sinceramente, creo que yo podría aprender mucho de un hombre de Cromañón —me dijo con cierta aspereza—, pero no puedo estar de acuerdo con que me compares con alguien de la prehistoria. Me parece injusto e insultante.

—Mi padre, cuando era pequeño e iba a trabajar al campo, encendía el fuego con yesca y pedernal, igual que lo hacían los romanos hace dos mil años, y otros pueblos antes que ellos. Cuando tú y yo éramos pequeños, internet, los videojuegos, las redes sociales, no eran ni ciencia ficción —le contesté. Su rostro se encendió por un momento y su ceño se endureció, pero enseguida se relajó, al menos un poco.

—Y explico a mis alumnos todo lo que ellos me preguntan, todo lo que les interesa.

—¿Les has hablado acerca de tu sexualidad? ¿De cuántas veces haces el amor con tu marido? ¿De qué forma son tus pezones? ¿De cuándo te vino la regla, de cuándo te apareció el vello púbico, de cuántos años tenías cuando hiciste el amor por primera vez? —El rostro de mi interlocutora pasó en cuestión de segundos de un bronceado saludable al rojo intenso y de ahí a un violeta preocupante—. ¿De si castigas a tus hijos, o el dinero que ganas trabajando, o a qué te querías dedicar de pequeña? Y lo mismo te pasaría a ti con el hombre de Cromañón. Le preguntarías sobre qué hacen con sus muertos, sobre si cree en algún dios o en espíritus, sobre las relaciones sociales en su tribu, el amor, el sexo, la maternidad, la paternidad y el nacimiento. Y él se sentirá sumamente incómodo. Porque son temas que le afectan, que le incomo-

dan, que no entiende, sobre los que no tiene un discurso y para los que no dispone de palabras en su vocabulario. Con lo que se girará hacia ti y te amenazará con un fuerte gruñido a la vez que levanta sus peludos brazos. Igual te da un par de golpes y todo. Y otra vez a intentar encender fuego con la estúpida cuerdecita y el absurdo palito.

La profesora se quedó unos segundos boquiabierta, observándome, mientras por su rostro pasaban todos los colores del arcoíris, sin acabar de establecerse en ninguno de ellos. En un par de ocasiones hizo ademán de comenzar a hablar, pero no acabó concretándose ningún sonido. Entonces señaló hacia los libros.

—No creo que vendas muchos si tratas a tus clientes así —me dijo con tono, entre compungido y crítico.

—No quiero venderlos. Son mi excusa para poder ir por las bibliotecas explicando esta historia. Solo he imprimido doscientos. Cuando los venda, se acabó, ya no podré dar más conferencias —le contesté.

—Entonces véndeme uno, aunque solo sea para privar a otras personas de este sufrimiento.

Le entregué un ejemplar, que me devolvió de inmediato.

—Dedicado, si no te importa —me dijo, con cierta insolencia.

Le pregunté el nombre y escribí mi dedicatoria favorita de mi escaso repertorio.

—Gracias —me dijo cuando le entregué, esta vez dedicado, su ejemplar. Estrechó mi mano, me sonrió y se fue.

Los últimos asistentes comenzaban a desfilar hacia la salida. Una señora se mantenía dubitativa a unos metros de distancia, planteándose, supongo, si gastarse o no diez euros en el libro. Finalmente, abrió su monedero y consultó el estado financiero del mismo. Rebuscó en el interior, seguramente asegurándose de que le quedara calderilla para comprar el pan. Supongo que sí, porque se acercó y me pidió un

ejemplar. Mientras escribía la dedicatoria, el hombre del traje recogió sus pertenencias y pasó en dirección a la salida, saludándome cuando nuestras miradas se cruzaron.

Agradecí su hospitalidad a la bibliotecaria y me despedí de ella. A la entrada del recinto me esperaba Lidia. Hacía unos días que no la veía, y en las últimas semanas, con la movida de la publicación del libro y las presentaciones —hacía tres o cuatro por semana—, habíamos tenido poco tiempo para hablar o compartir.

—¿Quieres acompañarme a una fiesta? —me preguntó.

## LII

Según me dijo, la fiesta era en Corbera de Llobregat. Le habían dejado un coche y pudimos acercarnos hasta allí cómodamente. La fiesta tenía lugar en una casa a las afueras del pueblo. Era de nueva construcción, aunque se había edificado sobre lo que era un antiguo granero, en un espacio rural lindante a la población.

Había solo tres coches aparcados cuando llegamos, con lo cual seguramente sería una fiesta tranquila e íntima. Me parecía bien. Me sentía algo alterado, descentrado, con la actividad y excitación que comportaba el lanzamiento de mi libro. Presentaciones, promoción, aparición en medios de comunicación... —incluso alguna televisión local—. Una «fiesta» relajada podía ser un buen contrapunto, un calmante que me ayudase a ubicarme, a tocar con los pies en el suelo, aunque solo fuese durante un rato. Sonreí mientras pasábamos al interior de la casa.

En la sala de estar, un grupo de personas bailaban con movimientos lentos, pausados, siguiendo el ritmo melancólico y místico de la música de inspiración celta que el DJ<sup>28</sup> «pinchaba» en aquel momento. Había algunas personas estiradas en el suelo, meditando o descansando, o quizás bailando de forma estática;<sup>29</sup> mientras el resto se movían a su alrededor. En el centro, un joven completamente vestido de blanco danzaba con expresión trascendente.

Antes de pasar, Lidia me sujetó por el brazo.

—Quítate los zapatos. Cuando entres ahí dentro, no hables. Si quieres decirle algo a alguien utiliza gestos.

—¿Por qué? —pregunté.

---

<sup>28</sup> N. del E. - Pinchadiscos.

<sup>29</sup> N. del E. - El baile que describe el autor es el *ecstatic dance*, originario de Hawái; siendo el introductor en España el *disk-jockey* Albert Pala.

—Para que puedas quedarte en el cuerpo mientras bailas y no te vayas a la mente. Si quieres hablar, puedes salir de la sala y hacerlo por aquí fuera. Mira, el de blanco es Julià. La fiesta es por él.

Asentí y me quité los zapatos.

—¿Cómo se baila aquí?

—Como quieras o puedas —me contestó—. No hay normas. Solo no hablar. —Y pasó al interior.

Yo la seguí poco después. Pasé las siguientes dos horas danzando al ritmo que marcaban las diferentes piezas musicales que fueron sonando, cadencias a veces alegres, a veces salvajes, a veces tiernas. Y Julià, casi en trance, constituía el vórtice desde el que nacía la danza de los bailarines de aquella noche, que en su errar casi anárquico describían figuras de afecto y consideración hacia él.

—¿Siempre está así Julià, o es que hoy se había fumado algo especial? —le pregunté a Lidia cuando nos dirigíamos al coche.

—¿Así, cómo? —me preguntó ella a su vez.

—No sé. Así, raro. Te mira y parece que no te ve, que está en otro mundo. Y triste. O cansado. ¿No te lo parece a ti?

—Es algo distante, sí.

A mí me pareció bastante más que distante, pero Lidia no parecía interesada en añadir nada al respecto.

Subimos al coche y Lidia puso el contacto. Comenzó a maniobrar para salir del área de aparcamiento.

—¿Vive aquí? ¿Es su casa? —le pregunté.

—Sí. Vive con su mujer y su hijo pequeño.

—¿Estaban en la fiesta?

—Duna sí. Era la chica del traje lila. Marcos estaba durmiendo en su habitación.

—Ah, vale. Me acuerdo de la chica del traje lila.

Lidia no contestó. Y aún mantenía silencio diez minutos más tarde, cuando nos incorporábamos a la autovía.

—¿Y qué celebrábamos? ¿Era su aniversario? ¿Le han ascendido en el trabajo? ¿Se ha hecho evangelista? —pregunté.

—Se va —dijo Lidia por toda respuesta.

—¡Vaya! Era una fiesta de despedida, entonces. ¿Y dónde se va?

—Quién sabe... —contestó Lidia, casi más para sí misma que como respuesta a mi pregunta.

Llegábamos ya a la casa, después de haber devuelto el coche, cuando Lidia me cogió la mano y se detuvo.

—No quiero dormir sola esta noche. ¿Puedo dormir contigo? —me preguntó.

Lidia y yo pasábamos mucho tiempo juntos, pero no manteníamos una relación sentimental. En algunas ocasiones, pocas, habíamos «soñado juntos», pero solo de forma muy esporádica y furtivamente. Y después no habíamos hablado sobre ello. Me sorprendió su petición directa.

Asentí, con gesto de «por supuesto».

—Esta noche quiero tener alguien a mi lado. Pero no quiero que soñemos juntos. Que cada uno tenga sus propios sueños. ¿Podrás respetármelo? —me dijo.

Miré a Lidia a los ojos durante unos instantes, pensando en lo que acababa de decirme. Estaba realmente afectada por algo. Triste, deprimida, ella que era pura energía e iniciativa. Me dio pena verla así, y sentí una cierta impotencia por desconocer qué era lo que le causaba aquel estado y cómo podía ayudarla. Estuve a punto de preguntarle directamente qué le pasaba, pero no lo hice. Pensé entonces en que sí sabía cómo ayudarla. Porque Lidia me acababa de pedir un favor, y esta era toda la ayuda que requería de mí por ahora.

Entramos en la casa en silencio y nos dirigimos a mi habitación, que aún compartía con otros dos compañeros. Pasamos al interior en silencio y nos quitamos la ropa. En la cama, abracé a Lidia, y ella se acurrucó en mis brazos y se relajó. Dejó escapar un par de suspiros y quizás alguna lágrima.

Después, su respiración se hizo más profunda y lenta, y pensé que posiblemente ya se había dormido.

Por mi parte, demasiadas cosas rondaban mi cabeza y me dificultaban conciliar el sueño. Por otro lado, tener a Lidia en ropa interior entre mis brazos, tampoco ayudaba a relajarme.

«Bien» —pensé—, «¿qué puede pasar? Solo dos cosas. Que me duerma, y eso es bueno, o que no me duerma y pase toda la noche con Lidia en brazos, y eso aún es mejor».

Así que me relajé, cerré los ojos, sentí el olor y la proximidad de Lidia y, casi sin anticiparlo, me quedé dormido.

## LIII

Me desperté a la mañana siguiente cuando Lidia se levantaba. Aún tenía mi brazo sobre ella, y al intentar liberarse no había podido evitar el movimiento que me había despertado.

Recogió su ropa y se vistió. Mientras se ponía las mallas se giró hacia mí. Vio que estaba despierto y me sonrió, aunque era una sonrisa triste. Se puso sus zapatillas y salió de la habitación.

Aún no eran ni las ocho de la mañana. Demasiado pronto para levantarse. Estiré los brazos y bostecé.

—¡Bah! —pensé—, por un día que madrugue no pasará nada. —Me levanté y me vestí.

En la penumbra reinante a aquella hora, busqué a Lidia por toda la casa intentando no hacer ruido para no interrumpir el sueño de ningún compañero. No estaba en la sala ni en la cocina, ni tampoco en su habitación o en el lavabo. Después de recorrer toda la planta, subí las escaleras y me dirigí a la azotea.

Allí estaba, de rodillas, con los ojos cerrados, en posición de meditación, el rostro en dirección hacia el sol naciente.

Me coloqué a su lado, imitando su posición, y cogí su mano. Cerré los ojos y dejé que mi mente flotara libremente.

Llevábamos más de diez minutos en aquella posición cuando por nuestra derecha comenzó a llegar el sonido de las campanas de una iglesia cercana, que anunciaban las ocho de la mañana. La mano de Lidia se crispó sobre la mía, apretándola fuertemente, causándome un leve dolor. Abrí los ojos y la miré. Su rostro mostraba una expresión desconsolada, casi de terror. Gruesas lágrimas caían de sus ojos exageradamente abiertos y su boca se torcía en un gesto de amargura.

—¡Ha muerto! —me gritó con rabia, casi acusándome. No entendía absolutamente nada. ¿Quién había muerto? Allí

no había nadie más, ni tampoco ningún teléfono ni nada. Miré a mi alrededor para asegurarme, pero estábamos solos.

—¡Ha muerto! —continuó gritando Lidia.

—¿Quién ha muerto? —le pregunté. Empezaba a espantarme. Nunca la había visto así.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! —Comenzó a golpearme en el pecho con sus puños.

—¿Quién ha muerto?! —le grité mientras sujetaba sus manos por las muñecas—. ¡Por amor de Dios! ¿Quién ha muerto?!

Luchó para librarse de mi presa, mientras gritaba un «Nooooo» desgarrador y giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Intenté sujetarla, atraparla entre mis brazos, tratando de tranquilizarla susurrándole que se calmara, mientras ella repetía como una letanía inacabable: «¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!».

## LIV

Hacia las once de la mañana, Duna llamó a Lidia, que se mostraba bastante más calmada, aunque aún resbalaban gruesas lágrimas por sus mejillas.

En ese momento ya sabía quién era el supuesto muerto, aunque no entendía nada de nada.

—¿Julià? ¿Pero, no se iba de viaje? ¿Ha tenido un accidente? —Y si había tenido un accidente, ¿cómo lo sabía ella, allí, desde la azotea de la casa? No conseguía entender sus palabras, en medio de su llanto desconsolado, y menos aún, comprender el sentido de las mismas.

—¡Ese era el viaje, estúpido! ¡Déjame en paz! —Me había apartado bruscamente, abandonando la azotea, mientras un nuevo acceso de llanto hacía presa en ella.

Volví a encontrarla en la sala, derrumbada en un sillón, con el rostro escondido entre sus manos, encogida de dolor. Me senté a cierta distancia, observándola en silencio e intentando entender qué estaba ocurriendo. Pasó un buen rato, en el cual parecía que la escena estuviese congelada. Lidia no se movía ni hablaba, y yo no conseguía entender nada. Un par de compañeros se habían acercado a ella para consolarla y preocuparse por su estado, pero tenían aún menos idea que yo de lo que sucedía.

Entonces sonó su móvil y Lidia saltó del sillón con un sobresalto. Corrió hasta su habitación y volvió con el teléfono en el oído, hablando con una entereza y serenidad que hubiese considerado imposibles solo unos instantes antes.

Colgó y se dirigió hacia mí.

—Está en el hospital. ¡Vamos! —Y se dirigió hacia la puerta.

Pensé en recordarle que apenas un rato antes me había llamado estúpido y me había pedido que la dejase en paz,

No quiero trabajar

pero no creí que fuese el momento oportuno de entrar en recriminaciones absurdas.

—Entonces no ha muerto —dije, cuando la alcancé.

—No. No ha muerto. Aún.

## LV

—Ha pedido que la dejemos sola con él para despedirse.

Estábamos en el autobús cuando Lidia recibió un mensaje en su móvil comunicándole que Julià había fallecido. Poco después, en la sala de espera de urgencias, amigos y familiares de Duna, a los que recordaba de la noche anterior, nos ponían al tanto de los últimos acontecimientos.

Me sentía totalmente fuera de lugar, asistiendo a los más dolorosos momentos de un grupo de personas a las que hacía unas horas ni siquiera conocía.

Escuchaba fragmentos de conversaciones e iba formándome una imagen incompleta de lo que había pasado. Marcos, el hijo de Duna y Julià, que tenía unos dos años o así, estaba jugando en la falda de una señora de unos cincuenta años que supuse que sería su abuela.

—Duna ha sido muy fuerte —comentaba uno de los presentes.

—Ha cumplido su palabra —contestaba otro.

—Y Julià la suya —aportaba un tercero.

Hablaban en voz baja, clandestinamente, guardando silencio cuando las enfermeras u otros familiares se acercaban.

—Ahora, al menos Duna y Marcos no tendrán que abandonar la casa.

¿Fuertes? ¿Cumplir una palabra? ¿Abandonar la casa? ¿De qué iba todo aquello? Me acerqué a Lidia y la cogí por el brazo.

—Acompáñame, por favor —le dije.

Lidia se disculpó de los dos chicos con los que estaba hablando y me dirigió una mirada de seria protesta mientras me la llevaba casi en volandas hasta una zona más tranquila de aquella planta del hospital.

—¿Qué te pasa ahora? —me preguntó indignada.

—¡Julià se suicidó! —le dije, acusándola.

Lidia miró hacia los lados, rehuyéndome la mirada, sin intención de contestar. La cogí de nuevo por el brazo y la obligué a mirarme.

—¡Julià se ha suicidado! —insistí.

Me miró desafiante, casi con odio.

—¡Vaya! ¡No me digas! —me contestó con sarcasmo—. ¡Pensaba que habíamos venido a un certamen literario!

—¡Pero ayer tú sabías que se iba a suicidar! ¡Todos lo sabíais! ¡Y no hicisteis nada! ¡No hicimos nada! —Dios, me sentía como un vampiro, cómplice de la celebración de su muerte, colaborador en su deceso. Sucio como si lo hubiese matado con mis propias manos.

—¡Estúpido egocéntrico engreído! —me ladró Lidia. Parecía que lo de insultarme se había convertido en un hábito—. ¿Quieres parar de mirarte el ombligo aunque solo sea durante un segundo?

Su contundencia me impactó. Señaló hacia donde estaban los familiares y amigos de Julià y Duna.

—¡Tú ni siquiera los conoces!, ¡¿y te atreves a juzgarlos?! —continuó—. ¿Qué sabes tú de lo que hemos pasado nosotros durante este último año, haciendo todo lo posible, luchando, para evitar este desenlace?

Me sentía mareado, desbordado por unas circunstancias que me superaban. Por mi mente rondaban las palabras que había oído. ¿Qué quería decir que ahora no tendrían que irse de la casa? ¿Los iban a desahuciar? Y ahora, ¿por qué no? ¿Por el seguro de vida de Julià? ¿Podía ser? ¿Se había suicidado para saldar la deuda? La cabeza me daba vueltas. Me sentía mareado. Apoyé una mano en la pared.

Me giré hacia Lidia para contestarle cuando una pequeña forma que se acercaba llamó mi atención. Lidia siguió la dirección de mi mirada y se volvió.

—¡Marcos, guapísimo! ¡Ven con tu tita Lidia! —Y cogió al niño en brazos

—Dios —dije cuando vi de cerca a Marcos—, cómo se parece a... —Pero mi voz se ahogó en la garganta, que no permitía pasar el aire. Apoyé mi espalda en la pared y fui resbalando hasta quedar sentado en el suelo. Respiré profundamente—... a su padre.

Escondí mi cara entre las rodillas y comencé a llorar.

## LVI

—Cuando Marcos tenía un año, Duna lo llevaba casi cada día, normalmente por la mañana, a un grupo de juegos que habían organizado varios padres. Un día, salió como siempre y sentó a Marcos en la sillita del coche. El niño lloraba y ella se dio cuenta de que se había dejado el chupete, así que volvió a casa a buscarlo. Al abrir la puerta, se encontró a Julià colgando del techo.

Abandonamos el hospital cuando los de la funeraria vinieron a recoger el cuerpo para llevarlo al tanatorio. Lidia necesitaba que le diese el aire, y yo también. Cogimos el autobús hasta Colón y paseamos por la playa de la Barceloneta. Subíamos por la calle Verdi, en dirección a la casa.

—Entró corriendo y cogió a Julià por las piernas —continuó Lidia—, intentando mantenerlo en vilo. Mientras tanto, Marcos lloraba desconsolado en el coche, que Duna había dejado en marcha. Estaba sola, con su marido inconsciente o muerto, colgando del techo, un niño de un año en el coche y sin ningún vecino cerca.

—¿Qué hizo? —le pregunté.

Lidia se encogió de hombros.

—Mientras el niño llorase, señal de que estaba bien, así que se concentró en descolgar a Julià. Acercó la silla que estaba caída en el suelo, la puso de pie y se subió a ella, cargando el peso de Julià en su espalda.

Duna era una chica delgada, no muy alta. Julià medía metro setenta largo y debía pesar fácilmente ochenta kilos. Imaginaba a Duna bajo el peso aplastante de su marido, subida en precario equilibrio en una silla que crujía bajo la presión y amenazaba seriamente con romperse, mientras su hijo lloraba desconsoladamente en un coche en marcha. Sin palabras. Y aunque las hubiese tenido, la congoja que atenazaba mi garganta me hubiese impedido pronunciarlas.

—Primero intentó aflojar el lazo, pero la cuerda se había incrustado en la piel de Julià y no podía cogerla para tirar de ella. Además, tenía a Julià sobre ella y no podía verla, con lo que tenía que liberarlo palpando. Empezó a pelear con el nudo. Se dejó las uñas, alguna completamente, pero al final la cuerda se soltó y los dos cayeron al suelo. Marcos continuaba llorando, y Julià no respiraba. Intentó reanimarlo haciéndole el boca a boca y también masaje pectoral, hasta que tosió y abrió los ojos. Entonces Duna le soltó una bofetada tremenda. En el hospital, cuando más tarde atendieron a Julià, el médico le preguntó a Duna por la marca roja que permanecía aún en su mejilla.

—Llamó a la ambulancia cuando lo reanimó —dije.

—Sí, después de sacar a Marcos del coche. El niño ya no lloraba. Duna se espantó cuando corría hacia el coche al no oírlo llorar, pero simplemente se había quedado dormido, cansado de tanto esfuerzo. La ambulancia llegó rápidamente y en el hospital los atendieron de inmediato, pero Julià había pasado varios minutos sin recibir riego sanguíneo en el cerebro y le quedaron algunas secuelas.

—Ya te dije que le había visto cara rara.

—Hay diferentes tipos de suicidas. Los hay que avisan una y otra vez de que se suicidarán, y cuando lo intentan, son tan aparatosos y escandalosos que si lo consiguen es por casualidad. Y también los hay que no dicen nada, que no avisan, que no escriben ninguna nota. Que se suben a una silla y se van. Julià era de esos.

Continuamos caminando calle arriba, cruzándonos con otras personas que paseaban, que salían a comprar o que volvían de trabajar. La noche caía sobre la Ciudad Condal como el velo de la muerte del último día que vivió Julià.

—En el hospital advirtieron a Duna de que seguramente lo volvería a intentar, y él se lo confirmó. Julià ya no

tenía nada que hacer aquí, su tiempo se había acabado y cada segundo que pasaba, era para él un tormento. Probaron distintos tratamientos y le dieron tantas pastillas que casi parecía un zombi. Pero sabía que era cuestión de tiempo que volviese a intentarlo. Y entonces probablemente lo conseguiría. De nada le servían las súplicas. Él estaba decidido. Duna le decía: «Quiero que Marcos te recuerde, que se acuerde de tu cara», pero eso a él no le parecía más que una excusa. Entonces Duna pensó en lo del seguro. Le dijo: «Muy bien. Si quieres irte, vete. Pero antes de irte has de dejarnos el futuro solucionado». Y le propuso hacerse un seguro de vida. Estos seguros exigen, en caso de suicidio, que haya pasado más de un año desde la fecha de contratación. Esto le daba a Duna tiempo para intentar convencer a Julià de continuar viviendo. «Muy bien», le dijo él, «pero cuando llegue el momento, no quiero que me frenes». Y Duna le contestó: «Si eres capaz de aguantar, cuando llegue el momento te haré una fiesta».

—Y el momento llegó ayer.

—Sí. Y por eso celebramos una fiesta. —Algunas lágrimas amargas resbalaban lentamente por su rostro.

—No sabía eso de los seguros. Pensaba que si te suicidabas no te pagaban —le dije.

—¿Por qué crees que hay tanta gente que se suicida cuando van a desahuciarlos? Es casi como si les dijeren «muere y paga tu deuda».

—¿Y ahora qué? ¿Qué hará Duna?

—Tiene la casa en venta. Si no consigue encontrar un comprador, el banco la subastará y liquidará la hipoteca. Si sobra algo se lo darán, y si no, aún tendrá que pagar la diferencia. Después supongo que irá a vivir con sus padres a Valencia.

—¿Pero, y el seguro? —exclamé, perplejo.

—¿Tú eres idiota o qué? —gritó, girándose hacia mí con violencia. La gente que pasaba se volvió para mirar-

nos—. ¡No hizo ningún jodido seguro! Era solo una excusa para obtener más tiempo, para tener una oportunidad de salvarle la vida. Duna quería a Julià, no un puñado de sucios billetes. ¿Puede volver a la vida a Julià con ese dinero? ¿Puede, eh?

—Pero, pero... —Me había quedado estupefacto.

—¡Bah! ¡Es inútil! Eres un hombre y nunca lo entenderás. —Comenzó a andar a paso rápido alejándose de mí. Unos diez metros más allá se detuvo. La observé un instante, indeciso, desconcertado. Como no se movía, me acerqué. La alcancé y, con precaución, me puse frente a ella. Apretaba los puños y su rostro miraba al suelo, aunque sus ojos estaban cerrados.

—Gracias —me dijo.

—¿Eh?

Levantó el rostro y me miró.

—Gracias. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí. No hubiese podido llevarlo adelante sola. Gracias.

Rozó mi rostro con su mano y me sonrió. Un instante después se volvió y se alejó caminando por el centro de la calle. Me quedé inmóvil, observándola, hasta que su silueta desapareció entre la gente.

## LVII

Desde la capital me invitaron a realizar una presentación del libro en el Ateneo Libertario de Hortaleza. También me invitaron a dormir en una vivienda okupada de los alrededores. Después de la presentación fuimos a tomar unas copas y a recorrer algunos locales de la zona, recorrido que nos llevó hasta cerca de las seis de la mañana. Finalmente, cuando el alba comenzaba a apuntar, acompañado por Emma, que me estaba haciendo de guía durante mi, en principio, breve estancia en Madrid, regresábamos a la casa a descansar. A escasos metros de la entrada, una pareja de la Policía Nacional nos detuvo.

—¡Por aquí no se puede pasar! —dijo el que estaba más próximo a nosotros, interponiéndose en nuestro camino. Tras ellos, un importante movimiento de vehículos y policías podía verse frente a la entrada de la vivienda okupada.

El policía que nos había dado el alto parecía extraordinariamente fornido, todo piernas y brazos, como un inmenso mono araña, embutido en un traje que no se le ajustaba en absoluto. Su compañero, algo más maduro de edad y bastante menos atlético de constitución, nos observaba con una mirada fría y letal, casi de acero.

Ante la situación, parecía lo más indicado y sensato aceptar la indicación del policía y volver por donde habíamos venido, así que le di las gracias y me despedí, aunque por lo que me comentó Emma después, debí hacerlo en catalán. La calle estaba desierta a aquella hora de la mañana. El despliegue policial se realizaba en silencio, preparándose para el desalojo. Nos volvimos y comenzamos a andar alejándonos de allí. Emma cogió discretamente su teléfono móvil, para avisar a los de la casa de lo que estaba pasando en el exterior. Mientras caminábamos, sentía la mirada de metal del segundo policía fija en mi espalda, escrutándome incisiva.

De repente, casi inaudible desde la corta distancia que nos separaba, le dirigió un leve comentario a su compañero. «Te ha vacilado», me pareció oír. Me giré al oír unos pasos rápidos a mi espalda, justo a tiempo para recibir en el costado de la cabeza un golpe tremendo que me envió un estallido de calor y dolor desde el oído hasta el cerebro. El mono araña gigante aparecía ante mí, encorvado hacia delante, blandiendo su porra amenazadoramente.

El golpe me hizo caer rodando por el suelo. Levanté el rostro para ver a Emma lanzándose sobre el policía que me había golpeado, mientras su compañero, con la mirada aún fija en mí, la sujetaba sin demasiados miramientos por un brazo. Me incorporé con intención de entrar en la refriega y defenderla, sin importarme las consecuencias que eso pudiese comportar, pero el mundo se apagó a mi alrededor y me desplomé inconsciente hacia delante, golpeando el suelo como un peso muerto.

## LVIII

Me desperté en el hospital, bajo custodia policial, acusado de resistencia a la autoridad, y en aislamiento. Pasé varios días ingresado. Al parecer, el golpe que había recibido había sido bastante contundente. Me había literalmente partido en dos el pabellón auditivo y me había afectado al aparato interno, además de provocarme un importante hematoma cerca de la sien. Al caer al suelo golpeé el rostro contra los adoquines, fracturándome la mejilla derecha.

Apenas recibí visitas durante los días que estuve hospitalizado, y no tuve acceso a la televisión ni a la prensa. Al cabo de una semana me cambiaron de planta y retiraron el aislamiento y la custodia. Emma vino a verme y me puso al día. En el desalojo también detuvieron a tres compañeros más, acusados como yo de resistencia a la autoridad, y calificados por la Policía —yo incluido— como los líderes de un grupo de delincuencia juvenil, responsables de una lista interminable de distintos delitos, con conexiones con bandas violentas, tanto de Madrid como —¡oh!, sorpresa— de Barcelona. En cualquier caso ya los habían puesto en libertad, aunque mantenían cargos contra ellos, y en un tiempo les tocaría pasar por el juzgado. Lo mismo me esperaba a mí, supuse.

Un par de días más tarde, un policía vino a traerme la denuncia que había presentado fiscalía en mi contra y una orden de libertad con cargos. Me trajo también una bolsa con mis cosas. Poco después, el médico de turno vino con el alta médica.

Me vestí y llamé a Emma. Quedé con ella en la recepción del hospital. Me trajo mi mochila, que había quedado en la vivienda durante el desalojo y que había podido recuperar después. Me despedí de ella y me dirigí al aeropuerto, con destino a Barcelona, con una fea cicatriz de más en el rostro, y algo de capacidad auditiva de menos en mi oído izquierdo.

## LIX

La manzana de Eva no se había estado quieta durante mi ausencia. Habían contactado con el autor del libro *No quiero ir a la escuela*, que también era el que había escrito el relato de *La ciudad de los vagos*.

—El tío flipaba —me explicaba Rubén—. Por lo visto el relato lo había escrito para explicar un concepto, pero relacionado con la educación, con el aprendizaje. Y claro, que nosotros cogiésemos la idea como inspiración para un movimiento social le parecía, como mínimo, raro. Pero tiene una idea muy clara de cómo funciona la ciudad de los vagos esa, así que nos dio algunas indicaciones muy interesantes. José Pablo ha estado trabajando sobre la interpretación «filosófica», según dice él, y Darío se ha estado moviendo con el tema de los módulos de producción.

—¿Interpretación filosófica? ¿Módulos de producción? ¿De qué me estás hablando? —le pregunté.

Pero José Pablo y Susana ya se aproximaban. Darío me saludó con languidez desde el sofá en el que estaba fumando lo que parecía, por la expresión de su cara, un buen porrete.

La sala en la que realizábamos nuestros encuentros, los de la manzana de Eva, había sufrido algunas modificaciones en el tiempo que había estado fuera. No muchas, pero suficientes para que ya no pareciera un cuarto de fumetas y comenzara a aparentar, casi, una oficina o un estudio, con murales en las paredes, una pizarra con caballete, una amplia mesa de trabajo y luminosos focos que desterraban las penumbras de aquel espacio.

José Pablo estrechó mi mano con fuerza y me abrazó. Se le veía pletórico de alegría, de satisfacción.

—¡Tío, es la clave! ¡Te aseguro que es la clave!

—¿Qué es la clave? —le pregunté, medio riendo. Susana me saludó y le di dos besos.

—Pues aquello que estuvimos hablando la otra vez. Las comunidades autogestionadas tradicionales están conectadas porque dependen del esfuerzo colaborativo. Este es el pegamento que las une con la producción. Pero también es el que limita sus libertades, el que las obliga a vivir juntas, a ponerse de acuerdo. Y aquí es donde surgen los problemas, las tensiones, los malentendidos, las acusaciones y las divergencias. Y finalmente, la enfermedad y la muerte de la comunidad. En nuestro caso, el de las cooperativas autoproductivas, esto no será así, porque el trabajo es voluntario, además de mínimo, y cada uno puede hacer lo que le venga en gana y vivir allí donde le apetezca, con independencia de dónde esté establecido el módulo de producción. Tío, triunfaremos, estoy seguro.

Miré a José Pablo con cara de no haber entendido demasiado de lo que me acababa de explicar.

—Pues si es la clave, es la clave —le dije.

—Lleva dos semanas intentando explicárnoslo y aún no hemos conseguido entenderle —me dijo Rubén al oído.

Me acerqué a Darío y estreché su mano. Me senté ante él en una silla. Alargó el brazo y lo apoyó en mi hombro. Fijó sus ojos enrojecidos pero extrañamente lúcidos en mí.

—Leche de arroz —me dijo.

Miré a mis compañeros, que se hallaban distribuidos anárquicamente alrededor nuestro. Susana me sonrió y Rubén y José Pablo asintieron con solemnidad.

—¿Leche de arroz? ¿Para qué? —le pregunté.

—El primer módulo de producción será de leche de arroz.

—¿Módulo de producción?

—Módulo de producción automática —me contestó José Pablo—. Es el elemento central de todo el esquema. Es una caja negra que recibe materias primas y energía por un lado, y proporciona deshechos y productos elaborados por el otro.

»Tengo un colega que conocí en alguna de las carreras universitarias que he comenzado y no he acabado. Ahora es ingeniero agrónomo. El otro día estuvimos hablando. Es un friki de la tecnología y la automatización. Le expliqué lo que queríamos hacer y me dijo: «Leche de arroz». También me dijo que estaría encantado de colaborar con nosotros.

—Sorprendente. Realmente sorprendente. Por cierto, ¿dónde está Alejandro?

—Demasiada tecnología para él. Dice que aún cree en la lucha social, que esto es demasiado futurista para su gusto.

—¿De mal rollo? —pregunté.

—No, no. Pero el proyecto no le genera convicción, y por coherencia prefirió abandonar. De todas formas, si creemos que puede ayudar en algo, o si en un momento dado consideramos su colaboración conveniente, de forma puntual puede echarnos una mano —me contestó Susana.

—Funcionaríamos al principio con dinero normal —comenzó a explicar Rubén—. La prioridad es la consolidación, y el módulo de leche de arroz será la primera prueba de concepto. El objetivo es que sea capaz de funcionar por sí solo, aunque no genere beneficios y no pueda pagar las asignaciones mensuales. Pero será nuestra cabeza de puente. Será una cooperativa, y facturará y pagará impuestos como una empresa más. Pero cuando tengamos veinte o treinta módulos funcionando, cada módulo pagará asignaciones mensuales a las comunidades que los hayan puesto en marcha, una parte en moneda social y otra en euros, de proporción variable según evolucione la cosa. Cada módulo tendrá asociada una comunidad de veinte o treinta personas, más o menos, que serán las que recibirán las asignaciones de ese módulo. Pero la comunidad podrá ser virtual, es decir, no será necesario que vivan todos en el mismo sitio. Incluso el trabajo voluntario se podrá realizar a distancia. La producción se ven-

derá a cambio de moneda social y también de moneda de curso legal.

—Todos los módulos estarían interconectados y monitorizados por un sistema central que controlaría la operatividad de cada uno de ellos y el ritmo de producción, recogiendo la información que proporcionasen. Este sistema central también identificaría las demandas o necesidades de producción de la red, para proponer a los nuevos grupos que quisieran agregarse qué productos podrían generar. El sistema central también recibirá información sobre las demandas de los módulos de producción y de las de los miembros de las comunidades, y buscará formas eficientes de satisfacerlas y de ajustar la producción para evitar desabastecimientos o estocajes excesivos.

—Pero todo esto es provisional. Estamos empezando. Hay una cantidad enorme de aspectos a concretar antes de empezar a crear nada. Solo un proyecto sobre el papel —comentó José Pablo.

—Y entonces llegaremos a donde siempre —intervino Darío con cierto pesimismo—. Una muy buena idea en las manos, y ninguna posibilidad de llevarla a cabo.

Nos quedamos durante unos instantes en silencio, cabizbajos, pues sabíamos que eso era así, y que con toda probabilidad nuestro proyecto sería solo un pasatiempo, un interesante ejercicio mental, pero nada más.

—No tiremos la toalla todavía, Darío —dijo Susana—. Acabemos el estudio, sepamos de cuánta pasta estamos hablando, y después estudiamos las diferentes vías para conseguirla.

—Me voy —dije.

—¿Ya? —preguntó Darío—. Pues vaya visita más corta.

—He recordado que tengo algo que hacer.

—¿Qué es?

—Poner una denuncia —dije mientras me alejaba.

—¡Eso es! —gritó Rubén—. ¡Que ese gorila de la porra se entere de lo que pasa cuando alguien se mete con Jordi Albalate!

Pero no era precisamente al policía que me había destrozado la oreja a quien quería denunciar.

## LX

—¡Jordi! ¡Qué bien! Por fin te encuentro.

—Hola Bruno, ¿qué tal todo? —Era mi antiguo profesor, que finalmente se había dignado a contactar conmigo.

—Pues muy bien. La editorial ya nos ha pasado la liquidación de los ejemplares vendidos. Parece ser que el libro está funcionando bastante bien. Tengo aquí más de mil quinientos euros tuyos. ¿Cuándo vienes a buscarlos?

En mi etapa en La Pineda había conocido a otro voluntario, Javier. Le había hablado de mis colaboraciones en la universidad y de que, repentinamente, estas habían acabado. Javier era abogado y me preguntó que si sabía que eso podía denunciarlo. En aquel momento no le di ninguna importancia, pero después de mi reencuentro con el grupo de la manzana de Eva, una semana antes, me replanteé esa posibilidad. Llamé a Javier y le pregunté si podía ayudarme. Y ahora, solo unos días después de presentar la denuncia, Bruno, que había estado inaccesible durante más de un año, se ponía en contacto conmigo *motu proprio*.

—Cualquier día de estos, por supuesto.

—Pues muy bien. Ven y hablamos. Estamos empezando a trabajar en la segunda parte del libro. Sería genial si pudieses colaborar de nuevo con nosotros. Y también estaría muy bien que pudieses volver a echarme una mano con algunas clases, que se nota a faltar tu clarividencia por aquí.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Sí? Pues genial. Cuando vengas, comentamos todo esto, ¿vale? Muy bien. Me alegro mucho. ¡Ah! Y por cierto —era el momento de que surgiera la verdadera razón de la llamada—, retira esa estúpida denuncia, hombre, ¿qué no ves que no va a ir a ningún lado?

—Entonces no tiene importancia si no la retiro, ¿no?

—¿Pero qué quieres conseguir, Jordi? ¿Dinero? La universidad no tiene un céntimo. Parece mentira que no sepas cómo están las cosas.

—No quiero dinero. Quiero un contrato.

—¿Un contrato? Pero por el amor de Dios. Ni que los regalaran, los contratos. La universidad no puede contratar a nadie así, a dedo. Hay procesos de selección; listas de candidatos; bolsas de trabajo. Todo un sistema que no puedes saltarte a la torera solo porque hayas puesto una denuncia.

—Supongo que eso será lo que dirá el juez. —Aunque también estaba la posibilidad de que obligara a la universidad a «readmitirme», a pagarme el sueldo del año y pico que había pasado desde mi última colaboración, y a abonar la seguridad social correspondiente a los casi cinco años que había estado haciendo «cosillas» por allí. Eso lo sabía yo, y también lo sabía Bruno.

La línea permaneció en silencio durante unos segundos.

—Pero tú solo hacías unas horas a la semana.

—Sí, correcto.

—Entonces sería un contrato a tiempo parcial. De un tercio de jornada como mucho.

—Me parece justo.

—¿Y cuánto tiempo? ¿Seis meses?

—Con un año tengo bastante.

—No me parece la forma más adecuada de hacer las cosas —me dijo—, pero en fin, tú verás. —Y colgó.

## LXI

Coincidiendo con mi regreso a la universidad, aproveché para volver a vivir con mis padres, y también para normalizar mi relación de padre y exmarido, y llevar un régimen de visitas de fines de semana mínimamente coherente.

En la universidad, pronto quedaron atrás las pequeñas diferencias que habíamos tenido Bruno y yo, y volvíamos a colaborar como antaño. Al cabo de un tiempo, me enteré de que mi «destierro» había venido provocado por dos factores: mi aparición en los medios de comunicación, y el hecho de educar a mi hijo en casa. Estas dos circunstancias parecieron bastante desafortunadas para algunos miembros del consejo de dirección de la universidad y quisieron limitar las posibilidades de que se me relacionase con la facultad. Pero eso ahora pertenecía al pasado.

Revitalicé también la relación con mis clientes, que no había perdido en ese tiempo, pero que sí que había quedado algo deteriorada; incluso la legalicé, declarando la actividad y emitiendo facturas.

Manuela estaba muy contenta con el cambio que se había operado en mí, y en alguna ocasión planteó de forma indirecta la posibilidad de una reconciliación, pero mi mente no estaba en esos momentos para hacer renacer, como un ave fénix, una relación que se había quemado hasta los cimientos.

Con los de la manzana de Eva me resultaba cada vez más difícil coincidir, y solo mantenía conversaciones telefónicas de vez en cuando. Continuaban trabajando en la idea y dándole solidez al proyecto, pero permanecían atascados en el mismo punto: el catalizador financiero necesario para comenzar a hacer girar la rueda. Se movían en ese sentido, y comenzaban a recaudar algunos fondos, pero de forma muy exigua, desesperadamente insuficiente.

—Mi hermano pequeño —me decía Rubén— tiene más dinero en su cerdito que el que hemos conseguido nosotros en los últimos cuatro meses.

—Quítaselo —le dije.

Con dos chicos de la universidad, estudiantes de postgrado, comencé a forjar una apuesta interesante. Eran chavales que apuntaban maneras, que ya conocía de mi anterior etapa. Les propuse montar juntos un gabinete de asesoramiento económico, y estuvieron encantados. Partiríamos de mis clientes de siempre y de los que había ido adquiriendo en los últimos meses. También estaba negociando con la universidad la posibilidad de hacernos cargo de algunos de los servicios que tenía subcontratados. Pero eso no sería suficiente para crear un proyecto serio.

Algunos compañeros de la facultad también colaboraban con diferentes empresas. Normalmente una gestoría los contrataba y ellos prestaban sus servicios de forma directa a las empresas clientes. Fui recogiendo subrepticamente información al respecto y creando una lista de «relaciones» consultor-gestoría contratante-empresas clientes.

Con esa información, y con la insinuación velada de que contaba con el compromiso de mis compañeros docentes de pasar a trabajar con mi gabinete cuando este se pusiese en marcha, conseguí algunos contratos futuros, condicionados, por supuesto, a la concreción de la contratación definitiva por parte de mi gabinete, del profesional en cuestión. Esa práctica seguramente me granjearía alguna enemistad, pero era un pequeño coste a pagar.

Puse a mis dos nuevos colegas a trabajar en el estudio de los concursos que la administración, y también las grandes empresas, ponían en marcha para la adjudicación de contratos, buscando información y realizando estimaciones so-

bre si sería viable, o no, participar en alguno de ellos. En ciertos casos, esos concursos exigían una garantía económica por parte del concursante, como respaldo de la seriedad de la propuesta.

También sería necesario hacer frente a otros gastos en los primeros momentos después de la constitución del gabinete, y comencé a recopilar la documentación necesaria para solicitar los pertinentes préstamos: una póliza de crédito, la garantía para uno de los concursos a los cuales planteábamos presentarnos, pequeñas inversiones iniciales... Solicité los préstamos simultáneamente en varias entidades bancarias y financieras, en unos casos a nombre de la entidad que estábamos constituyendo, en otros, al mío propio. Las garantías que presentaba no eran demasiado sólidas, pero la cartera de clientes y la relación de contratos confirmados era deslumbrante. Los préstamos solicitados eran de baja cuantía, de riesgo reducido, con lo que la mayoría de las solicitudes fueron aceptadas sin mayores contratiempos. Por otro lado, gracias a la mediación de la universidad, pudimos acceder a un préstamo del ICO<sup>30</sup> para el inicio de nuestra actividad empresarial.

Convoqué a mis dos socios y les comuniqué que por motivos personales no podía continuar con el proyecto. Redactamos el acta de disolución, la firmamos y entregué una copia a cada uno de ellos. Les entregué también los contratos que habíamos conseguido y los animé a continuar con la iniciativa, a pesar de que yo ya no podría acompañarles en su andadura. Insinué que era por un motivo de salud, y de hecho tenía frecuentes accesos de migraña, pero esta no era ni mucho menos la razón. Así que nos despedimos con un apretón de manos y con nuestros mejores deseos. Cuando ya marchaban, se giró uno de ellos con lágrimas en los ojos, y

---

<sup>30</sup> N. del E. - Instituto de Crédito Oficial.

me abrazó. Lo mismo hizo su compañero. Y quedamos sumidos en un cálido lazo de despedida.

## LXII

Durante los siguientes días fueron haciéndose efectivos los préstamos solicitados, y el dinero se fue ingresando en las diferentes cuentas que había abierto con ese objeto. Tal y como el dinero entraba en la cuenta, lo retiraba íntegramente. Fueron en total veintitrés préstamos distintos, incluyendo el del ICO, de quince entidades financieras diferentes. En total había expropiado<sup>31</sup> algo más de doscientos noventa mil euros. No era mucho, pero podía ser el catalizador que necesitábamos.

Una vez completada esta fase, procedí a la liquidación de la empresa. El acta de disolución la habíamos firmado con anterioridad a que se hiciesen efectivos los préstamos. Entendía que mis exsocios estarían más o menos desligados de lo que ocurriese ulteriormente y no tendrían problemas por esa causa.

Continué con mi actividad en la universidad con normalidad, como si nada hubiese sucedido. Cuando vencieron los primeros pagos de los préstamos solicitados, en las cuentas no había efectivo para hacerles frente. Recibí algunos mensajes en el móvil informándome de ello, pero nada más. Pasó otro mes, y las cuentas continuaban vacías, con lo que los vencimientos de los préstamos también quedaron sin satisfacer. Unos días más tarde comencé a recibir llamadas de algunos de los trabajadores de las oficinas bancarias con las que había tratado, preocupándose por lo que sucedía. Respondía con sorpresa y asegurando que resolvería el problema con rapidez.

Por aquel entonces venció mi contrato con la universidad, contrato que, como ya preveía, no fue renovado. Aban-

---

<sup>31</sup> N. del E. - El conocido antisistema, Enric Duran, el año 2008 hizo algo parecido para obtener 492.000 euros de varias entidades bancarias.

doné de nuevo la casa de mis padres, tiré la tarjeta del móvil y regresé a Barcelona.

## LXIII

Las migrañas se volvieron más intensas por esa época, hasta el punto de que, cuando las sufría, tenía que pasarme todo el día en la cama a base de calmantes y somníferos. Pero aún eran puntuales, cada dos o tres semanas. Entonces quedaba dos días fuera de combate, hasta que el dolor mitigaba. Y después, doce o catorce días de absoluta normalidad hasta el siguiente episodio de jaqueca. Achaqué esos ataques a la tensión del momento y al esfuerzo realizado en los últimos meses y me convencí a mí mismo de que con un poco de descanso los dolores desaparecerían.

Aún conservaba algunos contactos de mi paso por los medios de comunicación de dos años atrás. Les hice llegar información de la «expropiación» que había realizado. Se escribieron algunos artículos y me realizaron tres o cuatro entrevistas. No era la primera vez que ocurría algo semejante, ni el importe era tan alto como en otras ocasiones, pero parecía que en la situación actual difícilmente podría repetirse algo así, por lo que la noticia causó sorpresa, cierta expectación, y el desmentido inmediato de las entidades financieras afectadas. Por mi parte, simplemente quería dejar claro y explicar qué había hecho, por qué lo había hecho y también decir que el dinero obtenido había sido destinado a ayudar a diversas iniciativas sociales. En realidad solo iba a ayudar a una de esas iniciativas, pero era una información que no hacía falta concretar.

Poco a poco, los bancos, a pesar de sus desmentidos, comenzaron a convencerse de que no iba a devolver el dinero que me habían prestado y dieron un par de vueltas de tuerca a sus reclamaciones. Como no podían contactarme por teléfono, se las ingeniaron para encontrarse conmigo en persona. Vinieron dos «asesores» financieros a verme. Uno más formal y correcto, aunque de una letalidad fina y sutil,

que me explicó con calma que en mi caso no se trataba de una deuda, sino que había cometido un delito, y que por ello acabaría en la cárcel. El otro, campechano, hablador, me comentó, así, sin darle importancia, que si no pagaba me romperían las piernas, esperarían a que se me curasen y me las volverían a romper, tantas veces como hiciera falta, hasta que entrara en razón. Y a los dos les dije lo mismo. Que era insumiso fiscal y que no tenía ni tendría en el futuro bienes materiales en propiedad. O sea, que tanto si me llevaban a juicio, como si me amenazaban —ya veremos quién rompe las piernas a quién, le dije a mi segundo interlocutor—, no iban a obtener de mí ni un solo euro. Vendrían denuncias y también más presiones, pero ya sabía a qué me exponía cuando decidí llevar adelante mi plan de expropiación. Era el momento de centrarse en poner ese dinero en marcha.

En el año transcurrido, el grupo de la manzana de Eva no había parado de trabajar. No solo no había decaído el entusiasmo inicial, sino que se había acrecentado con las aportaciones de nuevos colaboradores. Por otro lado, aunque no les había explicado mis intenciones, creo que sospechaban que estaba preparando alguna jugada para obtener la financiación que necesitábamos, y esto los motivaba. La inyección de doscientos noventa mil euros en el proyecto, aunque era una cantidad insuficiente para sufragar la totalidad de los gastos, sí que supuso la fuerza necesaria para que todo se pudiese en marcha y se comenzase a poder palpar lo que estábamos creando.

El diseño técnico del módulo de producción estaba acabado —no era totalmente automático y requeriría de una limitada intervención humana, pero respondía a nuestros propósitos—. Los proveedores de materia prima no ponían pegas a nuestras «peculiaridades» —los transportistas deberían accionar, previa identificación, unos paneles de acceso, que les darían paso a la bahía en la que descargar las mercan-

cías— y disponíamos también del espacio e incluso de una nave industrial, en la zona de Deltebre, en la que implementar el proyecto. Se destinó el dinero a adquirir todo aquello que no podía obtenerse por otros medios. Mi aportación se sumó a lo que se había podido recaudar en las diferentes acciones llevadas a cabo desde el grupo, con lo que disponíamos de recursos suficientes para, como mínimo, continuar soñando. La primera comunidad a «beneficiarse» de nuestro modelo sería la nuestra, el grupo de la manzana de Eva. Queríamos actuar como la vanguardia de un movimiento que sabíamos que iba a golpear con fuerza. No como una revolución, sino como una infección, extendiéndose silenciosamente dentro del mismo sistema hasta corromperlo totalmente, corroyéndolo desde dentro, proporcionando una alternativa real que maduraría como las larvas de la avispa parásita cotesia, devorando a su huésped hasta destruirlo totalmente al llegar a la madurez.

Nos dividimos en dos grupos. Uno, el que estaba a cargo de construir el módulo productivo, era dirigido por Darío —como él mismo decía: «Aquí somos ensamblarios, pero se hace lo que yo diga»—. Estaba también Susana, que se había responsabilizado de implementar —o al menos esbozar— el software del sistema central que tenía que engranar y monitorizar los diferentes elementos del sistema, el ingeniero agrónomo amigo de Darío y las tres nuevas incorporaciones al proyecto: Nuria, que regentaba varias tiendas de productos ecológicos, Ana, ingeniera en telecomunicaciones y con afición a la robótica, y Pep, el hijo de los propietarios del terreno en el que montaríamos el «tinglado». También participaba un número variable de voluntarios, al estilo de mi colaboración con La Pineda.

Por otro lado, José Pablo, Rubén y yo nos dedicamos a la creación de la necesaria red de colaboración. Teníamos que promover la aparición de nuevas iniciativas similares a la

nuestra para así poder crear una red que nos sostuviera a todos. Nos movíamos de ciudad en ciudad con la excusa de mi libro *La muerte del esclavo*. Realizaba presentaciones del mismo por la tarde, y por la noche manteníamos reuniones clandestinas en las cuales explicábamos nuestra idea y cómo la estábamos llevando a cabo.

Repetíamos visita a Burgos, donde un grupo local comenzaba a elaborar un nuevo módulo productivo, en este caso dedicado a la producción de placas fotovoltaicas. El proyecto respondía a la iniciativa de un joven de allí que tenía una idea bastante curiosa que consistía en utilizar elementos orgánicos —generados por unas bacterias— en la producción de placas solares. Tuvo conocimiento de nuestras «movidas» y mostró interés. Ahora estábamos intentando organizar un grupo a su alrededor. Nos encontrábamos precisamente en su casa, reunidos con miembros de grupos libertarios y sindicalistas de la zona, escuchando en ese momento a José Pablo con sus explicaciones teóricas sobre la articulación del funcionamiento de la red que estábamos construyendo.

—Una de las bases de nuestros «pueblos de los vagos» está en la moneda. Los miembros de la comunidad recibirán pagos en moneda social, en *ecovagos*, ECOV para los amigos. Pero tenemos que olvidarnos del dinero tal y como lo conocemos. No tendremos moneditas de metal, ni papel moneda, ni cheques.

»Será totalmente virtual, digital. Y lo que es más importante, ya nunca más una moneda será igual a otra. Cada ECOV tendrá identidad propia. Cada uno tendrá una identificación y un historial que poder seguir. Habrá unas normas sobre el uso de esa moneda. Será para intercambiar, no para especular. El sistema sabrá en cada momento dónde se halla cada unidad. Y si un ECOV no se mueve, no circula, no se intercambia por algo, sino que se retiene, se acumula, el sis-

tema lo hará bajar de valor, con lo que habrá ECOV que valdrán menos que otros, o incluso que no valdrán nada y desaparecerán —explicaba ante un auditorio de ocho o nueve personas totalmente absortas en sus explicaciones.

Yo me mantenía algo alejado, sentado en un sillón. Me sentía cansado. No solo por los viajes y las continuas reuniones. También por los dolores de cabeza, que eran cada vez más constantes, de forma que antes de que me recuperase plenamente de una migraña, la siguiente ya comenzaba. Me había convertido en un adicto a los tranquilizantes y mi estómago se resentía. Aquella noche en mi cabeza golpeaban con fuerza los tambores de guerra de alguna tribu africana. No era el dolor agudo y penetrante ordinario de mis migrañas, sino más bien como el latido ahogado de mi corazón causando un dolor espantoso al hacer circular la sangre a través de mi cerebro. Era como una presión asfixiante que me martilleaba una y otra vez la parte frontal de mi cabeza, al ritmo de las palabras de José Pablo. Me levanté, sacudido por una punzada insostenible, sosteniendo mi cabeza con una mano, y apuntando con la otra a mis compañeros.

—Por Dios, José Pablo —dije—, ¿puedes hacer el favor de callar de una vez? —Y me desplomé inconsciente sobre la alfombra.

Manel Moles Canal

## **PARTE II**

**Manuela**

No quiero trabajar

## I

No recordaba a Lidia. Había olvidado que Jordi me había hablado de ella, que incluso su existencia catalizó nuestra ruptura. Por supuesto, suponía que Jordi, desde que nos habíamos separado, había mantenido relaciones con otras mujeres, pero de suponerlo a saberlo había una gran diferencia. Y supongo que en mi interior creía o deseaba que ninguna de ellas había sido importante para él. Pero verme ahora ante aquella mujer, con la que Jordi posiblemente había compartido muchas de sus vivencias en los últimos años; la misma mujer que apareció en nuestras vidas cuando Jordi comenzó a mezclarse con grupos antisistema, era para mí desagradable y violento.

Habíamos quedado en la zona del Monumento a Colón, frente a la taquilla de Las Golondrinas. Cuando me vio, se acercó y me dio dos besos.

—Hola. Soy Lidia, la que te ha llamado antes.

—Hola Lidia. Me has dicho que tenías un mensaje de Jordi. ¿Qué pasa? ¿Dónde está?

—Me ha dicho que te diera esto. —Y me pasó un paquete envuelto en papel de embalar. Lo abrí. Contenía dos libretas completamente manuscritas. Las hojeé unos instantes.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Es algo que Jordi ha estado escribiendo en el hospital estos dos últimos meses.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿En el hospital?

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha tenido un accidente? —pregunté ansiosa.

—Ven, sentémonos allí.

Nos acomodamos en un banco frente al puerto. Lidia me explicó el incidente de Jordi en Burgos.

—Lo llevaron al hospital, pero no quiso que le hicieran pruebas, así que le dieron el alta cuando se recuperó mí-

nimamente y volvieron a Barcelona. Pero Jordi no estaba bien. Un día, después de comer, al intentar levantarse, perdió el equilibrio y cayó sobre la mesa, tirando por el suelo todo lo que había. No podía mantenerse en pie. Fuimos al hospital, pero no quería hacerse pruebas. Entonces el médico le dijo: «Muy bien, pues nada, si no quieres que te hagamos pruebas, aquí no pintas nada, así que levántate y vete». Y claro, no podía levantarse e irse. Así que aceptó que le hiciesen algunas pruebas.

—Muy propio de él.

—Le hicieron una resonancia. Después un PET.<sup>32</sup> Y le encontraron un bulto en el hemisferio izquierdo, hacia la parte frontal.

Me tapé la boca con las manos. ¡Un cáncer en la cabeza!

—¿Está vivo? —pregunté directamente, incapaz de esperar ni un segundo más para saberlo.

—Sí, está vivo. O al menos lo estaba hace un rato, cuando he hablado con él.

—¿En qué hospital está? —le pregunté, mientras me levantaba.

—Me ha dicho que no te lo diga.

—Es igual. Ya lo encontraré yo. No hay tantos hospitales en Barcelona. Además, si tiene cáncer, lo más probable es que esté en el Duran i Reynals. —Y me dirigí hacia la parada de metro. Lidia me siguió y subió conmigo cuando llegó el convoy.

—Le pusieron quimio. No podían operarlo. Después de unas semanas de tratamiento, parecía que el cáncer remitía. Incluso se planteaban enviarlo a casa, al menos algunos días.

—¿Era maligno? A veces los cánceres son benignos. Molestos, pero benignos.

Lidia se encogió de hombros.

---

<sup>32</sup> N. del E. - Siglas en inglés de Positron Emission Tomography. Tomografía por emisión de positrones; un tipo de escáner médico.

—Volvió a desarrollarse. Aparecieron nuevos nódulos, algunos por la cara y otras partes de la cabeza. Volverán a hacerle otra serie de sesiones de quimio y después radio, a ver si consiguen resultados.

—¿Qué esperanzas dan? —le pregunté.

—No quieren pronunciarse. Pero en los cánceres en el cerebro, solo uno de cada tres casos llega a los cinco años de vida después de ser diagnosticados. Y su caso es de los complejos. Seguramente el cáncer seguirá creciendo y Jordi irá perdiendo capacidades. Caminar, hablar, leer, escribir...

Lidia guardó silencio. Y yo tampoco tenía ganas de escuchar nada más. El metro llegó a la parada de Bellvitge, y desde allí un microbús nos llevó hasta el Duran i Reynals. Subimos a la planta y Lidia me detuvo ante la puerta.

—Permíteme entrar primero y comentarle que has venido.

Lidia entró y cerró la puerta tras de sí. Segundos más tarde volvió a abrirla.

—¡No está! —exclamó.

Por lo que nos explicaron las enfermeras, por la mañana a primera hora Jordi había pedido el alta voluntaria, se había vestido, había recogido sus cosas y se había ido, sin dejar ninguna pista de a dónde.

—No lo entiendo —me decía Lidia—. Ayer estaba totalmente chafado. No podía ni caminar. Y hoy desaparece, sin avisar y sin decir nada.

Para mí había sido el último mazazo. Volví a casa con las libretas que me había dejado Jordi. Quizás en ellas encontraría la explicación de por qué había desaparecido.

Al llegar a casa, Ana, mi compañera de piso, abrió la puerta con expresión alterada.

—Ha estado aquí Jordi.

## II

Había venido de visita, a ver a Marcos, a cumplir su palabra de «secuestrarlo» una vez más. Había estado con ellos toda la mañana, y al mediodía se había despedido de su hijo y se había ido. Se había aprovechado de que yo estaría con Lidia para venir a ver a Marcos sin yo saberlo. Sentí rabia, lástima y ternura por ello. Llamé a Lidia para explicárselo.

Me dijo que seguramente, ahora que había visto a Marcos volvería al hospital, pero no lo hizo. Ni volvió al hospital ni nos hizo llegar ningún mensaje. Nada. Desapareció.

Lidia y yo recorrimos los hospitales de la zona. En su estado, no podría mantenerse mucho tiempo alejado de ellos. También visitamos a sus padres y a todos los amigos que ella o yo conocíamos, y pusimos avisos en las redes sociales. También lo notificamos a la Policía, aunque para ellos, su desaparición respondía a un deseo de escapar a las deudas que había contraído y no daban demasiado crédito a lo de su enfermedad.

Pasaron los días y no recibimos ninguna noticia de él. Llamaba a Lidia cada dos o tres días por si ella sabía algo. Hasta que me pidió que dejara de hacerlo.

—Básicamente solo hay dos posibilidades, Manuela. Que haya muerto, con lo cual estamos buscando un cadáver, o que no quiera vernos, porque si está vivo, con hacer una llamada todo arreglado. Si no lo ha hecho, sabiendo que nos preocuparíamos por él, es porque quiere que pensemos que está muerto. Tanto en un caso como en otro, estamos buscando un cadáver. Un cadáver que posiblemente no quiere que lo encontremos. Quiero pasar página, Manuela. Si quiere morir solo, por mí está bien.

Para mí no era tan sencillo. Podía probar otro tratamiento, podía mejorar. Podía alargar su esperanza de vida. Y podía estar con gente a la que quería y que le quería. Podía

morir rodeado de su familia y sus amigos, y no solo, escondido. Y también era posible que no llamase porque no podía, porque estuviese en algún sitio impedido para moverse, o que hubiese perdido la memoria por culpa del tumor. O que simplemente no nos llamase por miedo, por vergüenza o por no molestar. Así que no me rendí y seguí buscando.

Dos meses después de la fuga me llamó un excompañero de Jordi de su época en la empresa de autobuses.

—Te llamaba para decirte que he visto a Jordi —me dijo.

—¿Dónde? —le pregunté exaltada.

—Subió a mi autobús. Estaba muy cambiado desde la última vez que lo había visto. Más mayor y demacrado. Él me reconoció y disimuló, escondiendo la cara. Y yo también disimulé. Pero cuando bajaba se dio cuenta de que lo había reconocido.

—¿A dónde ha ido, dime?

—Bajó del autobús en Berga. No sé nada más.

—Muchas gracias. De verdad.

—Manuela, hace casi dos meses de eso. Cuando vio que lo había reconocido me pidió que no se lo dijese a nadie. Pero ya ha pasado mucho tiempo. Y no quería seguir ocultándolo. He visto tus mensajes en Facebook y sabía que estabas buscándolo.

—Gracias de nuevo —le dije.

### III

Fui a Berga y comencé a preguntar por Jordi en diferentes lugares. En el hospital, en el ayuntamiento, en los bares, en los hoteles y en cualquier otro sitio que se me ocurrió, sin resultado.

Volví varios días, intentando encontrar alguna nueva pista sobre Jordi. Insistí en el hospital. Posiblemente no se habría identificado con su nombre real, así que fui preguntando a todo el personal del centro, hasta hacerme pesada y molesta con mi insistencia. Finalmente, obtuve resultados. Uno de los conductores de ambulancia de la zona lo reconoció.

—¡Mira! ¡Es el zanahoria! —le dijo a su compañero.

—¿El zanahoria? —le pregunté.

—Bueno, se parece un poco, pero esta foto debe de ser de hace tiempo. Ahora está muy cambiado.

—¿Y lo de «zanahoria»?

—Llevaba zanahorias en los bolsillos. Y mientras estuve en el hospital no quiso comer otra cosa que no fuesen zanahorias. Pero no se llamaba Jordi. No recuerdo cómo se llamaba, pero Jordi no.

Me acompañó a recepción de urgencias y preguntamos por él. Al final encontramos la ficha de ingreso. El nombre que había dado era el de Luis Sánchez. Había perdido el conocimiento en la calle y los vecinos que lo atendieron llamaron a la ambulancia, pero no había querido colaborar, y cuando pudo mantenerse en pie, pidió el alta.

—Cuando salió del hospital, me vio al lado de la ambulancia y me dijo: «Oye, tú me trajiste aquí, ahora me llevas donde me encontraste».

—¿Y dónde lo llevaste? —le pregunté.

—No lo llevé. No podía. Y el zanahorias se mosqueó un montón y se largó.

—¿Dónde lo recogiste? ¿En qué pueblo?

Manel Moles Canal

—En La Pobla de Lillet. Era día de mercado. Nos costó mucho llegar con la ambulancia hasta donde estaba.

## IV

Centré mis búsquedas en los alrededores de La Pobra. Pensaba preguntar a todos los habitantes de la zona si hacía falta.

Un día, en Guardiola de Berguedà, me acerqué a los huertos que había al lado del río. Debían de ser las once de la mañana, y algunos hombres de unos sesenta años cuidaban de sus cultivos. Me aproximé a uno de ellos, un hombre de mirada seria, cuerpo robusto y rostro bronceado y le enseñé la foto. Su vecino, que parecía algo más joven, también se acercó y miró la foto.

—Se llama Jordi —les dije. Entonces recordé que en el hospital había dado otro nombre—, o quizás Luis.

Mi interlocutor me miró con expresión de desconfianza.

—Entonces no es él —me dijo, y me devolvió la foto.

—Déjame ver —dijo su vecino. Examinó la foto unos segundos. Me miró y volvió a mirar la foto.

—¿Lo reconoce? —le pregunté.

—Aquel es su huerto —dijo señalando un trozo de tierra cercano.

—¡Qué va! —dijo su compañero—. El de las zanahorias se llama Héctor, no Jordi.

—¿Zanahorias? —pregunté.

—Es muy cabezón —me explicó—. Le hemos dicho veinte veces que no es época de plantar zanahorias, y que tampoco es la zona adecuada. Ahora es mejor plantar tomates, pimientos. Pero no zanahorias. Cuando cogió el huerto ya era tarde para plantar patatas. Unos surcos de patatas, algunas lechugas, tomates, pepinos, pimientos, habichuelas... Pero ha sembrado todo el terreno de zanahorias. Y las ha puesto demasiado juntas. Ya verás como tendrá que arrancar bastantes para que le crezcan, o si no, le quedarán pequeñas.

El corazón me dio un vuelco. ¡Había encontrado al zanahorias!

## V

Esperé todo el día haciendo guardia al lado de su huerto, por si venía.

—Hoy no vendrá —me dijo el primer horticultor con el que había hablado, el robusto—. Ya es tarde. Normalmente viene más temprano. Y ayer llovió, con lo que hoy no tiene que regar. Seguramente vendrá mañana a quitar las malas hierbas que van saliendo. Le volveré a decir que claree las zanahorias, aunque no me hará caso, como siempre.

Cuando comenzó a anochecer me dirigí al coche. Los dos «payeses» se habían ido a sus casas al llegar la hora de comer, y yo pasé la tarde sola mirando las zanahorias que Jordi había plantado. Estaba abriendo la puerta del coche cuando uno de ellos, el más joven, regresó.

—Ahora a mi mujer le han entrado ganas de hacer calabacín para cenar... Y me ha dicho: «¡Juan! ¡No tengo calabacines! ¡Ve al huerto a buscar uno!», y aquí estoy, a que me coman los mosquitos.

Le sonreí y asentí con la cabeza.

—¿Volverás mañana? —me preguntó.

—Sí. Quiero verlo.

—¿Quién es? ¿Tu padre?

—¡No! ¡Es mi exmarido!

—¡Ah! Pues parece mucho mayor que tú. Oye, escucha una cosa. Mi hija tiene una habitación libre en casa que a veces alquila. ¿Quieres que le pregunte si le va bien que te quedes a dormir?

Pasé la noche en la casa de su hija. Por la mañana temprano, Juan pasó a buscarme.

—Venga, vamos al huerto a ver si vemos a tu amigo.

Mientras Juan cavaba sus tomateras, iba hablándome.

—Mario es un cascarrabias. —Mario era su vecino de huerto—. Siempre está quejándose de todo. Yo digo que si

Héctor..., perdona, que si Jordi quiere zanahorias, que siembre zanahorias. Aunque no sea la época ni tampoco lo que más conviene. Al final estamos aquí para pasar el rato y poco más.

Ayudé a Juan a regar las patatas.

—A veces traemos una bomba de agua y regamos los huertos con ella, pero aquí llueve bastante y la tierra es húmeda. No hay que regarla demasiado. Pero si Héc... Jordi quiere regar hoy tendrá que venir pronto, o esperarse a última hora de la tarde, si no, el sol le quemará las plantas.

—¿Está muy cambiado? —le pregunté.

—¿Jordi? Pues no lo sé. Yo ya lo he conocido así. Está más delgado que en la foto, con el pelo más largo y ahora lleva barba. Una barba de esas de tres pelos, ¿sabes qué quiero decir? Tiene el cabello más canoso, y menos poblado. Y la cara más morena y curtida, y con más arrugas.

»¿Dices que está enfermo? Es posible. No desprende vitalidad precisamente. Pero tampoco parece un zombi, no sé si me explico. Viene aquí, pasa el día, riega sus zanahorias, visita a sus vecinos, echa una mano si hace falta, no sé, lo normal. Por cierto, ¿ha tenido problemas con el alcohol?

—¿Con el alcohol? Pues no especialmente, al menos que yo sepa. ¿Por qué lo dices? ¿Qué ahora bebe?

—No, que va. Justo por eso. Porque le hemos invitado en varias ocasiones a una cerveza o a un trago de vino y siempre lo ha rehusado. Igual que la comida. Nada. Ni un tomate, ni una fruta, ni un trozo de fuet o de queso... Nada.

Quedé en silencio, pensativa. No recordaba de Jordi abusos con el alcohol ni con ninguna otra sustancia, pero mucho menos que despreciara una cerveza o hiciera ascos a un trago de vino, una copa de coñac o un vaso de *whisky*.

—¡Mira! —me dijo Juan, interrumpiendo mis pensamientos—. ¡Por allí viene!

## VI

Por el camino que llevaba a los huertos se acercaba una figura con gorra y con mochila en la espalda. La visera le tapaba prácticamente los ojos, y la parte de la cara que quedaba visible aparecía cubierta de una rala, anárquica y descuidada barba. Su tez era morena, bronceada, y el rostro muy delgado y surcado por arrugas. Pero era él. Sin duda. Sus labios finos, claramente dibujados, su nariz estrecha y algo aguileña, y sobre todo su expresión, tozuda, firme, capaz, inquebrantable.

Pasó cerca de nosotros y nos dirigió un saludo cordial. Se dirigió a su huerto, se descolgó la mochila y comenzó a rebuscar en ella.

—Has llegado algo tarde hoy —le dijo Juan.

—Vengo de lejos. Y vengo andando —le contestó Jordi.

—Han venido a verte.

—Sí, me lo ha parecido —contestó.

Y ahí quedó la conversación. Jordi continuó sacando cosas de su mochila y finalmente extrajo un cubo con forma rectangular, de esos que utilizan los pintores de brocha gorda. Fue hacia el río y lo llenó. Después volvió y comenzó a regar delicadamente sus zanahorias. Estuvo más de media hora regando las plantas. Después, aprovechando que la tierra estaba húmeda, comenzó a arrancar las malas hierbas.

—Dice que no te llamas Héctor, que te llamas Jordi —le dijo Juan, para mi sorpresa y azoramiento.

—Héctor, Jordi... ¿Qué más da? Mientras te conteste cuando me llames hay suficiente, ¿no?

—¡Por supuesto!

—¿Tú qué crees? —preguntó Jordi—. ¿Te parece que he plantado las zanahorias demasiado juntas, o no?

—Como el doble más o menos.

Jordi masculló una maldición irreproducible.

—¿Y ahora qué tengo que hacer? ¿Arrancarlas y tirarlas?

—Puedes intentar trasplantarlas. Mario tiene un trozo en el que no ha plantado nada. Quería plantar melones, pero ya no hay tiempo para que crezcan, y además, aquí no salen buenos. Ponlas allí.

—Se enfadará —dijo Jordi.

—¡Bah! Siempre está gruñendo. Ya le diré que he sido yo el que te lo ha dicho. Por cierto, cuando salgan todas esas zanahorias, ¿qué vas a hacer con ellas?

—Comérmelas.

## VII

—Necesito hablar contigo —Jordi ya había acabado de trasplantar las zanahorias y recogía los utensilios colocándolos en su mochila. El cubo primero y el resto de cachivaches después.

—Habla pues —me contestó.

—¿Podemos ir a algún sitio?

Jordi se encogió de hombros. Acabó de recoger su mochila y se la colgó a la espalda.

—Como quieras.

Fuimos a un restaurante en el centro del pueblo. Era la hora de comer, así que pedí la carta del menú. Le pregunté a Jordi si quería comer. Dijo que sí, y sacó una zanahoria del bolsillo y la mordió. Cuando volvió el camarero a tomar nota, Jordi solo pidió agua.

Sonreí a Jordi y le toqué la mano, áspera y esquelética.

—Bueno, ¿cómo va? ¿Cómo te encuentras?

—Manuela, me estoy muriendo. Los médicos no me han dado ni cinco meses de vida. O sea que ya puedes imaginar cómo me encuentro. —Su expresión mostraba la serenidad del que ha aceptado su propia desesperación.

—Pero te veo bien físicamente. No sé. Caminas, te mueves, trabajas en el huerto. Lidia me dijo que no podías ni mantenerte en pie.

—No me he rendido, aunque sé que es inútil. Me esfuerzo cada día por levantarme, por moverme, por continuar viviendo. No es fácil, pero es todo lo que tengo. Así que me concentro y lo hago. Sin prisas. Ayer también bajé, pero tan lentamente que a mediodía aún no había llegado, así que me volví. Hoy ha ido un poco mejor.

—¿Y las zanahorias? ¿Qué son? ¿Una especie de amuleto?

Jordi señaló su cabeza.

—Lo que tengo aquí dentro acabará matándome, pero no pienso encima alimentarlo con azúcar y pastelitos. Le voy a hacer pasar hambre. Lo tengo a base de zanahorias nada más. Y no le gusta. Sé que no le gusta, que odia las zanahorias. Me pide carne, butifarras, cruasanes, helados, pero yo solo le doy zanahorias. Y se enfada, y me tortura por las noches. Pero no me importa. No voy a ceder a las exigencias de mi propio asesino.

Su forma de hablar me causaba escalofríos. El dolor, el sufrimiento por el que estaba pasando lo estaba desquiciando.

—Vuelve, Jordi. Seguro que en el hospital pueden ayudarte. Seguro que hay algo que no hemos probado y que funciona. Confía en mí, por favor.

—No, Manuela. No confío en ti. Tú no confiaste en mí y me abandonaste. No. Ni lo pienses. Entre tú y yo no hay ni volverá a haber confianza jamás.

Sus palabras me golpearon en lo más profundo de mi corazón. Su castigo era injusto, desproporcionado. A las puertas de la muerte, mantenía su odio hacia mí intacto y a flor de piel.

—Y en el hospital no pueden hacer nada más —continuó diciendo—. No pueden operar, no pueden aplicar radioterapia si no quieren freírme el cerebro, y la quimio es insuficiente. No pienso pasar los últimos días de mi vida encerrado en un hospital.

—¿Y qué harás entonces? ¿De qué vivirás mientras...?

—¿Mientras me muero, quieres decir? Pues la verdad es que no tiene demasiada importancia. Tengo algo de dinero por si surge una emergencia. Por lo demás, la gente del pueblo me ayuda. La beneficencia, el ayuntamiento, la propietaria del supermercado... Tampoco necesito demasiado. Me dejan ducharme en el pabellón, la del supermercado me da zanahorias y los de Cáritas me dan ropa cuando la necesi-

to. Duermo en un granero abandonado hacia el oeste, a unos tres kilómetros de aquí. Ya ves, tengo todas las comodidades.

—Pero cuando llegue el invierno, ¿qué harás?

—Manuela, cuando llegue el invierno ya estaré muerto. El doctor me dijo que no superaría los cuatro meses. Es lo máximo que duran las personas con un cáncer de este tipo. Y ya han pasado dos —miró hacia el río—. Seguramente ni siquiera podré comerme las zanahorias que he sembrado.

—Oh, no... —dije, y me tapé la cara con las manos.

Saqué un pañuelo del bolso y me soné la nariz. Jordi me miraba pensativo.

—Estoy pensando en construir un pequeño invernadero en el huerto, para así tener zanahorias también cuando haga frío. Y estoy recogiendo leña para el invierno. Prepararé una pequeña chimenea y la utilizaré para calentarme —me dijo.

Le sonreí, apreciando su gesto. Se iba a morir. Él lo tenía claro y ya lo había aceptado. Pero si yo no quería aceptarlo, tenía argumentos para que no me preocupase por su bienestar.

## VIII

Salimos del restaurante y Jordi me acompañó al coche. Busqué las llaves en el bolso. Jordi puso su mano sobre mi brazo.

—Quiero pedirte algo.

—Lo que quieras —le contesté.

—Es algo muy difícil. Te costará mucho hacerlo. Te supondrá un gran esfuerzo. Va a ser doloroso.

—Jordi, lo que sea, en serio, por favor. Solo dilo.

—Quiero que no nos veamos nunca más. ¿Podrás hacerlo?

Fue como si me golpeasen el estómago con un puño de acero. Bajé la cabeza hacia el suelo.

—Entiéndelo. Para mí es más fácil así.

Murmuré un casi inaudible «sí» y asentí con la cabeza. Jordi colocó su mano bajo mi barbilla y levantó mi rostro para mirarme a los ojos, pero yo aparté la cara y continué rehuyendo su mirada, fijando la mía en el suelo o en cualquier objeto que hubiese por los alrededores. Entonces me giré y abrí la puerta del coche. Subí y di el contacto. Sin mirar atrás puse en marcha el coche y me alejé lentamente de allí, sin volverme para mirar siquiera una última vez a Jordi. Salí del pueblo y accedí a la carretera. Conduje durante dos o tres kilómetros. Detuve entonces el coche en el arcén. Apoyé la cabeza en el volante y comencé a llorar.

## Epílogo

Didier abrió la puerta de su despacho. Sentada en una de las sillas se perfilaba una figura femenina.

—Buenos días Loane —saludó mientras ocupaba su sillón de redactor jefe.

—No, no son unos buenos días para nada. ¡Mira! —Y le lanzó una hoja de papel encima de la mesa.

Didier recogió la hoja y comenzó a leerla. Mientras tanto, una parte de su conciencia se preguntaba: «¿Por qué tengo que aguantar esto?», a lo que el otro lado le contestaba con retintín: «¿Porque es la hija del principal accionista de la agencia?».

—Ya sabes que yo no me encargo de asignar los reportajes —dijo con voz suave, mientras intentaba dibujar una sonrisa amable en su rostro.

—¡Pero no es justo! Soy de las que menos cobran, y sin embargo me dan las tareas más horribles.

—Bueno, Loane, esto es una empresa, y las empresas son muchas cosas, pero no necesariamente justas. Además, estás aquí para trabajar, ¿verdad? —Aunque Didier lo dudaba—. Pues hazlo y disfruta haciéndolo. Este reportaje no está tan mal. Te acercas por Mont-Louis, pasas dos o tres días allí, buscas a este hombre, le haces unas preguntas, unas fotos, y vuelves. Y después miraremos si se puede vender como artículo para algún diario o si puede dar para hacer un reportaje televisivo. Nada más. Es lo que hacemos, Loane, de esto se alimenta esta agencia.

—¡Bah! —dijo Loane mientras se levantaba—. ¿A quién le puede interesar un viejo ermitaño que vive solo en las montañas, es amigo de los lobos, no quiere trabajar y come zanahorias?